

Bajo el cerezo

MILA BELDARRAIN



Lectulandia

Maddi, personaje central de la novela, afronta un amargo descubrimiento: su vida ha venido siendo sutilmente manejada por la voluntad de los demás. El espejismo de creerse fuerte, dueña de su destino, se derrumba hecho trizas y, desvanecidas ya a su espalda las ensoñaciones de la juventud, se ve obligada a iniciar un camino de reflexión, largo y doloroso, en el que habrá de indagar quién es realmente, y así empuñar las riendas de su vida.

Maddi se retira a la soledad de la casa familiar de una aldea de la Gipuzkoa rural. Allí descubrirá ciertos manuscritos por los que conocerá las peripecias vitales de diversas mujeres de su familia que vivieron momentos críticos de la historia: la entrada de los franceses en San Sebastián en las postrimerías del siglo XVIII; la Primera Guerra Carlista; los comienzos de la Guerra Civil; el San Sebastián de los años 60. Sus relatos la iluminarán, como faros, en su singladura hacia una decisión que dará un vuelco radical a su vida.

La novela, al modo de un rico mosaico, nos acerca el detalle —a veces íntimo, a veces histórico— de cada tesela y, simultáneamente, nos muestra una composición panorámica acerca del valor de la superación y de la honestidad de una mujer que, lejos de resignarse a seguir guiones ajenos, se atreve a mirar la vida de frente.

Lectulandia

Mila Beldarrain

Bajo el cerezo

ePub r1.1

Artifex 05.12.13

Título original: *Bajo el cerezo*

Mila Beldarrain, marzo de 2012

Diseño de portada: Junkal Motxaile, integrando un cuadro de Ana Beldarrain

Editor digital: Artifex

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Recuerda, Nicolás: «La vida es bella, ya verás, como a pesar de los pesares»...

**Primer
manuscrito**

EUFEMIA
DE
IDIAKEZ

Si estás leyendo este manuscrito, he tenido suerte. La pequeña botella de náufrago que he lanzado al inmenso océano del tiempo ha llegado a buen puerto. He escrito con la esperanza de que alguien, como tú ahora, sepa que he vivido, y con la esperanza también de que lo que tengo que decir quizás pueda servir de ayuda y consuelo. Quien ha aprendido puede enseñar, y yo, te lo aseguro, he aprendido. Aquí vas a encontrar un secreto, mi secreto, el que me ha permitido alcanzar el final del camino y poder mirar hacia atrás sin ira. No he sido valiente; me he rebelado, pero mi rebelión fue callada, por eso ya es hora de que cuente toda la verdad. La caja fuerte de mi secreto va a ser esta querida casa de Baliarrain, aquí dejaré el relato de esta vida mía para que alguien lo encuentre, ojalá mi experiencia te sirva para descubrir tu propio camino.

Desde la ventana veo los tres robles del jardín; el arce, que se vuelve de fuego en otoño; el olivo, metáfora de la eternidad tranquila, y el cerezo, mi querido cerezo. Este jardín, testigo de mi vida, me perdurará, seguirán ahí los robles, el arce, el olivo y el cerezo, y yo me habré ido tranquila, después de haber cumplido la necesidad de contarme. Tanto sentimiento silenciado no cabe ya en este cuerpo marchito y cansado.

Y hoy yo veo también los tres robles, el arce y el olivo y el cerezo, los mismos que veías tú, Eufemia. Supongo que entonces no eran tan grandes y frondosos como los veo ahora, pero me impresiona pensar que esta mirada mía se funde con la tuya y que, como tú, yo también quiero lanzar una botella de náufrago al océano del tiempo y gritar que he vivido. Dicen que las mujeres no tenemos historia, y no es verdad, sí la tenemos, aunque a veces esa historia sea triste y plana. Todas las vidas se pueden contar, incluso las que están tejidas de soledad y frustración. Nadie sabe los sentimientos que bullen, bullen hasta hacer daño, detrás de una vida en que cada minuto, cada hora, es igual a los anteriores, y todo porque otros han decidido que sea así. Incluso esas historias sin historia son únicas; son historias que nos hablan de vidas robadas, sin futuro más allá de los propios sueños vividos a escondidas, inconfesables, pero que hacen la soledad más rica. Son la historia de la no historia, y durante siglos las mujeres hemos sido las protagonistas de vidas que el mundo consideraba invisibles. Ahora recuerdo a la abuela de José Saramago, habitante de un pueblo pequeño, también sin nombre, llevando una vida para muchos pequeña e invisible y que, sin embargo, decía que no quería morir porque el mundo es muy bonito. Y es verdad, la vida es bella, con la belleza de la tragedia que también nos habla de amor, miedo, amistad, alegría, dolor y muerte; aunque como a mí ahora, o como a ti entonces, Eufemia, el acto que me está tocando representar en mi papel de protagonista resulte muy complicado de interpretar.

Aquel día era mi cumpleaños. Tengo muchos años, a veces pienso que demasiados; sin embargo, recuerdo con nitidez los momentos importantes que han marcado la trayectoria de mi vida. Creo que hay instantes concretos y exactos en la existencia de cualquiera, tan concretos y tan exactos que podríamos indicar sin equivocarnos el día y hasta la hora en que sucedieron, porque ahí se decidió nuestro destino.

Crecí queriendo a los que me rodeaban y confiando en ellos. Nunca pensé que me pudieran hacer daño. Hasta que aquel 4 de agosto de 1794, en que cumplía quince años, descubrí que era el peón indispensable para que la existencia de los míos fuera más cómoda, solo más cómoda, ni siquiera más feliz. Por eso, cuando todavía estoy a tiempo, ha llegado la hora de hablar, es hora de decir cómo supe burlar mi destino, el destino que me habían trazado.

Recuerdo aquella mañana; nuestra casa de la calle San Jerónimo fue testigo de ese primer mojón en el camino, que me señaló la dirección que me obligaban a tomar y que no era precisamente la que yo quería. Entonces me revolví contra mi condición de hija de familia; odié a mis hermanos, que por ser varones no tenían mojones ni fronteras que les cerraran el paso; odié a mis padres, que me utilizaban; odié al mundo por ser despiadado y egoísta; y odié a la tonta de mi cuñada, que nunca se había cuestionado nada y se había creído el cuento de que ella, como todas, había nacido para la abnegación y la obediencia. Pero no me extraña, aquel cuento era una patraña elaborada con infinita elegancia para que nosotras mismas tejiésemos la tela de araña que nos mantuviese atrapadas para siempre. Sin embargo, encontré el modo de escapar, y he vivido, he vivido mucho más de lo que los demás quisieron e imaginaron.

Y todavía, querida Eufemia, continuamos atrapadas en esa tela de araña. Todavía hoy nos remuerde la conciencia cuando alguna vez nuestros proyectos son solo nuestros, y nos angustiamos pensando en las obligaciones familiares que apartamos a un lado para sentirnos vivas, pero que, al parecer, son también solo nuestras, porque nadie se hará cargo de ellas si no lo hacemos nosotras. Eso nos han enseñado, así que nos sentimos egoístas y sin sentimientos. Otras veces, cuando la vida nos dice al oído que no va a haber más oportunidades, que el tiempo está ahí al acecho y que nos vamos a ir yendo despacito sin haber cumplido con nuestro destino, creemos que los demás nos chupan el alma, que nos estamos traicionando a nosotras mismas, y vuelven la angustia y las dudas.

No es nada fácil vivirse. Yo misma, la primera vez que ocurrió, cuando primero intuí y luego supe con certeza lo que estaba pasando, me convertí en una moneda gastada de dos caras, pero en la que todavía mis hijos, ignorantes de todo, podían ver una sonrisa, podían seguir creyendo que su mundo estaba en orden y nadie podría

destruirlo.

El 4 de agosto de 1794, mejor dicho, el 17 *thermidor*, según el nuevo calendario revolucionario, entraron las tropas francesas en San Sebastián. Como he dicho, era mi cumpleaños. Con mis relucientes quince años, tan nuevecitos, me sentía una persona importante. Los franceses estaban a la vuelta de la esquina, pero cuando me desperté no me acordé de ellos. Recuerdo que oí jaleo en la calle y que las campanas de Santa María y de San Vicente cantaron las siete. Me había dormido, era muy tarde y el sol hacía mucho rato que había salido, así que me levanté de un salto y me vestí deprisa. Estaba nerviosa, igual hoy me comunicaban mis padres a quién me habían elegido por marido. Éramos una familia importante, y seguro que mi pretendiente iba a ser rico. Desde muy pequeña fui una niña lista, no se me escapaba casi nada de lo que pasaba en casa, pero también tengo que confesar que, a veces, más de las que me hubiera gustado, me convertía en un bicho tontorrón, obtuso, incapaz de interpretar lo que tenía delante de mis narices. Y respecto al matrimonio fui francamente idiota. No sé por qué pensaba que una vez casada iba a ser libre como un precioso patito que se deja mecer dulcemente por la corriente, mientras va de aquí para allá cuando le da la gana. No me sirvió de nada el ejemplo de mi madre, siempre extrañamente enferma de una enfermedad desconocida y rara, tan rara que a veces me hacía intuir que su fragilidad era una comedia para escapar de los caprichos de mi padre y de una vida de la que estaba harta. Tampoco fui capaz de sacar ninguna conclusión de la relación de mi cuñada Carlota y mi hermano Pedro. Carlota me ponía de los nervios con aquella vocecita irritante que repetía sin respirar todo lo que decía mi hermano. Nunca se me ocurrió pensar que mi matrimonio pudiera ser algo parecido, ¡qué va!, yo era distinta a ellas, esas cosas solo les pasaban a las demás. Siempre he vivido acompañada de una imaginación desbocada y de una desbocada vehemencia, vamos, que he sido y soy bastante apasionada y extravagante. Por eso, cuando les pintaba a mis amigas el cuadro maravilloso y exagerado de mi futura vida de señora casada, alguna se ponía rabiosa y me decía que lo más seguro era que me casaran con un viejo. Entonces me reía y solía contestar que eso era lo mejor que me podía pasar, porque así mi viejo marido se moriría pronto y me convertiría en una viuda rica y libre. Y se solían ir muy escandalizadas.

Pues yo, Eufemia, he tenido la suerte y la desgracia de querer a Peio, de quererlo con toda mi alma; tanto, que lo creí solo mío; tanto, que me volví loca cuando pasó lo que pasó; tanto, que me convertí en tirana y ahogué su libertad con engaños y maldad, como nunca pensé que fuera capaz de hacerlo.

A mí nadie me obligó a nada. Me enamoré. Nos enamoramos, o eso creí entonces.

Y pensé que ya estaba, que nada ni nadie iba a romper aquella vida nuestra. También yo soy ambivalente como tú, capaz de las más sutiles y etéreas intuiciones, y capaz también de razonar con la frialdad de Clint Eastwood persiguiendo a un perverso asesino en serie. A veces, empujada por no sé qué efluvios malignos que me lo embarullan todo, me convierto en un bicho tonto, obtuso, fanfarrón y feo. Siempre creí saber el tipo de mujer que le gustaba a Peio. Pero con Laura me obnubilé, sufrí uno de mis ataques de idiocia galopante, y admiraba tanto a Laura, admiraba tanto a Peio, que no se me pasó por la cabeza nada de lo que luego ocurrió. Ni siquiera pensé que tuvieran demasiadas cosas en común, además, siempre creí que Laura no era el tipo de mujer que le gustaba a Peio, sin sospechar que, si alguien no es tu tipo, cuando te atrapa, se te engancha al corazón de una manera misteriosa y puede quedarse ahí el tiempo que quiera. ¡Qué ingenua! Por fin, cuando caí de mi guindo particular no fui capaz de aceptar la libertad del otro. A partir de ese momento enseñé mi cara más fea, tan fea que ahora que ha llegado el momento de la verdad estoy asustada, muy asustada y muy triste. Peio podía haberme perdonado una infidelidad, pero nunca un comportamiento rastroso y bajo como ha sido el mío.

En fin, que aquel 4 de agosto, en cuanto abrí la puerta de mi cuarto me di cuenta de que algo grave estaba pasando. Mi padre y mis dos hermanos daban órdenes a gritos a los criados, mientras mi madre y mi cuñada gimoteaban. Bajé corriendo la escalera preguntando qué pasaba y la respuesta de mi hermano mayor me dejó muda.

—¡Tú qué haces así todavía! ¡Recoge tus cosas de una vez, siempre dando problemas, nunca te enteras de nada! ¡Menos mal que no vais a casarla, porque no creo que exista un tonto sobre la tierra que esté dispuesto a quedarse con ella, y rezad para que sea capaz de cuidaros como queréis!

Miré a mi madre desconcertada, pero mi madre, llorando a moco tendido, se dejaba abrazar por mi gimoteante cuñada y parecía que no me había visto y que tampoco había oído nada.

Xalbadora me cogió de la mano y me llevó escaleras arriba, mientras subíamos me dijo que no hiciese caso a Pedro, estaban todos muy nerviosos porque los franceses iban a entrar en la ciudad.

Xalbadora era mi *iñude*, mi aya, mi consejera. Entró en casa cuando yo nació. Fui una hija tardía y mi madre no pudo darme pecho, así que, para que hiciese de nodriza, trajeron a Xalbadora, que acababa de perder a su hija recién nacida y también a su marido, un jugador empedernido que la abandonó dejándole solo deudas. Mi madre, después del parto, no recuperó la salud, se convirtió en esa mujer frágil y nerviosa que yo conocí toda mi vida. Xalbadora fue la que se ocupó de mí. Me quería como a una hija y yo la quería a ella con todo mi corazón, era a la única persona de la casa a la que contaba mis secretos. Hace muchos años que me falta, pero cuando me siento

confusa o deprimida utilizo un conjuro muy sencillo que consiste en imaginar qué me hubiera aconsejado ella si aún estuviese a mi lado. Entonces se produce el milagro, porque su mente clara y ordenada, y también su gran corazón, se apoderan de mí y consigo desdramatizar, mandar al carajo la autocompasión y actuar con paz.

Eufemia, acabo de estropear tu manuscrito y ponerlo perdido de lágrimas. Ya lo sabes, al revés que tú, yo he actuado llena de ira y de miedo. No tengo fuerzas para ser valiente. Me he encerrado en esta casa huyendo del mundo y de mí misma. Pero sé que este refugio no me va a librar de lo que más temo. Necesito fuerza para repensarme, hurgar por dentro en la herida, encontrar una salida. No sé si lo voy a conseguir.

El cerezo está en flor, es tan hermoso que un montón de abejorros, mariposas, y miles de bichos, terroríficos vistos al microscopio, se acercan a sus flores atraídos por su belleza. Ninguno de ellos me hace ni caso. Y tengo la tentación de llorar aún más, porque hasta la indiferencia de estos bichejos me habla de soledad. Me recuesto en el cerezo y decido que se acabaron las lágrimas, que ahora es mejor olvidar, darme una tregua y conocerte a través de tu historia, es posible que tus palabras te conviertan en mi Xalbadora particular. Ojalá sea así.

Xalbadora, mientras recogíamos mis cosas, me contó lo que pasaba.

—Ese general Muller se ha dado un paseo militar. En Irurtzun los franceses han quemado la paja y el grano para que no puedan dar de comer a los animales y han extendido el tifus. Los nuestros están huyendo como pueden delante del ejército de la Revolución. En un par de horas los franceses estarán aquí, así que date prisa.

Y era verdad. El 21 de septiembre de 1792, de eso solo hacía dos años, en Francia se había abolido la monarquía y se había proclamado la Primera República. La noticia había conmocionado al mundo y también a los donostiarras. Contaban que, de manera imprevisible, el ejército mal nutrido y mal equipado del pueblo francés había ganado a los todopoderosos prusianos en la batalla de Valmy. Nadie daba crédito a semejante derrota y se empezó a hablar del fantasma de Valmy. Decían que la víspera de la batalla, un hombre vestido de negro y aspecto siniestro se había presentado ante Federico Guillermo II y que, de pronto, se había transformado en su difunto tío, Federico el Grande. Luego aquel fantasma había anunciado al rey una muerte segura en el combate del día siguiente. Sea o no verdad esta historia, lo cierto es que en la batalla de Valmy el ejército republicano francés logró la victoria. Mi hermano Miguel me dijo que los franceses habían conseguido infiltrar en la corte de Federico Guillermo a *monsieur* Fleury, un actor que entonces tenía mucha fama, para que interpretase el papel del fantasma del tío del rey, seguros de que Federico se creería la pantomima. A partir de ahí, los franceses avanzaron victoriosos por Europa, y ahora estaban a las puertas de San Sebastián.

Eufemia, te sorprendería ver las relaciones que ahora tenemos con los franceses. Ya no hay invasiones ni enfrentamientos, las guerras las llevamos muy lejos, a países aparentemente pobres, y tan ignorantes que la mayoría de sus gentes desconocen la suculenta riqueza que nos hace buscar un bonito pretexto para invadirlos. Además, la muerte también la escondemos para poder vivir como si no existiese. No queremos que nada ni nadie nos perturbe nuestra paz de caramelo. Sin embargo, todos sabemos que la guerra, la muerte y la enfermedad están ahí. Entre los franceses y nosotros, como te digo, reina la paz. Durante los años del franquismo pasábamos al «otro lado» para comprar cosas maravillosas que aquí no había, por ejemplo, jabón de escamas, chocolate Meunier, cuadernos de colorines y, sobre todo, libros, muchísimos libros prohibidos que teníamos que esconder antes de pasar la frontera, pequeños juegos de clandestinidad que nos hacía sentirnos héroes. Ya no hay fronteras. Todos somos ciudadanos de primera a este lado del gran muro invisible que oculta a los que tienen la miseria, la incultura, las enfermedades y las guerras por compañeras.

Sin embargo, desde Francia ha galopado hacia mí la desgracia en uno de esos momentos malos de la vida, porque hace tres meses murió mi madre. La muerte de mi madre me ha dejado una tristeza dulce. Ha tenido una vida cumplida y el final fue tranquilo, pero también me ha dejado un sentimiento de soledad, de conciencia del paso del tiempo, de remordimientos por los disgustos que le di y por las alegrías que dejé de darle. Pero es que, además, tras su muerte también siento un cierto rencor, rencor por sus silencios, por su omnipresencia excesiva, por sus juicios silenciosos, en fin, que es todo muy complicado. Y así estaba yo cuando ha ocurrido la tragedia, mi tragedia. Ha ocurrido hace solo una semana, solo una, y, sin embargo, ha cambiado mi vida: el mundo se me ha roto, ha arrastrado muy lejos el dolor por la muerte de mi madre y ahora vivo entre tinieblas. Fue el lunes, me acerqué al centro comercial San Marcial a hacer la compra. Anduve por allí, compré más de lo que necesitaba y me puse en la cola de una de las cajas. Enseguida me tocaron en el hombro y detrás de mí estaba Maritxu, amiga de la infancia y enemiga siempre. No me quedaba más remedio que aguantarla. Le devolví el abrazo, los cumplidos habituales y la mejor de mis sonrisas a sus risitas de rata hipócrita y empalagosa. Enseguida me recordó que no nos veíamos desde que se fue Laura, y eso era mucho tiempo, habían pasado cinco años. El comentario me puso en guardia.

La miré escondiendo la suspicacia y el sobresalto que me había producido oír otra vez aquel nombre. Eché un vistazo a la cola para ver si me tocaba ya y me escapaba de allí. Maritxu me miraba sonriente, sin embargo su sonrisa esta vez era extraña, malvada, más malvada que nunca; sus ojos no sonreían, yo diría que eran dos agujones preparados para chorrear veneno.

—Vuelve Laura.

Lo dijo sabiendo que hacía daño, estoy segura.

Me convertí en Sarah Bernhardt y oculté mi angustia.

—Serán habladurías, no creo que le apetezca volver, vive en París muy a gusto con su riquísimo marido.

—Vuelve para quedarse, y me ha encargado que organice una fiesta de bienvenida. Ya están limpiando la villa. Por supuesto estáis invitados. Hoy mismo te iba a llamar para darte la noticia. Me alegro de haberte encontrado aquí. Díselo a Peio, ellos dos tenían una gran amistad, ¿no es verdad?

Y otra vez me miró a los ojos para no darme tregua, pero aguanté bien. Me quedé mirándola sonriente con la misma fijeza que ella. Luego la chica de la caja me llamó, era mi turno y no me había dado ni cuenta.

Salí de allí. Por fin había ocurrido. Cinco años confiando en que no iba a suceder nunca más. Sentí que el círculo se cerraba. Por un momento estuve a punto de gritar, ahora todo estaba perdido. Pero el ataque de pánico hizo que no controlara las bolsas y un montón de manzanas salieron corriendo, supongo que escapándose de mí. Gracias a su caza y captura recuperé un poco la razón. ¿Y ahora qué iba a pasar? Tendría que hablar con Peio, explicarle el porqué de la huida de Laura a París, justificar lo injustificable. No, no podía. No puedo. Quería esconderme y me he escondido en esta casa de Baliarrain.

Xalbadora, mientras me ayudaba a preparar la bolsa de viaje y para hacerme olvidar las palabras de mi hermano, charlaba sin parar sobre lo que estaba ocurriendo en Francia, aunque yo lo sabía muy bien. Por fin estuve preparada y Xalbadora dejó de machacarme los oídos con la historia universal. Bajamos y ya estaba toda mi familia dentro del carruaje. Detrás, en dos carretas, iban los criados rodeados de baúles y mil cachivaches. Parecía que nos íbamos al fin del mundo.

Bordeamos la playa en dirección al camino real. Yo iba incrustada entre mi madre y mi aburrida cuñada Carlota, que estaba embarazada de cuatro meses. La sombra de nuestro coche y el trotar de los caballos se reflejaban en la arena, como si formáramos parte de un espectáculo de sombras chinescas. Nunca me había parado a pensar qué iba a hacer con mi vida y esa fue la primera ocasión en la que lo hice. Hasta aquella mañana daba por hecho que me casaría, y aunque lo del viejo muy rico lo decía de broma, ahora que me habían robado esa posibilidad me parecía que era una broma a medias. Siendo sincera, me había inventado libre y casada, y, mientras huíamos a la casa de Baliarrain, me daba cuenta de que semejante reflexión era una soberana estupidez. Sentada a mi lado estaba Carlota y no se podía decir que fuera una mujer libre. El bruto de mi hermano le daba órdenes desde la mañana hasta la noche, incluso le decía cómo se tenía que vestir. No, yo no quería ser como ella y tampoco quería quedarme en casa cuidando a mis padres, convertida en una niña

vieja sin voluntad ni decisión durante toda la vida. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y me hice la dormida para que no me molestaran. Tenía que reflexionar, pensar, decidir. Me daba rabia haber sido tan tonta. La mayoría de mis amigas estaban ya comprometidas, y hasta alguna casada, mientras que en casa nunca se hablaba de mi matrimonio. De pronto había visto claro, me había dado cuenta de que no quería ser un pobre títere como Carlota, como mis amigas, como mi madre. Nunca me había faltado imaginación, así que era el momento de ponerla a trabajar. Xalbadora me ayudaría. Y mientras pensaba y pensaba me quedé dormida. No me desperté hasta que llegamos a Baliarrain.

Yo también tengo que reflexionar, pensar y decidir. Yo también me he dado cuenta de que soy un pobre títere, de que sin Peio no soy nada. Durante todos estos años que llevamos juntos, su serenidad la he hecho mía y me he engañado tranquilamente pensando que era una mujer fuerte. Es el momento de que me descubra, me repiense, me acepte y, también, de que deje a un lado los engaños. Sin embargo no sé si voy a ser capaz. Necesito una Xalbadora como la que tú tenías. Seguro que nunca pensaste que tu botella de náufrago iba a llegar a manos de una miserable náufraga más perdida que tú.

En cuanto dejamos el coche toda la familia se olvidó de mí, cosa por otra parte bastante corriente en un mundo en el que se me consideraba el último mono. Creo que ya en aquel tiempo tuve la sospecha de que los principios de la Revolución tenían un apéndice que decía, «Derechos humanos del hombre y del ciudadano, excepto de las pequeñas Eufemias, porque ellas no han nacido ni iguales ni libres». Hoy sé que mi intuición no me engañaba. Pero volviendo a aquel 4 de agosto, en cuanto llegamos a la casa de Baliarrain subí con Xalbadora a mi cuarto, necesitaba hablar con ella.

Y allí me dejé llevar por la autocompasión. Durante un rato, entre gimoteos, hablé y hablé intentando expresar cómo me sentía. Hasta que Xalbadora se hartó y me lanzó un discurso frío, de una frialdad helada que yo no conocía en ella.

—Deja ya de llorar, se han acabado los tiempos en que podías arreglar las cosas con una llantina. No sirve de nada sentirse desgraciada, y ahora tienes que ser fuerte, decidir qué quieres hacer con tu vida. Nadie te va a regalar nada. Ya lo has visto, tus propios padres, más que pensar en ti, están pensando en ellos, y no digamos tus hermanos. Eufemia, no te arrugues, pelea por tu tesoro, tu vida es tuya y de nadie más. Un marido impuesto por tus padres no iba a resolver las cosas, te lo aseguro. Y ¿por qué crees que es mejor estar casada? Tú no ibas a elegir a tu marido, no ibas a ser más libre viviendo con él. Piensa bien en lo que te digo, tienes que pelear por lo que te importa, aunque fracases, aunque pierdas, porque por lo menos sabrás que has

luchado.

Luego se rio.

—Creías que te ibas a poder dejar llevar por la corriente como una hoja tranquila y hermosa. Estabas equivocada. Me alegro de que tu hermano te haya hecho despertar, de verdad, me alegro aunque te duela. Tú no vales para estar como Carlota a las órdenes de un hombre. Te he criado y te conozco bien. Eres lista y orgullosa, sé que te hubieras marchitado muy deprisa en un mundo que no era el tuyo. Fíjate para qué me sirvió a mí el matrimonio.

—¿Le querías?

—No. También le eligieron mis padres. Era el hijo mayor de un buen caserío. Pero además era un jugador. Luego, cuando perdió todo y se escapó, mi propia familia me dio la espalda y me quedé sola con mi hija..., pero mi niña murió, ya lo sabes.

La abracé, me sentía culpable de haberle recordado aquel tiempo tan oscuro.

Xalbadora me apartó sin contemplaciones.

—Quita de aquí, que tengo mucho trabajo. Ahora vamos a olvidarnos de tristezas. Hoy es tu cumpleaños. Verás cómo encontrarás una salida. Eres fuerte, sé que lo harás.

Xalbadora se fue y me dejó allí rodeada de pensamientos que no sabía cómo ordenar.

Autocompasión. Yo no puedo tener autocompasión, Eufemia. No puedo perder el tiempo. Laura ha sacado de mí mi peor yo. No, no es verdad, yo he sacado de mí misma mi peor yo. Laura, menuda, guapita, una lolita venida a menos, pija y altiva. Laura, glotona de la vida, glotona de mi vida. Siempre tuvo más que yo. Aquel estuche doble de color amarillo, chorreante de lápices de colores; la inmensa biblioteca de su abuelo, que ella nunca leía y que yo me moría por leer; viajes culturales con sus padres; la señorita de compañía francesa que le enseñaba un elegante francés. Egipto, París, Londres, cada postal me ponía los dientes más largos. No, no y no, intento justificar lo que hice. Laura era también mi mejor amiga. He sido cobarde, débil, y la cobardía y la debilidad nos vuelven crueles. Son prisiones que cambian las reglas del juego para que todo esté permitido. La guerra también es otra prisión, también saca de nosotros instintos brutales que convierten en lógica y justa la peor de las pesadillas.

No estuvimos mucho tiempo en Baliarrain. Unos días después mi padre dijo que volvíamos a casa. Esta vez fui la primera en estar preparada. Dichosos franceses, no me traían más que sobresaltos. Aquellos días había disfrutado del jardín y de la

huerta, dejándome llevar mientras reflexionaba como me había aconsejado Xalbadora. En primer lugar, y lo más importante, tenía que saber qué quería hacer yo con mi vida, para no acabar siendo un pelele de los deseos de los demás.

Durante el viaje de vuelta, mi padre nos obsequió con una clase de historia. El 4 de julio de 1719, el ejército francés al mando del duque de Berwick asedió también San Sebastián. Casi un mes después, el 1 de agosto, los donostiarras se refugiaron en el castillo de la Mota y, por más que los bombardearon, resistieron allá arriba. Y hubieran resistido aún más si no se llega a incendiar un arsenal del castillo. Murieron cuatro soldados nuestros, y los franceses entraron una vez más en la ciudad. No se marcharon hasta 1721. En fin, según concluyó mi padre, esta invasión de ahora podía durar unos cuantos años.

Y aquí se produjo lo que yo llamo uno de esos pequeños milagros que, de repente, iluminan nuestro cerebro y empezamos a ver claro algo que antes nos resultaba oscuro e intrincado.

Después de que mi padre nos deleitara con sus conocimientos históricos, yo, por entretener el viaje y demostrar que también sabía algunas cosas, conté mis últimos conocimientos adquiridos a través de Xalbadora y sus amigas pescadoras, que tenían noticias de primera mano sobre Francia y la Revolución gracias a los barcos que llegaban al puerto de Pasajes:

—Pues si los franceses se quedan tanto tiempo, dentro de pocos días celebraremos la fiesta de principio de año. Ahora en Francia el año empieza el 22 de septiembre y estamos en el año I de la Revolución. Y como no quieren que nada les recuerde a la Iglesia, no celebran fiestas religiosas. Todos los meses de otoño terminan en -aire, y se llaman *vendémiaire*, *brumaire* y *frimaire*; es bonito, mes de la vendimia, de la bruma y de la escarcha. Los meses de invierno terminan en -ose, *nivôse*, *pluviôse* y *ventôse*. Los de primavera en -al, *germinal*, *floréal* y *prairial*. Y los de verano en -dor, *messidor*, *thermidor* y *fructidor*.

Cuando acabé la perorata, me di cuenta de que había un silencio tenso dentro del coche.

Pedro carraspeó y me habló en un tono empalagosamente amable, traicionera dulzaina que inmediatamente me puso en alerta, por desgracia ese no solía ser su estilo cuando se dirigía a mí.

—Y tú, niña bonita, ¿cómo sabes esas cosas?

No caí en la trampa de decirle que lo sabía por Xalbadora.

—Ahora la Revolución está de moda y la gente habla sin parar de lo que está pasando.

La voz severa de mi padre nos cortó.

—Pues aunque mucha gente hable de Francia y de la Revolución, como dices, no es propio de una señorita conocer ciertas cosas. A ti no debe interesarte más que lo

que pasa en tu casa, ¿entendido?, no quiero volver a oírte hablar de nada que no sea propio de una mujer honrada. Las fiestas religiosas son sagradas. En la catedral de Nôtre Dame se rinde culto a la diosa razón, ¿te das cuenta?, la diosa razón representada por Thérèse Angelique Aubry, que lleva puesto el gorro rojo de la Revolución y levanta una pica en la mano derecha. Lo que hagan o dejen de hacer esos desarrapados de los *sans culottes*, que ahora parece que han tomado el mando, no es cosa tuya. Fíjate en tu madre y Carlota, ellas deben ser tu ejemplo. Solo me faltaba tener que oír barbaridades semejantes de mi propia hija. Bastante barbaridad es que esa Olympe de Gouges haya proclamado los derechos de la mujer y la ciudadana.

Mi hermano Pedro hizo callar a mi padre indicándole con la mirada que mi madre y Carlota, dos mujeres al fin y al cabo, le estaban oyendo hablar de sus propios derechos, y era mejor no mencionar el asunto y dejar las cosas como estaban.

Y esa mirada de mi hermano (claro está que a mí no me miró, yo estaba clasificada como bicho amorfo y asexuado) y esas palabras de mi padre, dichas de prisa e intentando contener la ira, fueron una revelación. Ni Xalbadora ni las pescadoras sabían nada de los derechos de la mujer y de la ciudadana. Ni siquiera mi madre ni mi cuñada debían enterarse de que existían. Sin embargo, esa información estaba ahí para quien supiese... (y me vino la luz),... para quien supiese... ¡leer! Esa iba a ser mi primera tarea. Siempre había sido curiosa. Me pasaba el santo día escuchando todo lo que decían a mi alrededor, y ahora me daba cuenta de que también había sido una crédula; aquellos retazos de información que iba robando no tenían por qué ser verdad, o por lo menos toda la verdad. Estaba claro, debía informarme yo misma y llegar a mis propias conclusiones. Así me enteré de que la primera redacción de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano no se refería a las mujeres ni a la esclavitud. Fue después cuando Olympe de Gouges, escritora, dramaturga y política, redactó la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, pero acabó en la guillotina. En cuanto a la esclavitud, no fue abolida hasta 1794.

Aunque te parezca mentira, todavía hoy andamos a vueltas con eso de los derechos de la mujer y la ciudadana. Hubo un tiempo en que creí que si el mundo estuviera gobernado por las mujeres, no habría guerras, violencia, injusticias, y todos viviríamos en una arcadia feliz. Y no es así. Como decía una consigna ácrata del Mayo francés de 1968, el poder corrompe, y pienso que esa consigna es la pura verdad. Mira, Eufemia, hace unos años hubo una guerra terrible. El ejército americano invadió Irak. Los marines, el Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos (USMC), famoso por su disciplina y, desgraciadamente, a veces también por su brutalidad, está constituido en un siete por ciento por mujeres.

Escucha, un día el mundo descubrió que miembros del Ejército americano habían cometido abusos sexuales y torturas contra los prisioneros de guerra iraquíes. Bueno, pues la prisión en la que se cometieron esas atrocidades estaba dirigida por la general Janis Karpinski; la oficial de mayor rango de la Inteligencia norteamericana, encargada de supervisar el estado de los detenidos, era la comandante Barbara Fast; y la presidenta del Consejo de Seguridad Nacional de EEUU, organismo responsable de la declaración de guerra, era Condoleezza Rice. La guerra ha sido para nosotras siempre un escenario nuevo, ambiguo y perverso. Las mujeres, en un sentido, y no me entiendas mal, nos hemos beneficiado de las guerras. Los grandes dogmas de la sociedad patriarcal, basados en mentiras interesadas, se han solido venir abajo en época de guerra. De pronto las industrias se quedan huérfanas de mano de obra, y entonces se produce el milagro: esas mujeres, que poco antes solo tenían un destino, la perpetuación de la especie, el cuidado de las crías y la obediencia al varón, tienen que conducir camiones, trabajar en las fábricas, sacar adelante la economía del país. Eso pasó en la primera guerra mundial. Poco a poco, a golpe de guerras y a la necesidad de mano de obra, todavía hoy en muchos casos más barata, nos hemos ido incorporando al mercado laboral. Pero, eso sí, sin desatender nuestras obligaciones tradicionales, es decir, soportamos una doble carga de trabajo. Sin embargo, y como les pasó a los *sans culottes*, cuando todo vuelve a la normalidad otra vez se nos empuja a volver casa y las cosas se nos ponen difíciles. Ahora vivimos una terrible crisis económica a nivel mundial. Bueno, pues ante las oleadas de paro ya hay voces que se levantan exigiendo que las mujeres volvamos al hogar, de donde no teníamos que haber salido, y que dejemos nuestros puestos de trabajo para que sean ocupados por los hombres. Hablas de Olympe de Gouges. Me ha llamado la atención cómo se repite la historia. Verás, negros, mujeres y homosexuales tenemos un amigo común: la discriminación. Federico García Lorca (solía escribir su primer apellido sin tilde), un poeta asesinado en la guerra civil de 1936 y que era homosexual, cuando fue a Nueva York huyendo de un desengaño amoroso se sintió identificado con los negros, pero es que antes se había sentido identificado con las mujeres, y sus mejores obras de teatro tienen protagonistas femeninas. Hoy, como te decía, aún andamos a vueltas con eso de los derechos de la mujer y la ciudadana. Llegar a un puesto de responsabilidad supone muchos sacrificios. Te diré también una cosa que quizás no sabes. Durante la Revolución francesa se pusieron de moda los clubs: el de los Jacobinos, los Cordeliers y otros, como tú cuentas. Pero lo que igual no te dijeron es que hubo también clubs femeninos: Amazonas Nacionales, Damas Patrióticas, Damas de la Fraternidad y muchos más. Sin embargo estos clubs estuvieron muy mal vistos, porque se entendía, siguiendo a Rousseau, que el papel de la mujer estaba en casa y que las señoras no debían participar en la política. Tanto es así que incluso los jacobinos deshicieron y prohibieron su propio club femenino y, a continuación, lo

mismo sucedió con todos los demás. Es decir, que a pesar de la declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana, a partir de 1793 desaparecen por decreto todas las asociaciones femeninas. Théroigne de Méricourt, perteneciente al Club de las Amigas de la Ley, se enfrentó a Robespierre, y ante semejante osadía los jacobinos la acorralaron en la calle, le levantaron las faldas, le quitaron la ropa interior y le dieron azotes y latigazos entre gritos y risotadas. Desde aquella terrible humillación, Théroigne se volvió loca. Eso ocurrió en 1793 y murió en 1817.

El primer paso, pues, para poder reconocer mi destino iba a ser aprender, aprender y aprender. A mi madre y a Carlota las habían capado, eran animalitos domésticos que cumplían al pie de la letra lo que querían mi padre y mi hermano Pedro. Después de escuchar a mi padre, las pobres habían asentido con cara seria a cada una de sus palabras, estaban incapacitadas para darse cuenta de que aquellas teorías también las afectaban a ellas.

El comentario final de Carlota no hizo más que darme la razón.

—Es impropio que estés enterada de esas historias de la Revolución. ¡Qué disgusto, hay cosas que una mujer no debe saber!

Y se acarició el vientre como si quisiera proteger a su criatura de mis malas influencias, mientras mi madre, con voz quejumbrosa, le daba las gracias por sus palabras.

A partir de ahí no abrí la boca, y así llegamos a la calle San Jerónimo, a nuestra casa. Había soldados franceses por todas partes. Pero no hubo problemas.

Aquel 9 de agosto, o de *thermidor*, empezó una nueva fase de mi vida. Y así, en los días siguientes, empecé a poner en práctica mi plan. En primer lugar decidí que tenía que aprender a leer. No era fácil, porque nadie me iba a enseñar, pero después de darle mil vueltas se me ocurrió una manera que me pareció brillante, y no me equivoqué. En el despacho de mi padre había una biblioteca muy grande de la que él estaba muy orgulloso. Algunos de los libros eran primeras ediciones y muchas veces nos los enseñaba hablándonos de su valor. Concretamente, una primera edición de *El Quijote* me había impresionado mucho. Tenía ilustraciones muy hermosas y, para mí, aquel ejemplar se convirtió en un libro de cuentos. Cuando estaba enferma y desconsoladamente blandita, Xalbadora le pedía permiso a mi madre para enseñarme aquellos dibujos, porque era lo único que me entretenía. Yo sabía exactamente en qué estantería estaba aquel libro y qué palabras estaban escritas en su portada, por eso decidí que se iba a convertir en la plantilla mágica con la que iba a descubrir el misterioso jeroglífico de la lectura y de la escritura. Recuerdo la emoción de la primera noche. Esperé a que toda la casa estuviera silenciosa. Bajé a oscuras las escaleras para que nadie me descubriera. Entré en la biblioteca y encendí la vela. Allí estaba. Lo cogí con cuidado y no pude evitar hojear un poco aquellas ilustraciones

que formaban parte de mi infancia y de mis sueños. Después subí a mi cuarto sin hacer ruido y empecé con la primera lección.

Aprender, aprender, aprender. Lo que tú decidiste es lo que hemos tenido que hacer muchas de nosotras. Aprender más que nadie, renunciar a familia e hijos si el puesto es de mucha responsabilidad, esperar a que los gobiernos, los hombres y las mujeres algún día seamos capaces de reorganizarnos, olvidándonos de estructuras del pasado. Del mismo modo que a nadie se le ocurre pensar hoy que podamos deber vasallaje a un señor feudal, tampoco se nos debería ocurrir que una mujer tenga que decidir entre su trabajo y su familia. Porque las dos cosas son compatibles siempre que nos inventemos una estructura social nueva que dé respuesta a esta nueva sociedad. Sin embargo, aunque hay avances, nuestra situación es tan absurda como la de un hombre que debiera ir al trabajo vestido con una armadura solo porque antes los caballeros iban así y cualquier cambio dé miedo.

Subí a mi cuarto silenciosa como un fantasma y empecé con la primera lección. Mi sistema para aprender a leer fue el siguiente. Yo sabía que el título del libro era *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*. Debajo del título decía: «Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra», me lo había leído mi padre un montón de veces. Entonces, en la casa dormida, bajo la luz macilenta de la vela y emocionada, muy emocionada, fui consciente de que por primera vez en mi vida me lanzaba a un proyecto decidido solo por mí. Pero enseguida empezaron las dificultades que tendría que ir resolviendo. En primer lugar, al volver a leer el título, me encontré con un signo muy grande, «E». Perseguí su rastro en el resto de las letras del título y el nombre del autor, pero no lo encontré. Sin embargo me di cuenta de que yo pronunciaba ese mismo sonido en la «e» de «Quixote», en la «e» de «de», en la de «Miguel», en la de «Cervantes» y en la de «Saavedra». Fijándome un poco más, también descubrí que en algunas de las palabras la primera letra se escribía con un signo grande y en otras no. Este proceso de reconocimiento de cada uno de los signos me llevó mucho tiempo. Sin embargo, cada descubrimiento era para mí una alegría muy profunda, como la del poeta que por fin ve traducido en hermosos versos los sentimientos que quiere expresar, o la del científico que encuentra la fórmula intuida y que resuelve muchos enigmas de la naturaleza. Durante las noches que dediqué a aprender a leer, dormí muy poco. Adelgacé, me quedé pálida y con una mirada febril, brillante, que hizo pensar a mi familia que estaba seriamente enferma. Xalbadora me libró de aquel ataque de saber que, era verdad, podía haber acabado con mi salud. Y a partir de que mi *iñude* me descubriera perdiendo los ojos a la luz de una vela, tuve un horario que ella controlaba, apareciendo en mi cuarto y llevándose, hasta el día

siguiente, a don Quijote, a Sancho y a Dulcinea. Y con ese método y mi empeño por fin aprendí a leer. Al principio tenía que hacerlo en voz alta para entender lo que leía. Y me costó un verdadero esfuerzo leer con la boca cerrada. Sin embargo, lo conseguí. A partir de ese momento devoré uno a uno casi todos los libros de la biblioteca de mi padre. Me daba lo mismo que el tomo elegido fuera de química o de física o de cualquier cosa que yo no entendiera ni una palabra, porque eran ejercicios de lectura que me iban dando soltura. Y en aquella locura lectora tropecé también con novelas y poesías que me emocionaron entonces, y aún ahora, tanto tiempo después, me siguen emocionando. Después de mi proeza, yo, que siempre he sido cargantemente orgullosa, me sentí superdotada, más sabia que los sabios de Grecia, más sabia que Robespierre, que entonces decían que tenía la sagacidad y la sabiduría del diablo. Xalbadora me había dicho, «Todos venimos a este mundo con las cartas marcadas, así que ya es hora de que dejes de llorar por las cartas que tienes y de que busques la manera de ganar. No se te olvide, Eufemia, quien abandona la partida pierde el juego sin remedio». Ella sabía de eso, solía ir a jugar a las cartas con las pescadoras del puerto y era de las buenas. Decía que esa era su manera de olvidar, pero yo creo que también ayudaban lo suyo los *txupitos* de un licor casero que preparaba la Engratzi, una de las pescadoras, y que la ponían contenta. Ahora que sabía leer había mejorado mis cartas, solo quedaba jugarlas con inteligencia.

En esas estoy yo también, Eufemia. Solo que me encuentro en el momento de después de una mala jugada y no sé cómo arreglarlo. Además, para jugar bien, como te aconsejó Xalbadora, hay que tener la cabeza fría. No se juega con el corazón, eso funciona en las novelas, se juega con la cabeza, y mi cabeza está hecha un lío intentando asimilar el torbellino de sentimientos que me ahogan, sobre todo el miedo, el pánico de perder a Peio para siempre. Y no quiero pararme a analizar este miedo, prefiero llamarlo amor. Porque en el fondo de este abismo en el que estoy sé que mi amor, como todo amor, está enredado con muchas cosas, entre ellas mi vulnerabilidad, mi fragilidad. Y lo sé yo, que siempre he alardeado de ser una mujer fuerte.

La euforia que me produjo el haber sido capaz de aprender a leer yo sola, sin ayuda de nadie, me llevó a analizar el resto de las cartas que me habían tocado en suerte. Había nacido en una familia burguesa, bien situada y con sus ribetes aristocráticos, hasta aquí, se podía decir que tenía un as en la mano.

Eufemia Idiabez y Olazabal, mi madre, descendía del grupo de los grandes. La casa solar de los Idiabez está en Azkoitia. Don Martín de Idiabez, nos contaba mi madre, aparecía como primer señor de la casa solar ya en el año 1360. El cuarto señor fue don Pedro de Idiabez y Olano, servidor de los Reyes Católicos. Después vinieron otros, siempre grandes, como don Juan de Idiabez y Balda, colegial del Mayor de

Cuenca y secretario del Despacho de Felipe II y Felipe III. La otra rama de los Idiákez, a la que pertenecía mi madre, tiene la casa solar en Tolosa, en tierras de Aia, y esta querida casa de Baliarrain, en donde escribo, proviene de ese patrimonio. De estos Idiákez hubo un tal don Alfonso que llegó a ser secretario de Carlos V. En fin, que todos los Idiákez fueron *jauntxos*^[1] y entroncaron con la nobleza navarra y castellana. Mi madre siempre terminaba aquellas charlas genealógicas con la misma frase, «Son muchos los títulos nobiliarios que abriga mi apellido y el vuestro, pero más aún lo es la aristocracia de la virtud, las armas y las letras que han adornado a nuestros antepasados». Después entornaba los ojos y, mirando el escudo gigante que presidía nuestro comedor, decía como si soñara, «Buey bermejo o de gules, atravesando un roble verde, terrazado en campo de plata».

Lo malo de este as mío era que la familia de mi madre había perdido casi todo, menos la casa de Baliarrain y el orgullo de su estirpe. La ruina de su familia permitió la boda de una Idiákez con mi padre, Pedro Sagüés Iriarte, de tierras de la Ulzama, un campesino pobre que vino a San Sebastián a buscarse la vida y que hizo una fortuna con el negocio de los barcos. Mi padre, que estaba encantado de haber emparentado con una cuna ilustre, quería a mi madre a su manera, le gustaba su porte elegante, su obsesión por la etiqueta y su belleza un poco triste. Más allá de eso vivía su vida, y si en alguna ocasión mi madre intentaba formar parte de ella, se ponía a ladrar como un loco. Porque mi padre ladraba, tenía mucho carácter, el que le había permitido llegar hasta donde estaba, así que era muy difícil poder hablar con él. Mis hermanos, Pedro y Miguel, trabajaban en el negocio familiar. Pedro adoraba a mi padre y mi padre adoraba a Miguel. Pedro era obediente, pero sin iniciativas. Miguel era distinto, elegante como mi madre e inteligente, mi padre le respetaba, y yo hasta que ocurrió lo de Dolores, también. Luego estaba yo. Y yo tengo que confesar que tengo el carácter de mi padre y, como él, ladro, por eso nuestra relación fue extraña. Durante la infancia fui la princesita de mi padre, me llevaba de paseo, me compraba todos los caprichos que le pedía, me enseñaba orgulloso a sus amigos. Pero crecí, empecé a ladrar como él cuando algo no me gustaba y se olvidó de mí. Dejé de existir para él desde el momento en que mi cerebro y mi carácter comenzaron a crecer y a decirle que yo tenía existencia propia, es decir, desde el momento en que se dio cuenta de que iba a ser muy difícil convertirme en su perrito faldero. Le debo a mi padre, pues, una infancia maravillosa y una adolescencia muy dura, en la que viví la soledad y el abandono sin saber por qué, lo que hizo que me culpara a mí misma y me volviera muy vulnerable.

Cuando se produjo la ruptura y su olvido, me empezaron a atraer los hombres mucho mayores que yo, y años después, repasando la historia de mi vicia, me di cuenta de que, en realidad, no eran ellos los que me gustaban, sino su aroma a paraíso perdido, la nostalgia de haberme sentido la elegida, la preferida entre mis hermanos,

para acabar siendo muy poquita cosa. Creo que, sobre todo, me empujaba hacia esos amoríos el ansia por querer recuperar aquel tiempo en que nada me podía ocurrir porque mi padre, el jefe de la familia, me protegía. Si de mi padre me quedan los recuerdos de una infancia feliz y el desengaño que vino después, de mi madre heredé su fantasía y, aún las recuerdo, aquellas historias que ella me contaba sobre la grandeza de los Idiákez, tan fantásticas que yo intuía que eran una invención, pero que volvían a mi madre tierna y accesible.

Mi vida familiar ha sido tan normal como la de la mayoría de la gente y también tan complicada como la de casi todos. En los sótanos de nuestro yo viven demonios casi invisibles, pero muy activos, que nos pringan el alma de sentimientos tan fuertes como sutiles, surgidos en las profundas relaciones familiares. Ha muerto mi madre. A veces en la vida, los acontecimientos buenos o malos parece que se ponen de acuerdo para venir en tropel a nuestro encuentro. Cuando la visita multitudinaria se compone de sucesos felices, nos parece que la vida va a seguir siendo siempre así de buena. Pero si esa tropa que nos invade pertenece al grupo de los malignos, pensamos que nunca jamás vamos a poder escapar del agujero negro en el que estamos atrapadas.

Como te he dicho, mi madre ha muerto hace tres meses. Tanto dolor me ha sorprendido y, aunque parezca mentira, a mis años he tenido la impresión de que me he quedado sola, me he sentido huérfana, me he sentido rodeada de desconocidos. Después he experimentado paz. Mi madre ha muerto con más de noventa años, y su vida ha sido una vida cumplida. Pero también he experimentado la rabia. Hacía unos años que tenía sospechas de escondidos secretos familiares, y cuando quise saber más tropecé con su silencio. Jamás quiso hablarme de lo que había pasado. Su mutismo me dolió doblemente, porque me excluía, porque me convertía en una extraña, yo no era quién para compartir su vida. Intuía que todo lo que había creído sobre mi familia podía ser una edulcorada mentira, un cuento para niños tontos. Entonces enfermé de dudas. Luego, dos días antes de morir, ella me llamó y me dijo, «Sé que no lo entiendes, pero hay asuntos que es mejor no removerlos. —Luego me dio unas palmaditas en la mano y sonriendo añadió—: Hay cosas de las que yo no quiero hablar, es demasiado doloroso para mí, algún día lo comprenderás. Busca en la casa de Baliarrain, ahí están las respuestas que me pides y esas reliquias familiares que tanto te gustan. Me voy, este es mi final, ahora puedes enterarte de todo sin que me haga daño». Pocos días después murió tranquilamente mientras dormía. Yo me parezco mucho a mi madre, en la terquedad, la astucia, la soberbia, pero además también, como tú, ladro. Y ahora aúllo de dolor igual que una loba herida, aúllo de soledad y de incertidumbre. Estoy confusa, no sé qué debo hacer.

La primera vez que jugué mis cartas actué como una novata tonta que por vanidad es muy capaz de perder el juego, igual que el cuervo de la fábula frente a los halagos del zorro. Era noviembre, o si se quiere, frimario. Los franceses seguían aquí y parecía que la cosa iba para rato. El 23 fructidor, 9 de septiembre, hubo una revuelta popular porque prohibieron el uso de las capas y los capotes. La revuelta no prosperó. Como represalia, nuestros invasores detuvieron a monjas, curas y religiosos, y enviaron a treinta rehenes a Bayona para evitar nuevas movilizaciones, además arramplaron con todos los objetos de valor que encontraron en los templos. Aquí, los franceses instalaron la guillotina en la plaza Nueva, tan bonita, rodeada de soportales y balcones. Solo se llevó a cabo una ejecución, y yo convencí a Xalbadora para que, sin que se enterara nadie, me dejara presenciarla. No me costó convencerla, porque ella tenía también una perversa curiosidad por saber cómo funcionaba el macabro mecanismo. Recuerdo que nos levantamos muy temprano y sin hacer ruido, la ejecución era al alba. La plaza Nueva estaba llena de gente a pesar de ser tan temprano. Un cielo lechoso y de mal agüero anunciaba la llegada del día. Trajeron a aquel infeliz en un carro, con la nuca rapada, como la solían llevar los condenados para facilitar la acción de la cuchilla. Era un pobre hombre que, según leyó un soldado antes de ejecutarle, había robado no sé qué cosas al Ejército francés. Debía de ser un buhonero, porque ninguno de los que estábamos allí le conocíamos. Cuando le subieron al cadalso, el desgraciado gritaba que era inocente. Cerré los ojos y me refugié en el pecho de Xalbadora, estaba a punto de vomitar. Pero de pronto, se hizo un silencio muy grande en la plaza. Miré, el buhonero, con los ojos tapados por un trapo negro, ya no gritaba, parecía que se había resignado a morir. Y la cuchilla afilada descendió ligera sobre aquel cuello, que me pareció tan frágil como el tallo de una margarita, y lo cortó suavemente, sin hacer ruido. La cabeza cayó dentro de un saco de cuero. Hubo un murmullo de decepción general, el espectáculo había durado muy poco, y alguien hizo de portavoz de la multitud y exigió que nos enseñaran la cabeza recién cortada, como hacían las *tricoteuses* en París. Pero los soldados nos dispersaron y nos mandaron a cada uno a nuestra casa. Bueno, pues aquel día de noviembre, el de la ejecución del buhonero, al mediodía entré en el comedor donde estaba reunida mi familia y vi sobre la mesa una hoja en la que, gracias a mi nueva habilidad lectora, leí que hablaba de Robespierre. Hasta aquí no había nada de extraño. Sin embargo lo que escuché a continuación me dejó perpleja.

Mi padre:

—Ya veis qué de sacrificios nos vemos obligados a hacer, todo para mantener esta casa con la dignidad que se merece, y por vosotras, para que no paséis necesidades ni preocupaciones. No es nada fácil mantener también nuestra empresa a flote en los días que corren. Así que mañana salimos para Madrid, esta carta —dijo señalando el

panfleto de la Revolución— nos convoca urgentemente a una reunión en la capital.

Pedro:

—Carlota, ya sabes cuánto me cuesta dejarte, y más en tu estado, pero no hay más remedio —como prueba de lo que decía, puso la hoja delante de la nariz de Carlota, que no sabía leer.

No me pude callar.

—Pero ¿qué les estáis diciendo? ¡Eso no es una carta, es propaganda de los franceses y habla de Robespierre!

Y me puse a leer en voz alta lo que contaba el diario.

No pude leer por mucho tiempo, Pedro me arrebató la hoja, mi padre empezó a ladrar como una jauría de perros y a Miguel le dio un ataque de risa. Carlota y mi madre parecían no entender nada, pero ahora sé que sí entendían, aunque preferían no entender.

Indignada por semejante explosión salí del comedor, mientras mi padre y Pedro se quitaban la palabra el uno al otro explicando lo inexplicable y llamándome mentirosa.

Junto a la escalera me detuvo Miguel y me pidió que fuera con él a la biblioteca.

—Bueno, ¿quién te ha enseñado a leer?

Parecía muy divertido.

Dudé si contestarle, pero, otra vez, mi vanidad pudo más.

—Nadie, he aprendido sola.

Miguel lanzó un silbido de admiración.

—¿Y también sabes escribir?

Me callé, pero al final admití la verdad.

—No. Es muy difícil. El mismo sonido no siempre se escribe de la misma manera. He intentado descubrir las reglas de la escritura, pero no lo consigo.

Miguel se rio, luego se puso serio y me dijo:

—Te ofrezco un trato.

—¿Qué trato?

Durante unos segundos paseó por la biblioteca en silencio. Después se sentó frente a mí y me miró a los ojos.

—Tú sabes lo de Dolores, ¿verdad?

Bajé la cabeza y susurré un sí.

Mi hermano tenía una amante, Dolores. Dolores era muy guapa. Alta, morena, y unos ojos negros tan hermosos como una noche hermosa. Había entrado a trabajar de criada con los Etxeberria, vecinos nuestros de la calle San Jerónimo y amigos de nuestros padres; allí le conoció Miguel. Cuando se supo el asunto, los Etxeberria despidieron a Dolores y Miguel le puso una casita con un pequeño jardín al otro lado del río, junto a la playa. En casa no se hablaba nunca de esas relaciones, para nosotros

no existían.

—Dolores está muy sola. El trato es el siguiente: yo te enseño a escribir y un poco de cuentas, y tú visitas a Dolores y le enseñas algunas reglas de urbanidad..., a ver qué pasa.

—¿Qué quieres decir con a ver qué pasa?

—Nada, cosas mías.

—¿Por qué no te casas con ella?

—Digamos que es complicado, todavía eres una cría y no lo entiendes.

Me di cuenta de que mi hermano navegaba por mares tempestuosos. Las olas de aquella mar arbolada eran inmensas: la herencia de nuestros padres, que podía volar si se atrevía a casarse en contra de la voluntad de la familia; sus propios gustos exquisitos; la pérdida de la dulce dote de una mujer de nuestra clase, qué sé yo...

Así que le contesté gallito, ofendida por haberme catalogado de cría tontorróna e ignorante.

—Pues a mí me parece que eres un egoísta, que te estás aprovechando de la pobre Dolores y que un día la abandonarás.

Miguel me miró con toda la rabia del mundo en los ojos y en los labios, que se le habían quedado blancos.

Y aquí fui yo la egoísta, porque preferí olvidarme mi papel de defensora de la pobre Dolores por miedo a que mi hermano decidiera no enseñarme a escribir. Así que, como un mago de pacotilla, transformé mi enfado y me convertí en su hermana pequeña y desvalida, le dediqué monerías, carantoñas, hasta que se olvidó de lo que le había dicho y el trato quedó cerrado. Al día siguiente empezaba mis lecciones. Me temblaba la voz de la alegría cuando le di mil besos y le canté mil gracias a Miguel.

Por fin iba a ser una mujer culta, capaz de enterarme por mí misma de la realidad que me rodeaba, y con un futuro brillante.

Yo no sé a qué edad aprendí a leer, ni quién me enseñó. Pero me conocí leyendo. Creo que mi pasión por la lectura nació conmigo. Se me impuso. Y aunque nadie me hubiese enseñado a leer hubiera aprendido yo sola, igual que tú. Letras e imágenes se unen, aun hoy, en mi cabeza formando un todo. Es tan estrecha esa unión que, a veces, no sé si una imagen pertenece a una lectura o a algo que he visto realmente. He leído y sigo leyendo sin ningún método. Leo obras buenas, malas y regulares, y lo único que me guía es el placer, la capacidad que tengan de hacerme soñar. Cuando un libro cae en mis manos, establezco una relación de intimidad con su autor y los personajes. Ellos conocen mis más íntimos sentimientos y se instalan en mí de tal forma que sus vidas y sus peripecias me evocan mi propia vida, junto a ellos vivo en una hermosa torre de marfil que me aísla del dolor y de la muerte. Cuando tenía once años y poco antes de que entrara Laura en mi vida, me imaginaba, de mayor, dueña

de la librería Ibérica, que estaba debajo de la casa de mi *amona*^[2] Gervasia y tenía enormes estanterías llenas de libros que yo miraba con tristeza, porque no me los podía llevar todos a mi casa. Y todavía sigo así. Ahora mismo leyéndote, Eufemia, vivo tu vida y la mía, me siento segura, soy capaz de pensarme y pensarte, de algún modo extraño soy muy feliz. Leer es la única actividad que me ha apasionado, quizás porque leer es lo mismo que soñar despierta. Sin embargo, al revés que Peio y Laura, nunca he creado nada, nunca he tenido necesidad de hacerlo, aunque disimulaba, y más de una vez le he dicho a Peio que pensaba escribir una novela. Ahora sé que dentro de mí, sin que yo lo admitiese, estaba el miedo a que si Peio me comparaba con Laura, yo iba a salir perdiendo; por eso me inventé un yo creador cuando, igual que tú, después de encontrar a Peio imaginé que iba a navegar por la vida como un patito tranquilo, sin grandes sobresaltos, siempre feliz. Tenía once años, como te he dicho, cuando Laura entró en mi vida. Fue en noviembre. El curso ya había empezado y, un día, apareció en clase la directora, sor Samuel, con una niña de nuestra edad. Era Laura. Su padre, hasta entonces diplomático en Marruecos, había vuelto, y pensaba pasar el invierno con su familia en la villa que tenían frente a la playa de La Concha. Mientras sor Samuel nos pedía que fuéramos cariñosas con ella y que la ayudáramos en todo, Laura nos miraba descarada y sonriente. No era exactamente guapa, pero su sonrisa seducía y su aparente aire frágil animaba a ayudarla. Laura ocupó su pupitre y la clase siguió adelante. Pero cuando llegó el recreo, sin el menor esfuerzo, la niña nueva consiguió que todas la escucháramos con la boca abierta, al final anunció que muy pronto iba a dar una fiesta de cumpleaños en su espléndida villa y, a partir de ese momento, hasta las más envidiosas y retorcidas se desvivieron con ella para que las invitase. Laura y yo, no sé por qué, nos hicimos muy pronto amigas. Y entonces fue la primera vez que escuché la palabra: amante, y me enteré de lo que era eso. En la villa de La Concha vivía mucha gente: los abuelos maternos de Laura, sus padres, un primo y un montón de criados. El padre desaparecía durante largas temporadas. Una tarde, cuando subíamos al cuarto de Laura para hacer los deberes, a través de la puerta entreabierta del cuarto de la madre me sorprendió ver al primo y a la madre metidos en la cama. Laura descubrió mi cara de asombro y se echó a reír. Después me dijo, como la cosa más natural, que aquel hombre y su madre eran amantes, y que su padre lo sabía y no le importaba, él también tenía una amiga. Entonces esas historias me parecieron elegantes y cosmopolitas, no sospeché que debajo de la sonrisa de Laura había mucha soledad, ni tampoco sospeché el fracaso vital que se esconde debajo de la búsqueda desesperada de amor, porque el proyecto por el que apostamos acabó muriendo. Amantes. Entonces tampoco sabía que aquella palabra me iba a perseguir parte de mi vida. Laura, la amante de Peio. Peio, el amante de Laura. Peio y Laura amantes. ¿Y yo?

Fui con Xalbadora a visitar a Dolores. Elegimos la hora de la siesta de un día de bochorno. En casa todo el mundo dormitaba y nadie nos iba a echar en falta. Cruzamos el puente de madera de la Zurriola, y la brisa del mar, y hasta el espectáculo de las olas pequeñas que formaba el agua, nos refrescaron la cara. Dolores nos estaba esperando. Esa primera visita fue muy artificial. Dolores estaba tensa y yo también, pero con el paso del tiempo, a medida que nos fuimos conociendo, acabamos siendo amigas. Dolores estaba muy enamorada de Miguel y quería aprender. Se fijaba en mis movimientos, me escuchaba sin respirar cuando le daba consejos de buenas maneras como estaba estipulado en mi trato con Miguel, nos preguntaba a mí y a Xalbadora sobre los gustos de Miguel, sus costumbres, sus manías. En aquel tiempo yo pensé, maligna, que la posibilidad de formar parte de una familia conocida tenía su peso en esos deseos de Dolores de gustarle a mi hermano. Pero luego me di cuenta de que estaba equivocada.

De algún modo, Eufemia, yo pasé por la experiencia que tuvo que sufrir Dolores. Mi padre, pequeño empresario con un negocio de accesorios para automóviles, hizo crac poco después de nacer yo y ya no levantó cabeza. La familia siguió adelante a pesar de todo. Mi padre, por medio de sus amistades, consiguió un empleo de encargado en el concesionario de Renault, y mi madre, una auténtica todo terreno, empezó a acompañar a las madres y a las abuelas de sus amigas, su aportación a la economía familiar era indispensable. El *aita* era un buen hombre, honesto y tranquilo, que había equivocado su vocación, porque realmente no servía para nadar en el farragoso mundo de los negocios. Trabajaba junto a sus hermanos en el taller mecánico de su padre. En ese taller conoció a mi madre, una *Idiakes* como tú, una mujer de carácter que le animó a independizarse y que, luego, cuando el negocio se fue al traste, le pidió perdón por haber sido ella la que le había empujado a la aventura. La *ama* fue leal, no hizo remilgos al trabajo y tampoco perdió su buen humor. Mis padres se querían, aunque eran muy distintos. Un día Laura, ya llevábamos un tiempo siendo amigas, me invitó a pasar el fin de semana en su casa. Me puse loca de contenta y conseguí el permiso de mis padres, sin embargo, enseguida empezaron a surgir las dificultades. Dentro del uniforme del colegio todas parecíamos iguales, pero ahora tenía que ir vestida de calle, y en mi casa no se andaban con tonterías, así que mi vestuario era sencillo y, lo que era más humillante para mí, sin clase. Desde muy pequeña he tenido obsesión por los zapatos, y mi madre me compraba solo un par, el del uniforme del colegio, fuertes, con suela de tocino para que me durasen todo el invierno. Con solo pensar en que Laura iba a descubrir nuestra mediocridad me salían los colores. Así que decidí rechazar la invitación. Mi madre no entendía que hubiese cambiado de opinión después de lo ilusionada que parecía, pero, como es lógico, no

podía contarle qué pasaba. Al día siguiente de tomar la decisión fui al colegio y busqué a Laura, iba a decirle que mi abuela estaba enferma y que no podía ir a su casa. Sin embargo, Laura se me adelantó. Laura es así, a veces adivina los secretos más profundos de la gente. Y cuando iba a empezar a contar la mentira me soltó de sopetón:

—Mira, he pensado que es mejor que no vayas mañana a cambiarte a tu casa. Después del colegio iremos directamente a la mía. Yo tengo un montón de ropa para dejarte y será divertido verte vestida con cosas mías.

La miré boquiabierta, pero decidí seguir adelante con mi mentira. Laura me cortó otra vez y empezó a contarme el programa maravilloso para aquellos días que íbamos a estar juntas. No pude resistirme y acepté.

Llegó el gran día. Aquel viernes estuve distraída en las clases. Laura y yo nos lanzábamos sonrisitas cómplices, mientras nuestras compañeras, que se habían enterado de la invitación, me miraban con envidia. A la salida, un Rolls negro con chófer nos estaba esperando. En cuanto nos vio, el chófer nos abrió la puerta y luego nos saludó con un «Buenas tardes, señoritas» que a mí me supo a trufa de chocolate y nata. No se ve la ciudad igual desde el autobús urbano que desde un Rolls. Yo miraba por la ventanilla y observaba cómo nos miraba la gente. Al llegar al Boulevard descubrí entre los que nos miraban a mi madre empujando la silla de ruedas de la viuda del marqués de Torregrande, una anciana podrida de dinero y amiga de la familia de Laura. Entonces, como movida por un resorte, volví la cabeza para que no me reconociera y Laura supiera cómo trabajaba. En aquel momento odié a mi madre por pasar por allí, por hacerme sentir vergüenza y me odié a mí misma por ser tan ruin y cobarde. Pero enseguida llegamos a la calle Zubieta y entramos en el garaje de la villa. Poco después conocí a la madre de Laura, estaba en la terraza dando órdenes al mayordomo, la bahía a nuestros pies nos convertía en personajes de película de Marisol. La madre de Laura olía muy bien, y pensé que así deberían oler todas las madres, no como la mía, que olía a jabón Lagarto. Me acerqué para darle un beso y me miró de arriba abajo, luego comentó, «Tendrás una *jolie poitrine* —entendí perfectamente, en el colegio dábamos francés— y también bonitas piernas, pero ten cuidado con el pompis, eres ancha de cadera». Después del veredicto nos despidió fríamente, parecía que la estorbábamos, la merienda nos esperaba, dijo. Entonces no me di cuenta de que aquella frialdad no la había en mi casa, al revés, me pareció de una elegancia exquisita. ¡Qué tonta! Una doncella muy guapa nos anunció que podíamos pasar al gabinete. El gabinete era una salita decorada con sillones tapizados de alegre cretona inglesa, igual que la mesa camilla y los cortinones. Sobre la chimenea vi un montón de bibelots, unas porcelanas de Limoges de mucho valor, según me dijo Laura. Y también vi allí un carro precioso de madera labrada, lleno hasta arriba de una torre de bandejas con diminutos emparedados de salmón, de pavo,

de jamón con huevo hilado y, además, tres clases diferentes de tartas, pastas de té y una fuentecita con bombones. Sin embargo, no mostré ninguna sorpresa y me dejé servir, con cara de póquer, el té «con nube», así lo llamó la doncella mientras añadía un poco de leche. Fue Laura la que me puso en mi sitio.

—¿Qué cara más seria tienes! ¿No te gusta la merienda?

Y seguí en mi papel de gilipollas integral.

—Claro que me gusta, en casa mamá no nos perdona que no tomemos el té.

—Pues yo no tomé esta merienda todos los días, solo hoy, en tu honor.

Me puse roja como un tomate, tosí para disimular y no probé ninguna de aquellas cosas tan ricas para castigarme, me sentí ridícula, mala, imbécil y todo lo que se quiera añadir. Hoy, que ha pasado tanto tiempo, cuando me acuerdo de aquello todavía siento vergüenza.

Aquel fin de semana me sirvió para desmitificar el mundo de Laura, que hasta entonces me parecía maravilloso. Allí nadie hablaba con nadie. El padre estuvo todos los días desaparecido. El «amante» era un pelele esclavizado y los abuelos, dos ancianos que ocupaban el ala derecha de la planta baja de la villa para no tener que bajar y subir escaleras, se pasaban el día bebiendo oporto y dormitando junto a un loro gigantesco que de vez en cuando decía palabras inconexas.

Pero, sobre todo, gracias a aquel fin de semana, un tiempo después aprendí una gran lección.

El domingo, cuando volví con los míos, se me cayó la casa encima. Había vuelto a los infiernos. Mi padre fue el que me sacó de aquel estado de boba perdida en el que me encontraba. Cuando terminé de contarles lo que había vivido, él me dijo:

—Tú no necesitas que te preste vestidos nadie, no tienes por qué ser la muñeca de carne y hueso de una niña aburrída y sola que no tiene hermanos ni amigas.

Fui a contestar indignada, pero la *ama* me cortó.

—El fin de semana que viene vas a decirle a Laura que venga, hay que corresponder a su invitación.

Me quedé sin respiración, sentí que iba a llorar, pero comprendí a tiempo que mis lágrimas les iban a hacer daño. No sé qué espíritu benéfico me iluminó, y, disimulando lo mejor que pude, les di las gracias aparentando alegría. Entonces los dos sonrieron tranquilos.

Unos meses después me llamó Xalbadora muy excitada. Era la comidilla de Donostia. Mi padre había cerrado el trato de matrimonio de Miguel con la mayor de los Garín. Traté de tranquilizar a Xalbadora.

—Yo sé que Miguel se va a portar como un caballero. Quiere a Dolores y no aceptará ese matrimonio.

—No sé, veo sombras en los ojos de Miguel, veo un laberinto oscuro.

Le tomé el pelo.

—Xalbadora, acuérdate de la diosa razón y déjate de brujerías.

—Ojalá me equivoque.

Pero no se equivocaba, la fecha de la boda fue fijada para tres meses después.

Y busqué encontrarme con Miguel a solas.

—¿Por qué lo haces?

—Soy demasiado egoísta.

—Y un cobarde, tenía yo razón.

—Lo que tú quieras.

Le rogué.

—¡Miguel, no puedes abandonar a Dolores!

—No le va a faltar de nada, podrá rehacer su vida en un lugar donde no la conozcan.

Sentí ganas de escupirle en la cara, me contuve y me di la vuelta para irme. Entonces Miguel me agarró del brazo con fuerza. Tenía la cara enrojecida. La voz le temblaba, parecía a punto de llorar, y aún me dio más asco.

—¿Es que no me comprendes? Tú sabes cómo soy. Yo no puedo casarme con una criada.

Esta vez sí le escupí. Y mientras se restregaba la cara con rabia, vi en sus ojos el laberinto oscuro que veía Xalbadora.

Se celebró la boda y los Garín tiraron la casa por la ventana. Martina no era guapa, pero sí muy elegante. Aquel día llevaba un vestido de gasa gris perla, bien ceñido el pecho como mandaba la moda, parecía una noble dama romana. Vi más de una vez las miradas de aprobación de Miguel, completamente olvidado de Dolores, y se me revolieron las tripas. Unos días después Xalbadora y yo fuimos a casa de Dolores, quería que supiera que yo estaba indignada.

Dolores estaba tranquila.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ayer vino Miguel.

Xalbadora y yo la miramos con sorpresa.

—Quiere que nos sigamos viendo, que todo siga igual.

Exploté y Dolores me pidió que me calmara.

—Voy a seguir con él.

Volví a explotar, pero Xalbadora me cogió del brazo y me sacó de allí.

Mientras cruzábamos el puente de madera, Xalbadora me dijo:

—Antes de juzgar a alguien, tienes que pasar tres días dentro de sus propias abarcas.

Seguí andando en silencio, pero cuando llegamos al portal de casa le dije:

—Tienes razón.

Sabia Xalbadora, ¡qué suerte tuviste de tenerla a tu lado! Miguel se quedó con la juventud y la vida a Dolores. Y Peio y Laura me han robado a mí la vida. ¿La vida o mi mentira? No sé, han borrado el escenario en el que me sentía fuerte, en el que me había inventado el papel de protagonista. Tu hermano Miguel, culto y elegante, se convirtió en el guardián cruel de Dolores. Eufemia, yo pienso que el animal salvaje y voraz que llevamos dentro está menos escondido de lo que parece. Es verdad que hemos conseguido controlar, mediante las leyes y la cultura, nuestros instintos más atávicos. Sin embargo, a veces hay una conjunción de astros maléficos que aturden nuestra razón, abren la caja de Pandora del mal y dejan en libertad las fuerzas oscuras. Hay juicios que dan risa. Los hombres sabemos condenar de antemano, aunque la realidad tercamente nos demuestre que el acusado o acusada es inocente. Sabemos sentenciar sin hacer caso a la razón cuando estamos empeñados en sentenciar a muerte. En la Edad Media, los tribunales de la Inquisición miraban en el fondo del ojo de las supuestas brujas para encontrar la pata de pato que, según ellos, las distinguía de los demás mortales. Nunca la encontraron, pero supieron justificar su ausencia, decían que las brujas tenían el poder de hacerla desaparecer. Y es que estaban condenadas de antemano; la religión necesitaba en aquel momento dominar con el terror, había demasiados falsos conversos entre los moros y judíos. Hitler, en la segunda guerra mundial, asesinó a miles y miles de personas, entre judíos, comunistas, homosexuales, gitanos, locos y deficientes. Otra vez hubo una sinrazón inventada que justificase la masacre. Yo, una gélida mañana de abril, visité el campo de exterminio de Auschwitz. Allí todavía la muerte mira desde los rincones. Parece que después de aquel infierno nos deberíamos haber inmunizado contra la influencia de los malos espíritus. Pues no es verdad, hoy Israel tiene hacinados a miles de palestinos en Gaza. Un muro, semejante al muro del gueto de Varsovia donde murieron tantos judíos, encarcela a la población palestina y los somete a un bloqueo cruel. La desnutrición, la falta de medicamentos, el mercado negro, la miseria y sus artimañas son los señores de Gaza, mientras al otro lado del muro una soberbia autopista, de uso restringido a los judíos, nos saca la lengua a todos los que permitimos que ocurran esas cosas. África se muere de hambre. En China condenan a muerte y hacen pagar la bala que matará al condenado a sus propios familiares. La miseria y su corte apocalíptica reinan en medio mundo. El fanatismo y la sinrazón se inventan razones para matar, y si no convencen, convencerá el miedo. Pero aquí estamos, aquí estoy, y a pesar de las situaciones tan graves y crueles que soporta medio mundo, yo me encuentro triste hasta la desesperación por problemas de amor. Y ahí también está Laura. El fin de semana que pasó en mi casa me debía haber servido de lección para aprender que la vida es elección, lo malo es que a veces elegimos ser cobardes y egoístas, como Miguel. El viernes aquel, principio del fin de

semana con Laura en mi casa, estuve distraída en clase. Tenía el corazón lleno de ponzoña contra mis padres, ahora Laura iba a saber cómo vivíamos y, en el mejor de los casos, sentiría compasión por la vida que llevaba su amiga. Odio la compasión. Es un sentimiento con cara de mansa oveja, de oveja boba, que esconde superioridad y desprecio hacia el que nos la provoca y, al final, las desgracias de los otros distraen nuestras tertulias. Aquel viernes, como digo, Laura vino conmigo en el autobús urbano. Así que esta vez no hubo Rolls. Llegamos al portal destartalado de la calle San Jerónimo. La casa entera, tu casa, Eufemia, sigue siendo de la familia. Nosotros vivíamos en el primer piso. Vi por el rabillo del ojo como Laura miraba las paredes desconchadas, los garabatos viejos, y luego la mueca de asco que se le pintó en la cara. La *ama* nos estaba esperando. Recibió a Laura con dos besos sonoros que a mí, otra vez, me avergonzaron, la madre de Laura simplemente me había dado la mano con elegancia. Después nos distribuyó. Laura dormiría sola en mi cuarto, no quería que nos quedásemos hasta las tantas hablando, y yo en una habitación que no se utilizaba y que daba a un patio oscuro. El cuarto aquel estoy segura de que se parecía a la celda que ocupó María Antonieta en la prisión de la Conciergerie: mesa, silla, camastro y, en mi caso, una pobre bombilla ahorcada de un cable. Sin embargo, a pesar de todos mis miedos y vergüenzas, aquel fin de semana fue fantástico, y por primera vez admiré la alegría de vivir de la *ama*, su inteligencia, su creatividad. Sin salirse del presupuesto supo crear una atmósfera mágica. Cenamos hamburguesas caseras y palomita hechas por nosotras mismas; participamos en un concurso de teatro, en el que también intervinieron nuestros primos de arriba; fuimos al cine organizado por la parroquia de San Vicente, gratuito, por supuesto; y el domingo, antes de que vinieran a buscar a Laura, la *ama* le regaló una muñeca de trapo, también casera, que llevaba el nombre bordado en el babero: Lulú. Laura se fue con pena de mi casa. Mi madre la abrazó como si entendiera lo que sentía y creo que mi amiga estuvo a punto de llorar. Sentí celos.

Cuando ya se marchó, le dije a la *ama*:

—Gracias.

Y su respuesta no se me ha olvidado.

—Nadie es más que nadie, acuérdate siempre, y tampoco nadie es menos que tú.

No aprendí la lección, como hubiera debido, todavía sigo enredada y confusa entre dos mundos: el de Peio y Laura, espléndido, hermoso; y el mío, tan pequeño, tan mezquino.

Fue entonces cuando Carlota perdió el hijo que esperaba. Una mañana se despertó pringada de sangre. Y no se pudo hacer nada. Los médicos advirtieron a mi hermano que no podrían tener más hijos. Carlota se había roto por dentro. Y fue verdad. La pobre Carlota se convirtió en una niña débil y más sumisa que antes, no tenía fuerzas

ni cabeza para nada, así que a los pocos meses se trasladaron a nuestra casa. Aquí estaría mejor atendida, al fin y al cabo «está Eufemia, que no tiene obligaciones y puede cuidarla». Sonreí, a este paso, al cabo de los años iban a montar un hospital para mi entretenimiento.

Yo siempre había pensado que Pedro era un bruto, mi hermano preferido era Miguel, me parecía más sensible, más inteligente. Sin embargo, la realidad me sorprendió, como suele ocurrir muchas veces. Carlota me dio muy poco trabajo, porque el que estaba siempre pendiente de ella fue Pedro. Nunca más volvió a irse a Madrid en aquellos extraños viajes que mi padre y él justificaban con boletines de la Revolución. La vida de Pedro cambió. Creo que por primera vez en su vida mi hermano comprendió que alguien le necesitaba de verdad. Entonces me di cuenta de que él, igual que yo, había percibido que el favorito de mis padres era Miguel y que, quizás, aquellos alardes de furia y sus juergas madrileñas no eran más que un intento de ganarse el corazón de mi padre, imitando sus gustos, sus maneras, intentando esconder su carácter simple y su inteligencia obediente.

Pedro le regaló un perrito a Carlota, supongo que para que supliese la falta de un hijo. Neri, así se llamaba el perrito. Neri no se separaba ni un momento de su ama, que lo besaba y hasta lo vestía como si fuese una criatura. Años después, cuando Carlota murió una tarde de primavera, los aullidos lúgubres de Neri nos avisaron de lo que había ocurrido, y tres días después murió él también de pena.

En aquella época, justo antes de la marcha de los franceses, se produjo uno de los momentos más plenos de vida, más fuertes; tanto que hoy, ya vieja y cansada, solo con su recuerdo se me calienta el corazón. El 5 de julio de 1795 apareció publicado en *El Periódico de San Sebastián y de Pasajes* la primera entrega de mi primer cuento. Puedo decir sin pecar de vanidosa que me adelanté a lo que luego se llamó estilo romántico. Aquella vida tan sosa a la que me habían condenado me dejaba muchos ratos para soñar y para escapar lejos, muy lejos. Mi imaginación, la única dueña de mi corazón, volaba desde que me levantaba de la cama hasta que me dormía, mejor dicho, cuando me dormía se entremezclaba entre mis sueños para hacerme vivir aventuras, a veces hermosas, a veces tremebundas... Bueno, pues aquel otoño, tras la marcha de los franceses, realicé mi gran obra. No sé en qué momento sentí la necesidad de escribir, de crear mis propios libros, pero puedo asegurar que surgió como una fuerza incontrolable que me empujaba. Entonces pensé, y aún sigo pensando, que un espíritu sobrenatural dirigía mi pluma. Aquella primera creación fue para mí algo tan grandioso como la visión terrible y hermosa de una gran tormenta en el mar, como el primer amor, como..., no sé cómo qué, pero fue, ocurrió y fui feliz. Aunque la historia que contaba era excesivamente mágica, llena de ángeles, diablos, amores desafortunados, protagonistas buenísimos y antagonistas malísimos, fui feliz casi hasta el éxtasis cuando me la publicaron. *El*

Periódico de San Sebastián y de Pasajes se editaba en la imprenta de Francisco Javier Riesgo, y cuando aquella mañana me vi allí sentí que me prolongaba en el tiempo. Desde que apareció aquel cuento mío tan exagerado, que la gente leía encantada, descubrí que el que escribe se escribe, cuente lo que cuente, y yo necesitaba contarme, como ahora cuando escribo estas memorias.

En mi primer cuento influyeron especialmente dos obras: *Noches Lúgubres* de José Cadalso y *Romeo y Julieta* de Shakespeare. La primera cuenta una historia llena de misterio y amor desesperado. Tediato, el protagonista, intenta noche tras noche desenterrar a su amada, que acaba de morir, y abre su corazón al enterrador, que trata de impedirle semejante locura. Cuando me enteré de que aquello, que parecía una ficción, había ocurrido realmente, que José Cadalso tras morir su amada, la actriz María Ignacia Ibáñez, a causa del tifus había ido todas las noches a desenterrarla, me enamoré de aquel amor tan grande e intenté desenterrar también el mío. Un amor que me lo habían matado mis padres, pero que se revolvía dentro de mi corazón esperando encontrar, aunque fuera en una noche oscura y entre las tumbas de un cementerio, a quien entregarse. Aquella pasión tan grande me llevó a la gran historia de amor de *Romeo y Julieta*, que llenó mis días de intensidad. Durante el tiempo que duró la lectura y la relectura, porque la releí varias veces, fui Julieta; la Julieta amante, fuerte, bella y decidida que creó Shakespeare. Y cuando desperté de aquel sueño tomé la decisión de que nadie me iba a prohibir llevar la vida que desease llevar. Pues bien, con todo ese batiburrillo de sueños, sentimientos y fantasías se cocinó mi primer relato. El cuento tuvo éxito, se habló de él desde el principio y la gente esperó ansiosa las siguientes entregas. Como no podía utilizar mi nombre, firmé con un seudónimo enigmático, el Escritor de la Máscara Oscura, y todo el mundo se preguntaba quién podía ser aquel escritor. Lo más divertido, y digo divertido por decir algo, fue la orden tajante que dio mi padre:

—Que la niña no lea el periódico, ese cuento que están publicando podría impresionarla y hacerla pensar en tonterías.

Eufemia, me das envidia, supiste pronto que tu vida nadie la podía vivir por ti y decidiste que pelearías por ser lo que querías ser. Tuviste fuerza y voluntad, que es lo que a mí me ha faltado hasta ahora. Nunca pensé de verdad en escribir, solo se lo decía a Peio para que me valorase tanto como a Laura, la única verdad es que ni siquiera en su día quise continuar estudiando. Me creí el cuento del príncipe azul y la princesa tontorrón, que solo despierta a la vida con un beso de amor. Sin embargo Laura nunca pensó como yo. Siempre supo que quería hacer algo importante. Recuerdo un cuaderno de tapas a cuadros escoceses que le habían traído de Francia y que a todas nos daba mucha envidia. Un día Laura me dijo que en ese cuaderno íbamos a escribir ella y yo lo que esperábamos del futuro, y cuando fuésemos

mayores comprobaríamos si nuestros deseos se habían cumplido. Laura fue la primera que escribió.

«Yo, Laura, seré una gran escultora y nunca me haré vieja».

Luego me tocó a mí. Me quedé callada meditando, pero no se me ocurría nada. Por fin Laura se hartó y escribió imitándome mientras se reía de mí.

«Yo, Maddi, seré..., seré..., ¿qué voy a ser, Laura?».

Y así fue. Laura es escultora. Sus obras se cotizan a precios desorbitados por todo el mundo, aunque haya pagado un precio muy alto para lograrlo. Como ves, Eufemia, siempre que me comparo con ella estoy en desventaja y así ha sido siempre. A los quince años conocí a Peio en casa de Laura. Su padre es arquitecto y muy amigo del padre de Laura. Los padres de Peio también conocían a mi familia materna, los Idiákez tienen un nombre. Peio me gustó en cuanto le vi. Cuando nos presentaron y me miró, el corazón me dio un salto y pensé, «¡Es este!». Luego me quedé muy triste porque me daba cuenta de que su vida y la mía tenían muy poco ver. Laura y él hablaban de las vacaciones que pasaría cada uno en sus magníficas villas de Marbella, de que coincidirían en París en el viaje que las dos familias hacían en otoño, de las universidades que iban a elegir para continuar con sus estudios, en fin, de todo aquello de lo que yo no podía hablar. Hasta ese momento yo había sido una alumna normal, no me costaba estudiar, pero tampoco me mataba por sacar nota y mis resultados no eran brillantes. En cuanto me enamoré de Peio la cosa fue a peor. Mis posibilidades de ir a la universidad pasaban por elegir una carrera que se impartiese en Donostia, para evitar gastos de estancia y todo eso. Así que decidí que si me tenía que quedar aquí y no podía acompañar a Peio y Laura, prefería no seguir estudiando después de acabar el bachillerato. En casa estuvieron de acuerdo, la decisión tenía que ser mía, y fue cuando aprendí un poco de inglés y francés, y me puse a trabajar en la joyería de los amigos de la *ama*. Aquella fue mi primera equivocación. Acabé siendo, y soy, un perrito faldero de Peio, Eufemia, como tu madre y tu cuñada Carlota. No, en realidad no sé quién soy.

A partir de aquel momento ya no viví para otra cosa que para mis publicaciones. Como nadie debía saber quién era yo, las entregas al periódico las hacía el hijo de una de las pescadoras amigas de Xalbadora. Ella, Xalbadora, era la única que estaba en el secreto. El chico tampoco sabía qué había dentro de aquellos sobres que semanalmente tenía que entregar. Con el primer dinero que gané le compré a Xalbadora un precioso sombrero que nunca se puso, porque dijo que eso era cosa de señoritas y que las pescadoras, sus amigas, si la veían con aquella especie de plumero en la cabeza, la iban a echar de la partida de cartas. Yo entonces era feliz. Estaba llena de fuerza, y si había sido capaz de aprender sola a leer y a escribir, si había sido capaz de publicar escondida bajo el nombre aquel del Escritor de la Máscara Oscura,

también iba a ser capaz de tener la única cosa que me faltaba para sentir que mi vida había sido plena: un hijo.

Recuerdo aquella tarde de Navidades. Yo me escribía con Peio, que estudiaba Ingeniería en Madrid, y también con Laura, que estaba en París estudiando Bellas Artes. Sabía que Peio valoraba la elegancia, la clase, y ese gusto es muy caro. En la joyería había aprendido etiqueta y estilo fijándome en las clientas. Las vacaciones de Navidad iban a ser mi gran prueba. Las cartas de Peio eran cariñosas y sinceras, me contaba con sencillez sus días en Madrid, sus sueños de futuro y, además, comentaba las noticias que los dos sabíamos de Laura, porque también se escribía con ella. La amistad entre ellos no me ponía celosa, pertenecían a la misma casta de elegidos y era normal que estuvieran unidos. Admiraba a los dos y pensaba que sería la más feliz de las mujeres si Peio se fijaba en mí. Recuerdo que, casi sin darme cuenta, poco a poco me fui moldeando a sus gustos, y hasta leí libros de arte y de arquitectura para estar a su altura. Por fin, una tarde fría de diciembre, pasó lo que tanto deseaba y Peio me dijo que me quería. Entonces creo que sentí el éxtasis del artista, fui inmensamente feliz, toqué el cielo. Peio me envolvió con sus palabras bonitas. Me quería, me pintó un futuro que entonces me pareció precioso, una casa llena de niños, yo sería una hermosa princesa solo dedicada a él. No nos faltaría dinero, en cuanto acabase la carrera iba a entrar a trabajar con su padre, en fin, íbamos a ser muy felices y, por supuesto, comeríamos muchas, muchísimas, perdices. Y a mí todo eso me pareció muy bien. Yo, Maddi, seré..., seré..., nada, nada, nada. Porque nunca fui nada, y cuando me encontré cara a cara con el vacío que había llevado siempre dentro, decidí que nadie me iba arrebatarse mi simulacro de vida, que nadie me iba a quitar el espejismo que me permitía vivir con una vida prestada, y entonces tuve fuerzas para hacer lo que hice. Sin embargo empiezo a pensar que no luchaba por lo que consideraba que era mío, luchaba por no tener que enfrentarme a mí misma.

Y le confesé a Xalbadora mi decisión de tener un hijo.

—¿Estás loca? No puedes tenerlo.

—Lo voy a tener.

—¿No te basta con escribir a escondidas de todos?

—No.

—¿Sabes que ocurrirá cuando tu familia se entere de que estás embarazada?
¿Sabes qué harán con la criatura?

Me callé, la angustia me ahogaba.

—Te la arrebatarán al nacer y la darán en adopción en el mayor de los secretos, así la honra de la familia estará salvada. Nunca sabrás qué ha sido de su vida.

Y exploté.

—¡Quiero tener un hijo, me entiendes! ¡No quiero ser estéril porque ellos lo hayan decidido! ¡Quiero hacer el amor! ¡Tengo derecho a vivir!

Después solo pude llorar.

Xalbadora, cuando consiguió que me calmara, me lanzó un discurso que he recordado toda la vida.

—Escúchame atentamente. Si de verdad quieres romper las reglas, debes pensar primero, con cuidado y sin engañarte, hasta dónde vas a ser capaz de llegar. Solo te apoyaré en tu decisión si te sientes con fuerzas para soportar lo peor. Y lo peor es que llegues a parir y te separen de la criatura para siempre. Nunca más sabrás qué ha sido de ella.

Pensar siempre en lo peor que pueda suceder y ser capaz de asumirlo, llegado el caso, ha sido una norma que me ha permitido estar preparada para los momentos duros.

Le prometí a Xalbadora que lo pensaría.

Cuando dos días más tarde busqué a Xalbadora para contarle mi decisión, ella me miró a los ojos y supo que estaba dispuesta a todo.

Suspiró.

—Está bien.

La llené de besos con alegría, necesitaba su ayuda.

—Ya sé quién va a ser el padre.

Aquí le pudo la curiosidad.

—¿Quién?

—Fermín.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¿El hijo de la Pascuala? ¿El que ha llevado tus cuentos a la imprenta?

—Sí. Es guapo, cariñoso y está sano.

—¿Sabes que se va a las Américas?

Sí, en parte le he elegido por eso.

Puso cara picara.

—Bueno, él no va a querer.

—Sí va a querer. Me he fijado en cómo me mira, para él seré una gran conquista.

—O sea que le vas a engañar, le vas a utilizar.

—No, voy a decirle la verdad. No creo que le importe. Fermín se irá a América y seguirá con su vida. Quizás no vuelva nunca más. Necesita dinero para empezar y yo puedo dárselo. Sabes que lo que digo es sensato.

—Y luego, ¿qué?

—Simularé que estoy enferma y me iré a la casa de Baliarrain. Allí tendré a mi hijo con tu ayuda.

—Y luego, ¿qué?

Me enfurecí, esa era la parte más complicada de mi decisión, todavía no sabía cómo iba a resolverla.

—¡Deja ya de decir, «y luego, qué; y luego, qué»! ¡Luego, no sé!

Nos quedamos calladas.

Nadie debía conocer la existencia de mi hijo, porque mi familia ocultaría con todos los medios a su alcance, y eran muchos, el borrón de tener una hija madre soltera. Además, como me advertía Xalbadora, si mi hijo era una niña, la encerrarían en un convento lejano hasta el fin de sus días, si fuese un chico, lo darían en adopción en la otra la faz de la tierra. Sin embargo yo sabía que Xalbadora encontraría una solución y no me equivoqué. La solución fue un matrimonio de pastores que tenían cinco hijos y vivían, muy lejos, en una borda en el monte, a los que les vendría muy bien recibir una cantidad por cuidar a mi hijo o a mi hija. El dinero iba a salir de lo que me pagaban por los cuentos, de las sisas que iba a hacer en casa a manos llenas, me lo debían, y, si fuera necesario, de los ahorros que tenía Xalbadora, que me convenció de que, después de la muerte de su hija, era yo la única familia que tenía y que, para ella, la criatura que yo trajera al mundo iba a ser su nieto o su nieta.

Tres meses más tarde supe que estaba embarazada.

Peio acabó la carrera y empezó a trabajar con su padre. Ese mismo verano nos casamos. Laura estaba muy contenta, y creo que su alegría era sincera. Las cosas le iban muy bien en París. Gracias a los contactos de su familia había conocido a Pierre-Jean Perreault, el cincuentón rico, marchante de arte, que acabaría siendo su marido. Un día de aquellos salimos los tres a cenar. Después anduvimos tomando copas, Altxerri, Bibop, Dickens, y más y más. Acabamos en el puerto, sentados en el muro del espigón junto al Náutico. Los tres estábamos bastante perjudicados y Laura nos hizo una gran confianza. Pierre-Jean Perreault era el compañero sentimental de un poderoso personaje. Hasta entonces la relación se había mantenido en secreto, pero últimamente empezaban a oírse rumores y había que acabar con las habladurías, el otro estaba casado con una dama podrida de dinero y no quería perder su estatus. Y aquí venía la propuesta de Pierre-Jean. Si Laura se casaba con él, se acallarían los rumores, y a cambio él y su compañero harían que el mundo del arte se rindiera a sus pies; los premios más prestigiosos dependían de ellos, los componentes de los jurados solían ser sus siervos y Laura podía contar con una brillante carrera. Pero es que además, en aquellas horas de juerga a tumba abierta, Laura nos habló de lo duro que había sido para ella vivir la extraña relación que mantenían su padre, su madre y aquel amante de la madre que vivía a mesa puesta en su casa. Los padres de Laura habían llegado a un pacto entre caballeros. Cada uno hacía su vida y lo que para ellos había sido la solución perfecta, para Laura había sido un infierno. Todavía se

acordaba del fin de semana que pasó en mi casa y de la ternura de mi madre. Entre lágrimas alcohólicas me confesó que, durante muchos días, me odió por tener tanta suerte, que estaba llena de envidia y que, a veces, se imaginaba que sus padres morían en un accidente y tenía que venir a vivir a mi casa. Aquella confesión me dejó muy sorprendida, pero no fui leal, no le conté cómo la envidiaba yo a ella. En medio del sopor de tantas copas admiré la libertad con que Laura trataba esos temas y también la sinceridad con la que relataba, desde que éramos niñas, asuntos que yo consideraba inexpugnables secretos personales y familiares, y todavía seguía igual. Nunca volvimos a hablar con Laura de lo que nos había confesado aquella noche, pero a mí la historia no se me olvidó. Cuando unos meses después Laura nos confirmó que iba a casarse con Pierre-Jean, pensé que Laura, como siempre, tenía las ideas claras y defendía lo que quería sin importarle nada lo que los demás pudieran pensar.

La amistad entre Laura y Peio era muy sólida, y aquella boda extravagante no consiguió romperla. Laura y él siguieron discutiendo con pasión sobre arte, arquitectura y escultura, yo solía escucharlos con verdadero interés, intentando aprender. En aquellos meses no pensé ni una sola vez que lo que los unía, el carácter parecido, el ambiente familiar similar, la pasión por el arte y el nuevo ambiente en que se había enredado Laura, podía llevarlos a algo más que a la amistad; la proximidad de nuestra boda borraba la posibilidad de los celos. En aquella época me sentía fuerte, me sentía bien, iba a casarme con el hombre al que quería e iba a tener hijos guapos e inteligentes como su padre, no le pedía más a la vida. Y es que yo creía firmemente que mi vida iba a transcurrir plácida y serena, hasta que, un día, cuando fuésemos muy viejecitos, nos apagaríamos los dos a la vez cogidos de la mano. Y así seguí creyéndolo, hasta que perdí mis muletas. Hasta que perdí a Peio. Hasta que descubrí que Peio me engañaba. Y ahora ya no sé qué pensar de mí, ni de mi futuro. A veces me parece que me falta el aire. ¿Qué voy a hacer con mi vida si Peio me deja? ¿Qué sentido ha tenido mi vida si soy incapaz de vivirla yo sola? Y mis hijos, ¿qué pensarán de las lecciones y los consejos que les he dado sobre la autosuficiencia, sobre la necesidad de conocerse y de pelear cada uno por su destino? Tengo miedo. He sido, ¿soy?, una mujer sin ideales propios, tan simple y sumisa como tu pobre cuñada Carlota, ya te lo he dicho.

Después de su matrimonio, Laura y su marido pasaban temporadas en San Sebastián y todo parecía irles muy bien. Seguíamos los éxitos de Laura a través de los periódicos, las revistas y hasta los telediarios. Nuestra vida era tan serena que nadie ni nada parecía que pudiera romperla. Cuando ocurrió, cuando se rompió en mil pedazos, defendí lo mío como una maliciosa serpiente tramposa. Y gané, o al menos eso había creído hasta ese «Laura vuelve para quedarse». La voz chirriante de Maritxu inundando el supermercado, robándome mi vida. Recogí las manzanas que

rodaban y, cargada con las bolsas, fui andando como una zombi por el paseo de la playa. No pensaba en nada, no sabía dónde iba, pero acabé delante de la villa de Laura. La casa tenía todas las ventanas abiertas y un equipo de limpieza frotaba cristales, sacudía alfombras, sacaba brillo a las bolas doradas que rematan la barandilla de los balcones.

El jardinero, hijo del jardinero de toda la vida, me reconoció y me saludó alegre.

—Ya ve, andamos como en los viejos tiempos.

Asentí con la cabeza y con una sonrisa que quería ser alegre.

—Llega el viernes, pero estoy seguro de que se retrasará, ya sabe cómo es la señora.

Volví a asentir con la misma sonrisa, aquel hombre debía de pensar que me había convertido en una muñeca automática. Luego, levanté la mano en un adiós.

El jardinero había hablado de los viejos tiempos. Noches de fuegos artificiales de la Semana Grande. La casa era una antorcha de luz. La víspera de la Virgen, el día grande, la madre de Laura daba siempre una fiesta. La gente que pasaba miraba a la terraza con envidia. Camareras perfectamente uniformadas trotaban entre los invitados ofreciendo bandejas repletas de exquisitos canapés. Éramos gente guapa, bebiendo, divirtiéndonos envueltos en música. Peio y yo formábamos una pareja perfecta, eso nos decían. Una de esas noches vi a Peio y a Laura charlar lejos de la gente, en el despacho de su padre. Me acerqué y recuerdo que fue la primera vez que pensé que hacían una buena pareja. Luego lo pensé también otras veces. Y entonces, aquel día, cuando después de despedirme del jardinero volvía a casa agarrada a mis manzanas, me sentí desgraciada, sola, inútil. Tan desgraciada, sola e inútil como me siento hoy.

Todo salió bien. Mi familia estuvo de acuerdo cuando les propuse pasar una temporada de descanso en la casa de Baliarrain, acompañada por Xalbadora. Tenía mala cara y andaba todo el día medio dormida. Aquellos meses de espera, solas Xalbadora y yo, fueron los más felices de mi vida. El parto empezó por la tarde. Dolía, ¡cómo dolía! Al amanecer, llegó el momento. Empujé con toda mi alma. Lo vi salir. Y pensé que no se podía ser más feliz. Era una niña. Xalbadora la lavó y le colgó la cadena con el cofrecillo de oro que yo llevaba siempre. Después Xalbadora se llevó a la niña para que yo descansara. Y caí en un pozo oscuro. Una pequeña parte de la placenta que se quedó dentro provocó la infección. Estuve varios días entre la vida y la muerte.

Una mañana desperté sin fiebre. Mi hija ya no estaba conmigo. Llamé a Xalbadora y me contó lo que pasó.

La gravedad de mi estado hizo que avisara a mi familia. No se arrepentía, no tenía alternativa. Mi padre enseguida se hizo cargo de la situación. Avisó al médico de la familia, gracias a él estaba viva. Poco después apareció un hombre, que Xalbadora no

había visto nunca. Cogió a la niña, la envolvió en una manta y desapareció, oscuro como aquella noche oscura.

No lloré, ese había sido mi acuerdo con Xalbadora. Le había dicho que estaba preparada para soportar lo peor, y lo peor había ocurrido. Mi padre me juró que él había avisado al intermediario, pero que no sabía cuál era el paradero de la niña, ni le importaba.

He vivido todos estos años buscando a mi hija. Solo la lectura y mis escritos me han permitido seguir viva. Soy vieja y estoy cansada. Este manuscrito no está acabado y prefiero no ser yo la que lo continúe. Aún no he perdido la esperanza de encontrar a mi hija y que sea ella la que lo termine.

El pitido del móvil me avisó del mensaje. Era de Laura, llegaba el viernes para quedarse. Teníamos que hablar. Luego llamé a Peio. Escudriñé su voz como un lobo hambriento escudriña la oscuridad en busca de ovejas. Todo parecía normal. «¿Cuándo vuelves?», le contesté que en un par de días.

Dejé el manuscrito de Eufemia en la *kutxa*^[3] en donde lo había encontrado, allí me esperaban cuatro manuscritos más.

El último era de mi madre.

No sabía si estaba preparada para leerlo.

**Segundo
manuscrito**

XARMANTA
LA COJA

Estoy en la casa de Baliarrain. Los tres robles, el arce, el olivo y el cerezo están ahí mirándome tranquilos. Fue aquí donde Eufemia conoció a mi madre, a la hija que le habían robado hacía tantos años. Soy yo la que voy a acabar esa historia, porque al final Eufemia lo quiso así y porque soy la única que sé lo que pasó, la única que podría contar esta historia, que es la mía. Las cosas nos perduran, guardan en sus paredes y en su olor todo lo que ha ocurrido en ellas. Quién sabe si alguien encontrará algún día estos manuscritos y, repensando nuestras vidas, pueda repensar también la suya con serenidad.

A los cinco años, una tarde fría, el día 16 de febrero de 1845, mi madre me abrigó bien en una manta, me subió a la grupa de su caballo y me llevó a Baliarrain. Recuerdo el trayecto desde nuestro caserío, aislado en el monte, hasta las afueras del pueblo. El trayecto no era muy largo, pero el viento helado me cortaba la cara y yo me dejaba abrazar por los fuertes brazos de mi madre, que eran capaces de sujetarme a mí y manejar con destreza las bridas de la montura. Yo no sabía qué íbamos a hacer allí, pero tenía negros presentimientos. Hacía tres días que había muerto mi *amona* Ramona. Pocas horas antes de morir nos llamó a mi madre y a mí. Recuerdo el cuarto en penumbra y un extraño olor acre a vejez, enfermedad y muerte. Apenas le veía los ojos, pero sí vi una mano blanca y esquelética que nos hizo el gesto de que nos acercáramos. Nos sentamos a cada lado de la cama y habló, su voz salía del interior de un pozo:

—Ilargi, tú no eres mi hija.

Aquellas palabras, dichas casi sin aliento, llenaron de silencio la habitación. Yo miré a la *ama*, pero parecía no haber escuchado nada.

Luego mi *amona* siguió:

—Te trajeron aquí nada más nacer. No podíamos tener hijos y fue para nosotros un milagro. Era una noche de luna grande y clara, por eso te pusimos de nombre Ilargi^[4]. Tú eres hija de *jauntxos*, lo sé muy bien. Alguien te puso un cofrecillo de oro al cuello con el nombre de Eufemia Iriarte Idiakez. Aquel hombre nos dio dinero y nos hizo jurar que no diríamos nada a nadie si no morirías. Pero, aunque yo no lo hubiese jurado, nunca habría dicho quién eras, no quería perderte. Ahora me muero, tienes una hija, Eusebio está luchando contra los liberales y sé que tú vas a querer ir con él, por eso es el momento de que sepas la verdad. Deja a Mirari en casa de Eufemia, de tu madre, ella sabrá y podrá educarla. Esta guerra no ha hecho más que empezar, habrá muertos, muchos muertos...

Un ruido bronco la dejó sin aliento. Luego se quedó inconsciente, y poco después murió.

La *ama* me dijo enseguida que lo que acababa de oír eran locuras de una moribunda. Pero pasados los funerales, un día me dejó en casa de don Sebastián, el cura, montó a Beltza, el caballo negro que solo se dejaba montar por ella, y se fue

galopando sin decirme a dónde iba. Cuando volvió hizo un hatillo con mis cosas y me llevó a Baliarrain. La casa de los Idiakez era hermosa y señorial. Tenía un gran parque y un gran huerto. Una mujer anciana nos esperaba en la puerta. A pesar de su edad parecía fuerte y sana, y llevaba ropas elegantes. Enseguida se acercó, tomó el hatillo y, cogiéndome de la mano, me llevó hacia la casa. Mi madre ya se alejaba galopando. No se despidió de mí.

Lo que pasó en aquella primera entrevista entre mi madre y Eufemia, a la que tanto acabé queriendo, lo supe más tarde. Mi madre era brava, extravagante y, para algunos, una bruta. Años después me dijo Eufemia, siempre le llamé por su nombre, que cuando aquella mujer se acercó galopando sobre un caballo negro a la casa de Baliarrain, ella supo que era su hija. Si alguna vez soñó que el encuentro con la hija que le habían robado iba a ser dulce y emocionado, se equivocó completamente. Mi madre desmontó de un brinco, apartó de un manotazo al mozo que le abrió la puerta, se plantó delante de Eufemia y fue derecha al grano.

—¿Por qué me abandonaste?

—Te equivocas, después del parto y mientras yo luchaba entre la vida y la muerte por culpa de una septicemia, te llevaron lejos, me robaron a mi hija.

—¿Por qué no me buscaste?

—Te busqué, ¡Dios sabe cómo te busqué!

La voz de Eufemia era la voz del dolor.

—Yo te hubiera encontrado.

Hubo un silencio. Las dos se miraron y se reconocieron, mi madre tenía los ojos verdes de Eufemia, la barbilla voluntariosa y, como ella, era rubia y blanca, por eso la llamaban Xarmanta. Dos mujeres de aspecto frágil, llenas de fuerza y determinación.

—Eres coja.

Ilargi sonrió.

—Sí. Con cinco años estuve enferma, un poco de fiebre y poco más. Pero esta pierna se quedó sin vida, como un pelele. Me pusieron unos hierros para enderezarla, todo fue inútil.

—Poliomielitis.

—Será.

—Hija, debes comprender lo que pasó...

Ilargi cortó el discurso.

—Escucha, no hay mucho tiempo. Tengo una hija, Mirari, a la que no puedo cuidar. Voy a unirme a la partida de Eusebio, mi marido. Quiero que te quedes con mi hija. No sé qué puede pasarme.

—Tú abandonas a tu hija y me echas en cara que no supe encontrarte.

Ilargi se calló.

—Anda, no me hagas caso. Vete tranquila, para mí ella será otra manera de

haberte encontrado.

—Háblale bien de mí.

Hubo un segundo de ternura.

Después, Eufemia descolgó de la pared un hermoso sable de hoja ancha con empuñadura repujada en oro y se lo dio a mi madre.

—Cógelo, fue de un Idiakez. Te va a hacer falta y te dará suerte.

Ilargi tomó el sable y en silencio salió de la casa arrastrando su pierna coja. Sus movimientos, a pesar de la cojera o gracias a ella, eran gráciles, femeninos, «*Xarmanta*»^[5], pensó Eufemia, y sonrió.

Quiero olvidar el mensaje de Laura. Solo me voy a conceder dos días para tomar una decisión. El mensaje es su grito de triunfo. Ahora no hay opciones. Peio sabrá lo que hice y nunca me podrá perdonar. Tengo las imágenes de aquella noche clavadas en la memoria. Siento aún el olor a papel, a ordenadores, al ambientador de jazmín que echa Maite, la secretaria de Peio, impregnándolo todo, creando un ambiente de tanatorio florido. Aquella tarde me di un baño tranquilo y largo. Me rebocé en cremas y perfumes. Me puse un vestido discreto y elegante, como los que le gustan a Peio, y me fui a buscarle a la oficina. Era una sorpresa. En los últimos meses apenas habíamos estado juntos, reuniones de trabajo, líos y líos. Los niños se quedaron cenando la *pizza* de los chantajes con la canguro. Me hacían daño los zapatos, pero no me importaba, me quedaban muy bien. Subí andando para que Peio no oyera el ascensor. Introduje la llave en la cerradura con el mimo de un ladrón de joyas. Dentro, los zapatos en la mano para no hacer ruido, había un gran silencio, un extraño silencio habitado por voces que acababan de pronunciarse. Después la risa de Laura y la risa de Peio. Me acerqué al despacho pegada a la pared del pasillo. La puerta estaba abierta y entré en el infierno. Fui testigo de su pasión, de la pasión de Peio que yo no conocía, que no guardaba para mí, de sus expertos atrevimientos, del placer incontrolable de Laura, de mi soledad. La ira, el orgullo herido, el dolor loco me lanzaban a aparecer delante de ellos como un ángel vengador. Pero un instinto, que entonces yo creí sabio, me hizo detenerme. Tomé aliento y salí sin hacer ruido, como había entrado. Ya en la calle, me aturdí con las luces y con la gente. No podía volver a casa cargada con mi mochila de dolor. Anduve errante, o eso creía yo. Acabé delante de la villa de Laura y llamé a la puerta, quería gritarle a su madre que parase aquello, como si todavía fuésemos unas niñas. La doncella me dijo que la señora no estaba y la señorita tampoco. Desperté de aquel mal sueño y seguí andando hasta que calculé que los niños ya estarían dormidos. Volví a casa, despedí a la canguro y me tomé dos copas y una pastilla para dormir. Aquella noche soñé que Peio llegaba, me acariciaba y me hacía el amor como se lo había hecho a Laura. A la mañana sonó el despertador. Peio salía de la ducha. Me dio los buenos días con la naturalidad de siempre. Me ahogaba de rabia. Dije que no me encontraba bien. Le tranquilicé, no era

nada importante, solo que necesitaba descansar. Cuando se quedó la casa sola empecé a meditar. Podía esconder lo que sabía, hacer ver que no pasaba nada, esperar, tomarme un tiempo para actuar con inteligencia. Y eso fue lo que decidí. Pero no pude aguantarme. Llamé a Peio y quedé para comer con él, le dije que era importante. Preguntó si pasaba algo y le aseguré que no. Pero sí pasaba, ¡claro que pasaba!

Cuando fui a vivir con Eufemia, la primera guerra carlista estaba a punto de estallar. Duraría siete años. Siete terribles años en que los carros con cadáveres muy jóvenes, todos desnudos y amontonados, recorrerían los campos. Siete años de fusilamientos de militares y civiles. Una guerra cruel que, en abril de 1835, la mediación de Inglaterra trataría de suavizar gracias a la firma del Convenio Elliot por parte del general Valdés y de nuestro Zumalakarregi. El Convenio Elliot regulaba el trato a los prisioneros en una contienda en la que el del otro bando no era un enemigo, era siempre un traidor y, por tanto, no merecía clemencia. Todavía recuerdo el espectáculo dantesco que se encontró el cristino Espartero al llegar a Mondragón. Nuestras tropas habían apresado a ciento veintisiete enemigos, entre ellos siete oficiales. Todos fueron fusilados. Pero la gente dio rienda suelta a su ira y colgó los cadáveres de los árboles. Cuando la vanguardia de los guiris se encontró con aquel espectáculo estuvo a punto de huir, pero el propio Espartero mandó descolgar los cuerpos y esconderlos en una choza para que el resto de la tropa no los viera y no se desmoralizara.

Yo solo tenía cinco años cuando mi madre me dejó en la casa familiar de Baliarrain. Allí viví la guerra y lo que parecía su fin, pero el conflicto no murió el 31 de agosto de 1839 en las campas de Bergara con el «Abrazo de Bergara, o la Traición de Bergara», como lo llamó la *ama*. El conflicto siguió latente y en 1872 empezó la segunda guerra carlista. Algunos dirán que nuestra guerra fue una más de las que asolaron Europa tras la Revolución francesa y que lo único que pretendíamos los carlistas era ir en contra de las jóvenes ideas de la Revolución. Pero no es verdad. Era algo mucho más profundo. Como le dijo mi madre a la mujer de un rico abogado:

—Mira, hermosa, la opinión que tengo de don Carlos María Isidro es que es un calzonazos meapilas, un tonto del culo. Las únicas que ahí tienen cojones son María Francisca de Braganza, su mujer, y la princesa de Beira, su cuñada. Que don Carlos gobierne o deje de gobernar no es mi problema. Si definiendo su causa, es porque me conviene, él va en contra de María Cristina y los suyos, y los cristinos, los guiris, quieren destruir nuestro mundo, engordar a nuestra costa, invadirnos, sojuzgarnos, hacernos sus esclavos. Luchamos por unos principios, por una idea. Puedes estar segura de que defenderemos esta tierra, de que defenderemos siempre la casa de nuestros padres.

La mujer del abogado creo que no entendió nada de lo que le dijo mi madre, entre

otras cosas porque ese tema exaltaba a Xarmanta y mientras hablaba echaba fuego por los ojos. Pero es que además llamó «calzonazos, meapilas y tonto del culo» al pretendiente, un caballero de la nobleza, y aunque la abogada era Cristina, escuchar semejante grosería acerca de un hombre de la familia real, por muy enemigo que fuese, estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Así que se desvaneció, o hizo que se desvanecía, y algunas vecinas tuvieron que socorrerla.

La *ama* tenía razón. El carlismo era más que la lucha por defender los derechos de un pretendiente. Los cristinos (también los llamábamos, urbanos, había muchos en las ciudades; peseteros, les pagaban una peseta por alistarse para matarnos, y guiris, la Infantería de la Guardia Real llevaba en la gorra y las cartucheras las iniciales, GRI) querían cambiar nuestro mundo y nosotros estábamos muy bien como estábamos. Los nuevos tiempos estaban acabando con ocupaciones de siglos, a los liberales les interesaba hacer desaparecer nuestros Fueros, requisaban las tierras de la Iglesia, pero también las de muchos campesinos. Y nos unimos todos como una piña. Tres generaciones de hombres de la misma familia luchaban en el campo de batalla, y las mujeres peleaban con furia en la retaguardia, y algunas también en el frente, como Xarmanta. Teníamos la fuerza de la fe, de la unión. Con don Tomás de Zumalakarregi, el Tío Tomás, Navarra y el País Vasco se convertirían en el gran baluarte carlista.

Conocí a don Tomás una noche de primavera en la casa de Baliarrain. Vestía de paisano, había algo en él, incluso para una niña de seis años como era yo, que imponía. Luego me lo describieron mil veces y volví a sentir aquel halo misterioso que me sobrecogió entonces. Era de altura media y un poco encorvado. Solía llevar la cabeza gacha y tenía la expresión de un hombre meditabundo. Los ojos claros, castaños y soñadores. La mirada era tan penetrante como la de las águilas. Nariz regular, pelo muy corto, castaño y espeso, con algunas canas. Y además llevaba las patillas unidas al bigote y fumaba como un carretero. Baliarrain está muy cerca de Ormaiztegi, donde nació y creció el General. Don Tomás, unos meses antes de dejar Pamplona para ponerse al mando de nuestras tropas, fue de incógnito a visitar a los suyos y paró a saludar a doña Eufemia, como la llamaba respetuosamente. Me contaron que, aquella noche, me acerqué a él de repente, seguí la línea de aquellas grandes patillas con el dedo y le acaricié la mano como para darle ánimos. El Tío Tomás iba a lograr el milagro. Nuestro General, utilizando una nueva táctica y olvidándose de las ciudades, siempre favorables a los liberales, a los peseteros, logró las insurrecciones rurales. Por eso aquella noche estaba en la casa de Baliarrain vestido de paisano, había huido de Pamplona para ponerse al frente de nuestros ejércitos y sabía que doña Eufemia, como buena Idiákez, defendía su causa. Creo que era lo único que mi madre y Eufemia tenían en común; aunque el carlismo de Eufemia era muy especial, odiaba a los cristinos, pero defendía los derechos del

hombre proclamados en la Revolución francesa. Cuando yo me reía de sus contradicciones y le decía que a don Carlos no le haría ninguna gracia su manera de pensar, siempre acababa llamándome simple y diciéndome que la vida es muy complicada como para ir encasillando a la gente, y muchísimo más a ella. Tenía razón.

Le cité en Bokado del paseo Nuevo. Como si me lanzase a mi última batalla, volví a vestirme con cuidado y otra vez elegí el vestido de la noche anterior que me había acompañado a los infiernos y que sabía que le gustaba a Peio. Demasiadas veces soy una optimista inmadura y bobalicona, y esta vez también lo fui. En el fondo pensaba que Peio, al verme, iba a caer rendido a mis pies, me pediría perdón a lágrima viva, gritaría desconsolado: «La puta de Laura me ha engañado, yo creo que me ha hechizado, es una bruja, pero a la única que quiero y a la única que querré siempre es a ti». Aunque claro, todo eso no ocurrió.

Peio llegó tarde y se disculpó sin demasiado entusiasmo. Pedimos el menú del día, también sin demasiado entusiasmo. Encendí un cigarro y aspiré el humo con toda la fuerza de mis pulmones, había llegado el momento de la verdad.

—Ayer por la tarde fui a buscarte a la oficina.

Cara de sorpresa y silencio.

—Entré, y os vi a Laura y a ti.

Peio se frotó la frente con las manos como si estuviera muy cansado.

—Tenía que pasar.

—¿Qué tenía que pasar?!

—Cálmate, por favor, tenía que pasar que te enterases.

—¿Cuánto tiempo lleváis engañándome?

—Deja a Laura fuera de esto.

Una oleada de ira me subió a la cara y estúpidamente roja como un tomate, grité:

—¡Que la deje fuera! ¡Que no la toque a esa hija de la gran puta!

Casi no pude terminar la frase, un sollozo redondo me ahogó la voz.

—¡Cálmate, por favor, y escúchame! No podía hablar, así que le escuché.

—Lo que hay entre Laura y yo no tiene nada que ver contigo.

La sorpresa paró el llanto.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes ser tan cínico?

—Es cierto, mi relación con Laura no afecta a nuestra relación.

Semejante respuesta me dejó sin palabras.

—Lo que yo siento por ti y por nuestros hijos nunca va a cambiar.

Ahora sí que estaba desconcertada.

—Por ti siento amor, te quiero, deberías de saberlo...

Le corté.

—¿Y por Laura?

—Es una pasión extraña que nace de otro yo, distinto, diferente al que tú conoces, al que tú quieres. No puede hacerte daño.

—Pues me hace daño.

Hubo un largo silencio.

—Yo no quería que te enteraras, esto es una aventura loca, nada más, pero ha ocurrido y, ya te lo he dicho, por encima de todo estáis tú y nuestros hijos. Tranquilízate, hoy mismo se acaba este asunto.

Le miré a los ojos buscando la verdad. No vi nada, solo tristeza. Pero aquellas palabras me habían devuelto el aire.

Pasó una semana silenciosa. Laura se había ido unos días a París para presentar una exposición. Peio y yo no habíamos vuelto hablar del asunto. Me daba miedo preguntar. Pero luego llegó la invitación. Laura daba una fiesta por todo lo alto para celebrar sus últimos éxitos. Gran acontecimiento donostiarra. Pensé en no ir. No había vuelto a ver a Laura desde que contemplé aquel baile pasional en el despacho de Peio. No quería verla. Luego pensé que no asistir era una cobardía. Me pondría guapa, guapísima. Si Peio había cumplido su palabra de romper con ella, la fiesta se convertiría en la celebración de mi victoria.

Aquel sábado fui a la peluquería. Uñas de las manos, de los pies y maquillaje. Parloteo constante sobre la fiesta. Me preparé intentando superar la desgana y el miedo. Extraño vestido de Auzmendi de un verde raro, moderno, asimétrico, especial. Un pastón. No me gustaba, pero seguro que le gustaba a Laura. Zapatos de Prada con taconazos que me permitían observar la realidad desde muy alto, guardando las distancias. Un poco más de colorete para sentir la máscara que me escondía, que me ayudaba a ser más fuerte. Tenía que ganar la batalla.

La villa iluminada me pareció, mientras subíamos las escaleras, una trampa mortal para la polilla gigante y verde que yo era. Miré a Peio. Todos aquellos días había estado callado y yo respeté su dolor. Ahora veía su perfil tranquilo, saludando a unos y otros, indiferente al miedo que yo sentía. La terraza y los salones de la primera planta estaban llenos de gente con una copa en la mano. Y de pronto, se hizo un silencio de admiración. Laura, envuelta en un vestido rojo brillante, ceñido, sencillo, sensual, bajaba las escaleras sonriendo. No llevaba pendientes, no llevaba ninguna joya, ningún adorno y yo olisqueé la desnudez que olisqueaba Peio. Mi vestido maravilloso se convirtió en una cosa complicada y excéntrica, era una rara hortensia marchita y pálida. Peio sonreía a la reina, todos sonreían a la reina. Y me sentí sola frente a un enemigo poderoso que se reía de mí, porque, desde sus alturas, Laura me miraba despectiva, o eso me parecía a mí, y aquellas afirmaciones de Peio sobre él, sobre mí y nuestros hijos, se iban disolviendo, adelgazando, hasta convertirse en humo a medida que Laura bajaba con la seguridad de una *starlet* los escalones.

Xarmanta, después de abandonarme en la casa de Baliarrain, galopó contra el viento en dirección a las montañas. Allí estaban los rebeldes carlistas organizados en pequeños grupos y, en uno de ellos, se encontraba el *aita*, Eusebio. Dicen que mi madre se aproximó al campamento y los vigías le dieron el alto pegando tiros al aire. Ella entonces frenó el caballo, esperó a que se le acercara uno de los hombres y antes de que el otro abriese la boca le arreó un soberano guantazo, según dijo, por desperdiciar balas: «Si se tira, se tira al corazón, y no al aire como si estuviésemos en fiestas. Está claro que yo no soy una guiri, así que tenías que haberte ahorrado la munición». El vigía, con el carrillo colorado como una manzana después del sopapo que acababa de recibir, admitió que la *ama* tenía razón y la llevó hasta Eusebio. El encuentro entre los dos todavía se recuerda en la historia del carlismo. Mi madre descabalgó de un salto de su pierna sana y arrastrando la otra con una habilidad que sorprendía, corrió hasta el *aita*, se abrazó a él y le dijo:

—Eres guapo, es verdad, pero también un soplagaitas sentimental y blandengue, sin embargo te quiero con toda mi alma.

Y luego le plantó un beso en la boca, de esos que se reservan para la intimidad de la alcoba matrimonial y que se mereció el aplauso de toda la tropa.

Después, Xarmanta echó un vistazo alrededor y movió la cabeza con desaprobación. Había un montón de barricas de vino abandonadas sobre la hierba, carne abundante cubierta de moscas, patatas, verduras esparcidas por el suelo y, a un lado, restos de comidas de varios días que despedían un olor insoportable.

—¿Quién es aquí el gerifalte?

Un hombre anciano contestó:

—Yo.

—Pues esto es un desastre. Si entran aquí los guiris, tienen comida suficiente para alimentarse durante un año.

—Tienes razón.

—Desde ahora tú y yo vamos a poner orden.

Iñaki Dorronsoro, un carnicero de Gainza alto, bien plantado, que, a falta de gente más especializada, se había convertido en barbero de aquellos hombres porque cortaba muy bien la carne y esquilaba mejor que nadie las ovejas, miró con desdén a Xarmanta. Después de un rato de contemplarla en silencio sopesando si aquella intrusa era una *behia* tontorróna o un *txekorra*^[6] con brío dijo:

—Vete a casa, este no es sitio para una mujer.

Xarmanta se acercó a él despacio, en medio de un silencio expectante de los hombres.

—Míralos, los has esquilado y están calvos como las ovejas, sucios como cerdos, gordos como capones. No sois hombres, sois una pandilla de inútiles ganduleando en

una cueva y creyéndose valientes. Pero yo voy a hacer de vosotros unos soldados.

Luego miró retadora a Dorronsoro, le arrebató el arma aprovechándose del momento de sorpresa y apuntó uno a uno a los hombres.

—Al que no siga mis órdenes, juro que le mato.

Y disparó a los pies del carnicero, que tuvo que brincar para no perder la pierna. Cosas de la vida, Iñaki Dorronsoro acabaría siendo su mano derecha.

El anciano, que hacía de jefe, aplaudió a Xarmanta y dijo que ya podían hacer caso a la Coja, porque si no los mataba ella, los mataba él, y los hombres aceptaron a la nueva jefa.

—Y ahora a trabajar —ordenó Xarmanta.

Y trabajaron, ¡vaya si trabajaron! Cuando don Tomás Zumalakarregi se incorporó a nuestras tropas, quedó admirado de la partida que dirigía la *ama*, al mando de los hombres desde la muerte en combate del anciano capitán. La cueva donde se refugiaban estaba limpia. Había un orden que se seguía a rajatabla para realizar las tareas de vigilancia y espionaje, así como otras no menos importantes: buscar comida, preparar el rancho, animar a los hombres, hacer ejercicios de tiro, preparar mapas... Iñaki Dorronsoro, el carnicero esquilador, olvidó sus recelos y admitió que una mujer puede saber mandar tan bien o mejor que los hombres. Dicen que a mi padre, que era un hombre bueno y romántico poco dotado para la guerra, la *ama* le ordenó cantar canciones a voz en grito para levantar el ánimo de su pequeña tropa, y que cantando en medio de un feroz combate con los cristinos encontró la muerte.

Eufemia y yo vivimos aquellos primeros años de enfrentamientos con el corazón en un puño, y más aún después de conocer la muerte del *aita*. Las fuerzas de los urbanos eran mayores en número y estaban mejor equipadas. Nuestros hombres se defendían como podían. A veces sorprendían al enemigo, pero los daños que causaban a los cristinos eran muy pocos.

Sin embargo esa situación iba a cambiar.

La incapacidad para sentir algo más que mi dolor me angustia y me hace daño. Los problemas de mi minúscula vida inundan mi corazón y mi cabeza, soy incapaz de racionalizar, y sospecho que esta existencia de ostra escondida en su fortaleza, pendiente solo de la pequeña partícula que la daña y que ni siquiera se convertirá en perla, es una prueba más de que no soy nada sin Peio. Soy un pobre parásito que alardeaba de una vida plena, responsable, redonda, rectora de sus decisiones y que, de pronto, ha comprendido que no había nada, que todo era humo, que vivía al rebufo de otro, incapaz de ser sin el otro. Las guerras, las guerras..., si apenas me duelen de verdad las de ahora, qué puedo decir de las que ocurrieron hace tantos años. Mientras leo la vida de Xarmanta me represento aquellos lejanos campos de batalla como una alfombra habitada por soldaditos de plomo, vestidos unos con *txapela*, y los otros con

esa gorra que Mirari dice que llevaba las iniciales GRI. «Guiris», tiene gracia. A los ejércitos cristinos sé que se los consideraba extraños, igual por eso ahora les llamamos guiris a los turistas extranjeros. No sé. No tengo ganas de resolver un jeroglífico semántico. Prefiero hurgar en la pobre visión de alguien, como yo, que solamente se mueve alrededor de su ombligo. Recuerdo que de niña, a pesar del tiempo que había pasado, en las largas noches de invierno todavía nos contaban en casa relatos de aquella guerra tan vieja, que escuchábamos con la boca abierta y el corazón palpitante. La historia del fusilamiento de la madre de uno de los nuestros, los dramáticos paseos nocturnos por los campos de batalla buscando entre los muertos al hermano, al primo, al amigo. De todas aquellas historias una me impresionó particularmente, porque los protagonistas eran niños como nosotros. El coronel o general Zabala, ya no recuerdo, había conseguido huir en varias ocasiones de las garras liberales, así que los cristinos apresaron en Munguía a Laureano, Pedro Ignacio, Gregoria y María, sus cuatro hijos todavía muy pequeños, y decidieron colocarlos en primera línea de fuego cada vez que tenían un enfrentamiento con su padre. En más de una ocasión, Zabala se retiró con sus hombres por miedo a matar a sus hijos. Hasta que una vez, comprendiendo que esa situación se iba a repetir siempre, decidió sacrificar su amor paternal y cumplir con su deber. Y llegó el combate. Laureano y Pedro iban a la cabeza de la tropa pidiendo clemencia. Gregoria y María avanzaban empujadas por los soldados. Zabala, entonces, gritó, «Antes fui vizcaíno que padre... ¡Fuego!». Y ocurrió el milagro. Zabala ganó la batalla y sus hijos salieron providencialmente ilesos. Sin embargo hoy, qué lejos se han quedado esas historias, yo no vivo más que para mi guerra particular. Para la sucia historia, que después de cinco años había olvidado y que ahora me recuerda que está ahí, que nunca se había ido y que ha llegado el momento de rendir cuentas.

Cuando Laura bajó las escaleras y se mezcló con los invitados saludando a unos y a otros, yo me convertí en un ojo grande de águila que todo lo ve. Durante más de media hora mi cuerpo habló y sonrió a unos y a otros, pero el ojo de águila que yo era vigilaba los movimientos de Laura y Peio, dispuesto a fulminarlos con un rayo si notaba una mirada, un gesto o una aproximación. Llevaba así un rato de vigía y la segunda copa me aflojó un poco los nervios. Fue un segundo, me despisté solo un segundo y, cuando volví a mi tarea, ya no estaban. Salí a la terraza, recorrí los salones de la planta baja, pregunté, disimulando debajo de una sonrisa imbécil, si alguien los había visto. Pero nadie sabía nada y me decían un «Por ahí» irritante. Hasta que apareció Maritxu. Maritxu, claro, sí los había visto, creía que estaban en la biblioteca, mejor dicho, sabía que estaban en la biblioteca, faltaba más. Le dije una gracia y me fui por el lado contrario, no quería que aquella cotilla tuviera la menor sospecha. La casa de Laura tiene una particularidad digna de Harry Potter y es que los ojos del

cuadro de uno de sus bisabuelos tienen las niñas vacías. El cuadro cuelga de la pared de un despacho oscuro y antiguo, que nadie usaba ya entonces, y que hace frontera con la biblioteca. Di un rodeo y me fui allí, aunque sospechaba que el dolor iba a ser insoportable. Y fue insoportable. Peio iba desnudando a Laura, y su carne blanca, suave, resplandecía en la penumbra de la biblioteca. Después vi como Peio la besaba, la lamía, la comía. Todo aquello lo hubiera soportado, todo menos sus ojos entrecerrados, el amor inmenso que sugerían sus caricias, la respuesta sumisa de Laura, su palidez, las manos que se buscaban, el abrazo final silencioso y la última caricia. Me agarré a la pared, creía que iba a perder el conocimiento. Un vómito me ahogó la garganta. Como pude, dejé el despacho y me fui al baño. No lloraba. No podía llorar. Vomité una hiel amarga. Luego, me refresqué la nuca. Por fin, pude salir. Le dije a una de las doncellas que avisase a Peio que me había ido a casa, me dolía mucho la cabeza. Dejé la fiesta y bajé a la playa. Tenía que pensar. Desde la orilla veía la casa de Laura iluminada, radiante. Me olvidé de aquella fiesta insultante y empecé a reflexionar. El murmullo de las olas daba ritmo a mis pensamientos. Peio no iba a dejar a Laura como me había dicho. Peio no podía dejar a Laura. Por eso era Laura la que tenía que dejar a Peio. Y ese iba a ser mi trabajo. El mar sereno y la luna tranquila me confirmaron en mi decisión y me sentí casi bien. Ahora solo tenía que urdir la trama para hacer que Laura huyera de la ciudad sin dejar rastro. El chantaje tenía que ser perfecto. Peio era mío, solo mío. Al principio él sentiría dolor, pero yo le ayudaría a olvidar, era una cuestión de tiempo. Y entonces me creí poderosa. Era la reina de la noche. No sé cantar, pero si hubiera sabido, bajo la luna de uña de gato que me miraba, y frente a la isla y al mar, hubiese cantado el aria «Un infierno vengador late en mi corazón», de la *Flauta, mágica* de Mozart. Respiré hondo. Las luces de la villa seguían encendidas. No había pasado tanto tiempo. Y decidí volver allí, buscar a Peio, saludar a Laura, de la que hasta ese momento había huido para que no me viera derrotada, y empezar a poner en práctica mi plan.

De vuelta a casa le pregunté a Peio si había roto con Laura. Durante un segundo imaginé que Peio me iba a decir la verdad, la terrible verdad que yo sabía. Pero no fue así. Me cogió del hombro y me dijo que podía estar tranquila, me dijo muchas mentiras. Por primera vez tropecé con un Peio nuevo para mí, infiel y mentiroso, pero preferí no pensar, no quería ver, no quería aceptar la evidencia. Así que cerré los ojos y dije que había llegado mi turno, iba a ser implacable.

Después de los levantamientos de Bilbao y Vitoria el día 3 de octubre de 1833, las noticias que nos llegaron a Baliarrain no fueron buenas. San Sebastián y Tolosa continuaban siendo liberales y además los cristinos habían reconquistado las plazas de Bilbao, Vitoria y todo el territorio de Navarra. El coronel Ladrón de Zegama cayó en manos de los cristinos, y fue fusilado como un traidor en la Ciudadela de

Pamplona, sentado en una silla y por la espalda. A principios de diciembre, por lo tanto, las sublevaciones carlistas estaban controladas, y Eufemia y yo temíamos recibir las peores noticias de mi madre.

Sin embargo, en esas mismas fechas, don Tomás Zumalakarregi, un día gris, salía solitario por el portal del Carmen de Pamplona y conseguía llegar de incógnito a las líneas carlistas. Enseguida supimos que estaba agrupando tropas en las Amezkoas Altas, y algunos ya le empezaban a llamar el Lobo de las Amezkoas. En nuestro bando las noticias volaban. Hombres, mujeres y niños trabajábamos de mensajeros del Tío Tomás. En cuanto el ejército liberal se ponía en movimiento, establecíamos una cadena de información que iba de pueblo en pueblo, hasta que Zumalakarregi era informado de los movimientos del enemigo. Las Amezkoas Altas forman un valle, al oeste de Navarra, entre las sierras de Urbasa y Lóquiz. Las inmensas masas de granito de la zona proporcionan una defensa magnífica en la guerrilla. Nuestros soldados revoloteaban como buitres alrededor del enemigo, saltando de roca en roca, a la espera de recibir la orden de presentar batalla. Zumalakarregi en un año fue capaz de armar, uniformar y organizar un ejército de treinta y cinco mil hombres y la guerra dio un giro de ciento ochenta grados. La situación hasta entonces había sido caótica.

Como supimos enseguida, Xarmanta fue de las primeras en unirse con sus hombres al nuevo ejército, y la entrevista con el General se convirtió pronto en leyenda. Nos contaron que el encuentro tuvo lugar en Aranaratxe, un pueblecito situado en la ladera sur de la sierra de Urbasa. Dicen que había una fuerte ventisca de nieve y que Xarmanta y sus hombres llegaron protegidos por unos enormes capotes que los cubrían de la cabeza a los pies, así que nadie se dio cuenta de que el gerifalte del grupo era una mujer. El centinela los llevó hasta la casa donde se alojaba el Tío Tomás. Descabalgaron, los hombres fueron a llevar los caballos a los establos y mi madre entró en el zaguán. Allí se quitó el capote y sacudió la nieve que lo cubría. Fue entonces cuando oyó una voz muy severa que, desde la cocina, el único lugar de la casa que tenía un buen fuego, le ordenaba pasar. Cuando mi madre entró cojeando, don Tomás Reina, ayuda de campo de Zumalakarregi, se quedó mirándola con la boca abierta como si hubiera visto una aparición, no comprendía quién podía ser aquella mujer armada de mosquete y que llevaba colgando de la cintura un hermoso sable de rica empuñadura recamada en oro. Y entonces la voz del General le dejó aún más sorprendido.

—Eres la hija de doña Eufemia, ¿verdad?

—Sí.

—Xarmanta, la Coja.

Don Tomás se quedó en silencio y empezó a andar de un lado al otro mientras meditaba y liaba un cigarrillo.

—Este no es sitio para una mujer.

El ayuda de campo respiró tranquilo y movió la cabeza afirmativamente.

—Habla usted como Iñaki Dorronsoro, el carnicero de Gainza, pero como él cambiará de opinión. Me voy a quedar, diga usted lo que diga. Sepa que una mujer, yo, he hecho de los hombres de mi partida unos auténticos soldados. Sepa que una mujer, yo, les ha inculcado disciplina y los ha convertido en hombres bravos y obedientes. Y sepa, como ya le he dicho, que yo me quedo.

Un buen observador se hubiera dado cuenta de que una media sonrisa bailó en la boca de Zumalakarregi, mientras don Tomás Reina torcía el morro, él sabía que a su General le gustaba la gente directa y sin miedo, como la mujer que tenían delante.

—Eres coja. No puedes cabalgar largas jornadas. No nos vas a traer más que complicaciones.

—Todo eso lo dirá usted.

La mirada del General se volvió de hielo, tanto descaro y terquedad empezaban a irritarle.

—No me miré así, que no me voy a asustar. Se lo acabo de decir, écheles un vistazo a mis hombres. Valen mucho más que toda esa tropa que está aquí con usted, yo de eso entiendo, se lo aseguro. Tenemos casi doscientas armas que hemos conseguido del enemigo. Nos hemos preparado duramente. Y le aseguro que si yo me voy, ellos se van a venir conmigo. No solo usted tiene leales, yo también los tengo. He cabalgado por los montes con mi pierna coja jornadas más duras de lo que se pueda imaginar, y los liberales me temen. Pregunte a sus espías. Así que ya lo sabe, deje de decir más tonterías.

Y mi madre se dio medio vuelta y salió de aquella cocina zanjando la cuestión, mientras los dos hombres, igual que Eufemia en su primer encuentro, admiraban su contoneo de coja que resaltaba sus curvas y su trasero, endurecido y moldeado por el ejercicio de guerrear.

Zumalakarregi dijo entonces a su ayuda de campo:

—Xarmanta, ¿eh?

Y mi madre, como si hubiera adivinado aquellos pensamientos, ya en la puerta se dio la vuelta y les sonrió a los dos con picardía.

Y, a partir de aquel momento, nada ni nadie separaría a Xarmanta, la Coja, de su General.

Llevaban ya un par de meses Xarmanta y su partida en las Amezkoas, cuando don Tomás, que admiraba y confiaba en Xarmanta, le hizo una tarde una confesión.

—Tenemos muchos proyectiles, pero nos faltan cañones. Si contásemos con un par de obuses les dábamos a esos cristinos para ir pasando. Sé que si pudiera proporcionar el metal a los herreros, me los podrían hacer en la ferrería de Labayen. Pero ¿de dónde saco yo ese metal?

Y Zumalakarregi se sumergió en sus pensamientos.

—Dime Xarmanta, ¿de dónde saco yo el metal, eh?

Xarmanta se quedó un rato meditando, luego, se plantó en jarras delante de él.

—Tengo la solución.

Don Tomás la miró con cara de pocos amigos, no estaba para bromitas, era imposible que una mujer, por muy valiente y espabilada que fuese, hubiera resuelto un problema que a él le traía de cabeza desde hacía tiempo.

Xarmanta insistió.

—Yo sé dónde puede encontrar el metal.

—Anda, déjalo, no sé para qué te he dicho nada.

—Mi general, siento decirle que tiene usted muy poca imaginación. El dichoso metal que busca está en todas las casas de nuestros pueblos. Simplemente hay que recogerlo. Los obuses que necesitamos se van a hacer con cacerolas, almireces, aros de herradas, chocolateras, braseros y cualquier cosa que sea de cobre.

Zumalakarregi abrió la boca para ordenar a aquella mujer que no dijese tonterías, pero, de pronto, entorno los ojos, se tocó la patilla izquierda durante unos segundos y empezó a liar un cigarrillo con mucha delicadeza, cosa que le ayudaba a pensar mejor. Después dio una calada profunda al cigarro y, echando humo por la boca y la nariz igual que un dragón enfurecido, gritó.

—¡¡Ahí está la solución!!

Al oír la bulla del Tío Tomás, su ayuda de campo, don Tomás Reina, entró en la cocina asustado y se encontró a su General con cara de pascua, chupando el cigarrillo con la alegría de un niño que acaba de encontrar el chupete perdido.

Reina puso cara de disgusto, el tabaco no era el mejor remedio para el mal de orina que padecía Zumalakarregi y que le daba mucha guerra.

—¿Qué está pasando?

—Felicitas a nuestra Xarmanta, ha encontrado la solución para que podamos mandar construir los obuses.

Don Tomás Reina sonrió con pocas ganas, la admiración de su General por Xarmanta le provocaba celos muy malos que no quería reconocer, y por eso prefería pensar que las ocurrencias de la Coja eran bobadas propias de mujeres. Así que preguntó con cierta sorna:

—¿Y cuál es esta vez la genialidad?

Y Xarmanta, que conocía bien a aquel militar, le contestó de buen humor.

—Pues mire, la genialidad de hoy es algo que se le ocurre en seguida a cualquier mujer. Ya sabe que nosotras vivimos más cerca de la tierra, y que el sentido común, por cierto, el menos común de los sentidos, nos ayuda a resolver problemas de manera sencilla, sin perdernos por las alturas.

—Señora, déjese de sermones y vaya al grano.

Fue Zumalakarregi el que le puso en antecedentes de la operación y Reina tuvo

que admitir que era una bonita ocurrencia.

Y así fue, de ese modo nuestro ejército consiguió abundante metal para fabricar obuses. En pocos días se recogieron montones de objetos de cobre que la gente entregó, orgullosa de poder contribuir con la causa.

Tienes razón, Mirari. Lo he buscado en internet y es cierto que los obuses carlistas se fabricaron con los cacharros de cobre que donó el pueblo. También dicen que ante la falta de pólvora por la escasa producción de fábricas del Baztán y Escala, lanzaban bombas confeccionadas con guindillas molidas que hacían estragos en los guiris porque los dejaban casi ciegos, no sé si eso fue otra ocurrencia de Xarmanta. Al leer los comentarios de Xarmanta sobre el sentido común de las mujeres, me he acordado de que Marie Curie solía decir divertida que a la hora de hervir o mantener caliente un preparado en el laboratorio, no hay que olvidarse de poner una tapa, cosa que cualquier mujer sabe hacer con sus guisos por pura sabiduría natural y sentido común. Pero yo ahora no tengo sentido común, soy una hormigonera que gira y gira, pensando solo en lo mismo. La vuelta de Laura y su llamada me revuelven las tripas. Por más que reflexiono, esos dos hechos no tienen otra interpretación que la de admitir que he perdido. Y no duermo, no como, solo pienso en lo que va a ocurrir ahora. Cavilo en las mil posibilidades que han podido hacer que Laura me pierda el miedo. Quizás su Pierre-Jean tiene coartadas contra mis posibles revelaciones sobre sus manejos, quizás ella se ha convencido de que su arte estará siempre por encima de escándalos y acusaciones, quizás ha decidido que solo le importa Peio y ha mandado a la mierda sus sueños de escultora universal. No sé. Pero lo que sí sé es que mi gran y vergonzoso secreto se va a descubrir, que Peio se va a enterar de todo y que nunca me va a perdonar. Le conozco bien. Me podría llegar a perdonar que me fuera con otro, pero nunca, nunca me perdonará el haber sido ruin, cobarde y malvada..., ¿estoy segura de lo que digo?, ¿Peio es como yo creo?..., entonces, ¿por qué tantos engaños?... No sé, no sé, ya no sé nada.

Al día siguiente de la fiesta me levanté a la hora de siempre e hice ver a Peio que le había creído cuando me cogió del hombro y me aseguró que podía estar tranquila. Salí de casa temprano. Era una mañana fresca de septiembre, casi fría. Fui a paso rápido, no quería encontrarme con nadie. La vista del mar en calma y la soledad del paseo me templaron los nervios. Cuando llegué a la rotonda custodiada por las dos grandes torres del paseo, la del reloj y la del barómetro, miré la hora: las ocho de la mañana. Sabía que a esa hora en casa de Laura solo iba a encontrar despierto al servicio. Frente a la puerta de la villa me detuve para coger aliento. La casa, efectivamente, estaba dormida, y sentí que era el mensajero destructor que iba a acabar con aquella paz, pero no me importó. Me abrió Rosa, la doncella personal de Laura, y me dijo enseguida, «La señorita está dormida». Le comenté que era un

asunto urgente y empecé a subir las escaleras, aquellas que tanto me gustan desde el primer día que las vi siendo niña. Esas escaleras tienen peldaños anchos de madera brillante y el barandal está todo labrado. Siempre pensé que era una escalera diseñada para las reinas o las estrellas de cine. Y eso me pareció Laura el día anterior, cuando bajó majestuosamente esos mismos escalones para que Peio pudiera admirarla despacio, porque aquella actuación se la había dedicado a él, y también a mí, solo yo lo sabía. Mientras subía al cuarto de Laura tuve una náusea, el aire que respiraba me olía a Peio, a Peio apasionado, rendido, abismado entre los brazos de Laura. Entré en el cuarto sin llamar y fui directamente a los balcones a descorder las cortinas. Me di la vuelta y vi una Laura enterrada en el edredón y tapándose la cara con las manos.

—Pero ¿qué pasa?, ¿qué haces?

—Levántate, te marchas.

Laura se incorporó un poco con cara de no entender nada.

—Ya me has oído, levántate y coge tus cosas, te vas a París.

Ahora equivocó las noticias.

—¿Qué le ha pasado a Pierre-Jean?

—A Pierre-Jean no le ha pasado nada.

Una luz se debió de iluminar en su cerebro, porque durante un rato me miró en silencio y luego me dijo muy despacio:

—Yo no me voy a ninguna parte.

—Pues creo que sí. Te aseguro que si no te vas, haré públicas todas las manipulaciones que han hecho Pierre-Jean, tu querido esposo, y su amigo especial para que disfrutaras de todos los premios internacionales que has recibido. Tu carrera artística se ha acabado, te lo juro.

—¿Y qué vas a conseguir obligándome a ir a París? ¿Tú crees que por eso Peio me va a olvidar?

—Sí, porque si le llamas, te pones en contacto con él de alguna manera o vuelves a San Sebastián, haré lo que te he dicho.

Me acerqué despacio a la mesilla y cogí su móvil, sabía que era una tontería, que si Laura quería hablar con Peio encontraría la manera de hacerlo, pero es que el motivo era más morboso; en cuanto Peio se enterase de que Laura se había ido la llamaría a ese móvil, y yo quería escuchar sus mensajes, sus súplicas para que volviera, aunque me hieran a hacer mucho daño.

Laura, de pie junto a la cama, me miraba en silencio con odio.

La animé.

—Venga, decídetes, Peio o tu carrera.

Entonces llamó al timbre para que viniera Rosa y le trajera una maleta.

Mi corazón saltaba de alegría, estaba resultando mucho más fácil de lo que me imaginaba.

La chica dejó la maleta sobre la cama y Laura le dijo que se fuera, que no la necesitaba. Y de pronto, mientras cogía sus cosas, se echó a reír.

—Lo que siente Peio por mí, tú nunca podrás dárselo, ¿te has dado cuenta?

No contesté, pero me temía que era verdad.

—Nunca, ¿me entiendes?, nunca. Aunque no nos volvamos a ver, aunque vuestros hijos se lo pidan a lágrima viva, aunque me vuelva vieja y tea, siempre me llevará en su corazón y tú serás la mujercita hacendosa que le ha dado hijos, una esposa a la que se tiene, en el mejor de los casos, afecto, y nada más.

La ira me ahogaba, Laura era el cuervo del poema de Allan Poe, el cuervo siniestro que posado sobre el pedestal de Palas, la diosa de la sabiduría, gritaba, «Nunca más —solo eso—. Nunca más». Porque, era verdad, el poeta nunca más volvería a ver a su amada, ahora muerta; igual que yo, como decía Laura, nunca podría despertar en Peio la pasión que sentía por Laura. Miré a Laura y me pareció un ave carroñera, un buitre, un cuervo, quise gritar, pero me contuve, y las palabras me salieron entrecortadas, ridículas.

—¡Y tú qué sabes lo que hay entre Peio y yo!

Se rio.

—¡Claro que lo sé!, porque sé lo que Peio siente por mí, porque se deshace entre mis brazos cuando le beso, porque gime como nunca lo ha hecho contigo cuando el amor por fin nos consume, porque me llama a todas horas, porque me busca, porque... me quiere, como nunca te ha querido...

—¡¡Cállate!! ¡¡Cállate!! ¡¡Cállate!!

Me estaba rompiendo por dentro. Las imágenes de la noche anterior, Peio y Laura abrazándose, amándose, Peio entregado, obsceno, dulce...

Pude romper aquel círculo infernal.

—¡Ya basta! Date prisa.

Y entonces Laura se plantó en la mitad de la habitación y me dijo con la mejor de sus sonrisas:

—No me voy.

—Está bien, tú has decidido.

Me di media vuelta y me fui.

Pero Laura tardó muy poco en gritarme que volviera. Luego, entre insultos y lágrimas, terminó de hacer la maleta.

La llevé al aeropuerto de Biarritz, durante el trayecto no nos dirigimos la palabra. Me quedé con ella en aquel círculo silencioso de sentimientos podridos hasta que salió el avión. Luego fui otra mujer.

Había cumplido la parte más difícil del plan, ahora me quedaba decirle a Peio que Laura le había dejado para siempre y esa tarea final me resultaba muy placentera, le iba a hacer daño, quería hacerle daño y disfrutar con su dolor.

Desde que supe que la *ama* estaba con nuestro General pensé que nada malo le podía ocurrir. Ahora sé que fue una idea estúpida, pero entonces me dio mucha paz. Tenía tal confianza en el Tío Tomás que estaba segura de que íbamos a ganar la guerra y de que a mi madre no le iba a pasar nada malo. Sin embargo, no entendía que Xarmanta se hubiera separado de mí para irse a la guerra, y aquella sensación de abandono me ponía triste. De todos modos, aunque la echaba en falta, poco a poco fui cogiéndole mucho cariño a Eufemia y con ella me sentía segura. Eufemia me confesó que antes de encontrar a la *ama* y de tenerme a mí con ella, se sentía vieja, cansada, sin ganas de vivir, pero ahora estaba fuerte, sana, era otra, y debía de ser verdad, porque todo el pueblo comentaba aquel cambio. La guerra nos unió aún más a las dos.

Un día supimos que la reina, María Francisca de Braganza, y su hermana, la princesa de Beira, habían vendido todas sus joyas por valor de cinco mil libras para ayudar a las tropas carlistas. A Eufemia eso de vender las joyas para ayudar a los nuestros le pareció muy buena idea, y una tarde me pidió que la acompañara a Tolosa, iba a vender las suyas. Las joyas de Eufemia eran preciosas, algunas muy antiguas, entre ellas una cruz de Caravaca muy pesada, con incrustaciones de piedras preciosas. Manuel Beldarrain, un orfebre adepto a la causa y que tenía el taller en la plaza Mayor, miró las piezas y lanzó un silbido largo de admiración. Luego, cuando Eufemia le contó por qué las vendía, se quedó pensativo y nos propuso organizar una colecta en la zona de Tolosaldea para recaudar fondos para nuestro ejército. Y así fue, la casa de Baliarrain fue el centro de recogida. Durante una semana desfilaron un montón de mujeres ricas, pobres, jóvenes y viejas, y dejaban lo que podían, desde sencillas alianzas de boda hasta collares, gargantillas, pendientes, anillos, qué se yo. El orfebre se puso en contacto con contrabandistas leales que pasaron la mercancía a Francia, y recogimos mucho dinero. Un tiempo después nos contó don Manuel Beldarrain que Zumalakarregi, aunque era un hombre que no manifestaba sus sentimientos, no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas al ver todo lo que se había recaudado.

Y añadió:

—Ay, qué buen vasallo si tuviera buen señor.

Yo no entendí qué quería decir aquello, pero Eufemia se empezó a reír con ganas.

Cuando salimos de allí, le pregunté qué había querido decir don Manuel.

—Mira, don Carlos es un hombre débil, le da miedo coger la espada, aunque anda arengando a todo el mundo para que se anime a ir a la guerra. Desde que Fernando publicó la Pragmática Sanción, que le arrebató el trono, debió luchar contra las intrigas de la reina Cristina y de sus partidarios, pero no hizo nada. Y ahora andamos cómo andamos.

Y con la ingenuidad de mis pocos años le pregunté:

—Entonces ¿tú también piensas que don Carlos es un meapilas y un tonto del culo?

Eufemia me miró, pero no me contestó, solo se echó a reír y luego dijo que me invitaba a un pastel en la pastelería Gorrotxategi, y allí nos fuimos las dos.

Sin embargo las opiniones de Eufemia sobre don Carlos me habían producido desilusión. Yo me lo había imaginado a valiente y generoso, y ahora sentía una angustia repentina imaginando las necesidades de las tropas.

—¿De verdad es tan mala la situación de nuestro ejército?

—Ahora no tanto, tenemos al Tío Tomás. El General se encontró con un puñado de hombres...

La corté:

—Y una mujer.

—Sí, tienes razón, nuestra Xarmanta.

Vi que se ponía melancólica y le pedí que siguiera.

—Bueno, hace apenas un año, como te decía, Zumalakarregi solo contaba con un pequeño puñado de partidarios muy bravos, pero que no querían someterse a ninguna norma. Por eso le sorprendió tanto la partida de Xarmanta, por fin se encontraba con unos hombres disciplinados, y nada menos que bajo las órdenes de una mujer. Después de ver semejante panorama, enseguida decidió hacerse temer y obedecer. Luego llevó a esa tropa, a través de senderos escondidos de las montañas, hasta los territorios más inaccesibles de Navarra, muy lejos del enemigo, y allí los entrenó para la lucha, haciéndoles participar en pequeñas escaramuzas y emboscadas. Ahora ya podemos decir que tenemos un ejército de verdad.

—Cuéntame más cosas.

Eufemia me miró sonriente.

—Está bien. El Tío Tomás se dio cuenta de que para poder luchar con eficacia en un país montañoso era imprescindible la rapidez de movimientos y la resistencia física, así que decidió equipar a su ejército de la forma más ligera posible. En lugar de las cartucheras y la espada, que les cuelga a los cristinos sobre la pierna y es muy incómoda, ordenó hacer unos cinturones de cuero que se atan por detrás a la cintura y tienen delante veinte tubos de estaño y dos bolsillos. En esos dos bolsillos caben dos paquetes más de cartuchos. Además, los nuestros ahora han cambiado la mochila por dos saquitos de lona, donde solo pueden guardar una camisa y un par de alpargatas. El tema del calzado, al principio, le daba muchos quebraderos de cabeza, porque los caminos muchas veces estaban tan intransitables por la lluvia y el barro que las alpargatas se deshacían y eso causaba muchos retrasos en la marcha. Así que ahora llevan alpargatas de repuesto, y si hace muy mal tiempo, calzan abarcas. Los cristinos, sin embargo, llevan zapatos de cartón, que no sirven para nada, y unas armas muy pesadas que no pueden competir con el ligero fusil de nuestros soldados.

Sin olvidarnos de la *txapela*, que es mucho más ligera y cómoda que esos pesados ros de los liberales.

—El Tío Tomás es un gran militar.

—Tienes razón. Te contaré una hazaña divertida. Rodil, un jefe militar de los cristinos, perseguía a Zumalakarregi, pero el Tío Tomás le engañó y consiguió escabullirse. Entonces Rodil pensó que los nuestros habían huido con el rabo entre las piernas y se sintió satisfecho. Sin embargo, Zumalakarregi se dirigió sigilosamente con cinco batallones y la caballería, formada entonces solo por doscientos lanceros, hacia Viana. Viana está situada en un alto en medio de una gran llanura. Las calles de Viana son estrechas, y los cristinos estaban tan convencidos de que el Tío Tomás había huido lejos que solo habían dejado un puñado de hombres para defenderlas. De hecho, los liberales, que estaban en Viana, cuando observaron en la lejanía brillo de fusiles y una columna de hombres que se acercaba, pensaron que eran tropas suyas. Así que, para cuando se dieron cuenta, tenían al enemigo encima. Y el enemigo era muy especial, porque nuestros lanceros, en aquellos primeros tiempos, tenían una pinta muy rara, daban miedo. Unos no llevaban abrigo, otros iban con pañuelos en la cabeza, muchos solo llevaban una bota o una alpargata, incluso había alguno con las espuelas atadas a los tobillos desnudos. Pero lo más curioso es que iban armados con unas lanzas enormes y hacían ondear la bandera negra pirata, con las tibias y la calavera. Así que los cristinos huyeron despavoridos, pensando que se enfrentaban a unos fantasmas.

Yo estaba fascinada.

—¿Y el Tío Tomás los premió?

—Claro que sí. En cuanto los lanceros llegaron al campamento, ordenó que les sirvieran una cena estupenda: sopa de ajo, bacalao con tomate, jamón y huevos.

La miré, tenía la impresión de que se había inventado toda la historia. Sin embargo años después supe que lo que me había contado Eufemia era verdad, incluidos la bandera pirata y el menú de la cena.

Pues por mucho que me empeñe, Mirari, para mí hoy todo lo que me cuentas es un cuento, un cuento bonito, pero irreal; además, al final aquella guerra acabó mal. Sin embargo, sé que la vivisteis en carne viva, como yo vivo ahora esta guerra mía personal. Algún día escribiré mi historia y la juntaré a vuestras cuartillas, y también a mí me leerá alguna de nuestras descendientes, o alguno de nuestros descendientes, aunque, como yo ahora, estará tan sumergido en su presente que lo que le contemos le parecerá casi una ficción. No, no es verdad lo que digo, porque siento que formáis parte de mí. Yo soy el último recipiente donde se han volcado todos vuestros genes, mejor dicho, el penúltimo, porque están mis hijos. No sé por qué, me consuela pensar que os llevo dentro, que quizás alguna de vosotras tenía mi misma nariz, o mis

mismos ojos, o el mismo carácter. Tengo la impresión de que vuestra vida me pertenece, como os pertenece a vosotras la mía. Mi yo de hoy es la suma de todos los vuestros. Y me reconozco en las ganas de saber de Eufemia, y en las ganas de volar de Xarmanta, y me calienta el corazón tu aceptación, Mirari, ante el destino elegido por tu madre. Leyendo vuestras historias, siento vergüenza de andar pegada a los pantalones de Peio después de haber tenido unas antepasadas tan fuertes y tan valientes...

Me acaba de llamar Peio. Me llama siempre a la misma hora. Y esa exactitud me daña. No siente un deseo repentino de hablar conmigo, de decirme solo hola, de oír mi voz. Su llamada es puntual, se parece a las campanadas de la iglesia, avisándonos de las horas y los cuartos. Nada, no he notado nada en su voz, en sus comentarios, que me haya hecho sospechar que ya sabe que vuelve Laura. Tampoco el móvil de Laura, que conservo como una reliquia, me ha chivado de alguna llamada de él. Desde aquel día que creí que había conseguido ganar la guerra, que Laura había desaparecido de nuestras vidas para siempre, el móvil de Laura ha sido el símbolo de mi victoria, mudo, siempre mudo durante cinco años. En todo este tiempo me ha gustado recordar aquella conversación con Peio. Los chicos estaban cada uno en su habitación desde hacía un buen rato. Ya habían cenado, *sandwich*, *pizza* congelada, Coca-Cola, las basuras que les gustan. Yo misma los animé a que comieran esas porquerías, quería que para cuando llegara Peio ya estuvieran en su cuarto. Y llegó. Estaba contento, les habían adjudicado no sé qué obra. La verdad es que no le escuché, yo tenía una misión que cumplir.

—Te voy a preparar un güisqui.

—¿Qué celebramos?

Me volví suspicaz.

—¿Por qué?

—Es martes, un triste día laboral.

Sonreí. Pero era verdad, yo sí estaba de celebración.

—Tengo algo que contarte.

—Supongo que es algo bueno.

Le miré, me pareció frágil e indefenso.

—No lo sé.

Se sentó en la silla de la cocina.

Cogí aire y se lo solté.

—Laura se ha ido.

Me miró como miran las estatuas, sus ojos eran fríos, eran de mármol.

—¿Adónde se ha ido?

De pronto me sentí sin fuerzas para seguir con la farsa.

Me gritó:

—¿Adónde se ha ido?

Pero me recuperé.

—Se ha ido a París..., para siempre.

La cocina se convirtió en un lugar extraño, hostil.

Peio miraba el vaso de güisqui mientras lo hacía girar en las manos. Estuvo así varios minutos. Luego se levantó bruscamente. Le detuve, percibía su dolor y quise herirle aún más.

—Supongo que será porque ayer le dijiste que lo vuestro había terminado, ¿no?

Ni siquiera me contestó, salió de la cocina y se encerró en nuestro cuarto.

Y con una alegría malsana esperé a que el móvil de Laura, que estaba en mi bolsillo, vibrase, vibrase y vibrase, no habría respuesta para él, ahora estaba solo, igual que yo había estado sola. Y vibró, vibró tanto que lo apagué de un manotazo. Cada vibración era una muralla que me cortaba el paso. Pero sabía que ahora no me quedaba más que esperar. El tiempo, el maldito tiempo, tiene el don de convertir los momentos felices en recuerdos gastados y también el poder de borrar las aristas de las desgracias. Así que no tenía más que dejar correr el tiempo, hasta que el corazón de Peio fuera olvidando y volviera a mí, otra vez a mí. La cuenta atrás ya había empezado.

Una tarde de abril, Eufemia y yo paseábamos por el jardín y la huerta, disfrutando del espectáculo de los árboles que verdeaban, del milagro de la primavera que aún hoy me deja sorprendida y admirada. La temperatura era suave, rica, avisaba de que el verano, que aún estaba muy lejos, ya se había puesto en marcha. De pronto escuchamos el galopar de varios caballos y, como en la guerra el miedo es siempre tu compañero, sin decirnos ni una palabra, corrimos a la verja de entrada para ver qué pasaba. Cinco hombres se acercaban por el camino. Iban armados, y, asustadas, nos refugiamos en casa.

Y entonces apareció.

Era Xarmanta. Llevaba unos pantalones robados a un cristino, que le venían grandes. Chaquetón de piel, *txapela* y alpargatas.

Enseguida corrí hacia ella y me eché en sus brazos. Hacía más de un año que no la veía, y lloré, lloré tanto que dejé el hombro del chaquetón mojado, igual que si hubiese caído una gran tormenta. El olor de aquel cuero mojado no se me olvidará jamás, y ese olor aún trae para mí la cálida sensación de haber recuperado a mi madre. Xarmanta también estaba emocionada. Cuando consiguió calmarme un poco se separó de mí y fue donde Eufemia. Las dos se abrazaron y yo hubiese jurado que mi madre lloró en el hombro de Eufemia, igual que yo había llorado sobre el de ella. La única que mantuvo en aquel momento la calma fue Eufemia. Llamó a Antxon y le ordenó que diera de comer a los hombres en la cocina y que a nosotras nos sirviera un

chocolate bien espeso con picatostes.

—Y aguardiente.

Eufemia y yo miramos a Xarmanta sorprendidas.

—Me he acostumbrado, tomamos siempre un buen trago antes de la batalla.

Eufemia se rio.

—Pero ahora vas a merendar, no vas a la guerra.

—No te creas, solo puedo quedarme un rato, vamos hacia Bilbao.

Después, en un tono de voz que no había oído nunca, le dijo a Eufemia:

—Gracias.

Eufemia la abrazó, ahora estaba ella emocionada.

—Xarmanta, quiero que sepas que estoy escribiendo mis memorias para ti, así sabrás todo lo que ha ocurrido, y quizás podrás perdonarme por no haberte encontrado cuando te separaron de mí. Mirari es un regalo que me ha dado la vida, es la compensación por no haberte tenido a mi lado, por no...

La aparición de Antxon con el chocolate, los picatostes y el aguardiente rompió el halo sentimental del que parecía que no íbamos a salir nunca aquella tarde.

Y mientras untaba los picatostes en el chocolate, empecé el interrogatorio.

—¿Por qué llevas esa ropa tan rara?

El aspecto de la *ama* era tan extraño que parecía una titiritera escapada de un carromato de actores ambulantes.

—Hace dos días presentamos batalla y esto fue lo mejor que encontré.

—¿Dónde?

Sorprendí una mirada de inteligencia entre Xarmanta y Eufemia.

—Por ahí.

Yo entonces no sabía que se solían desnudar los cadáveres de los enemigos muertos porque eran un estupendo mercadillo de ropa usada en muy buenas condiciones. Años después me contó Xarmanta las macabras expediciones que hacían tras la batalla. De noche, ayudados por farolillos, exploraban los bultos en busca de algo que mereciese la pena: ropa, armas y hasta un mendrugo de pan en los bolsillos de los muertos, que luego se quedaban ahí tumbados a la luz de la luna, la piel lívida, helados, como figuras de hielo.

Y enseguida cambió de tema.

—Quiero que sepáis que hemos ganado una batalla importante.

Eufemia suspiró con alivio.

—Hartos de sus derrotas, los cristinos enviaron hace unos días al propio ministro de Guerra, Gerónimo Valdés, a ponerse al frente de sus tropas.

—¿Tú eres la única mujer del Ejército?

—No lo sé, a veces cuando retiramos a los muertos nos encontramos con más de una mujer entre los soldados. Los cristinos pagan una peseta por alistarse y hay

mujeres a las que la necesidad las lleva a hacer ver que son hombres.

Eufemia quiso volver al ahora.

—¿Cuál es exactamente la situación?

—Valdés se ha retirado a la orilla sur del Ebro y ha dado orden de que todas las guarniciones sean evacuadas.

Entonces, uno de los hombres que estaba en la cocina vino y, con mucho respeto, le dijo a Xarmanta que era tarde. Nos levantamos las tres. Aquellas despedidas de la época de la guerra nos dejaban muy tristes, no sabíamos si nos volveríamos a ver. Los acompañamos a la verja y los vimos alejarse. La tarde de primavera caía y una luna muy grande colgaba del cielo.

Estas historias antiguas me hacen soñar, recordar, oler el pan tostado y el café de las mañanas de los domingos, también tan lejanas, aquí en Baliarrain. Veníamos a pasar las vacaciones de Navidad, de Semana Santa y además todo el verano. Eran unos veranos muy largos, que empezaban a mediados de junio y terminaban en los últimos días de septiembre. Todavía se me deshace en la boca la textura y el sabor de la mermelada casera que hacía Micaela. Micaela entró a trabajar en nuestra familia cuando nació mi madre, y en mi infancia todavía seguía garbosa y sabia, con el moño de *iñude*, entonces ya blanco. Veo otra vez la casa llena de gente, el trajín de Micaela para tenernos contentos a todos y los grandes cestos llenos hasta arriba de nueces, de manzanas, de castañas, que traían de la huerta. Oigo como crujía la madera cuando corríamos de un lado a otro. Y, por la noche, nos dormíamos arropados por las historias que Micaela nos contaba. Historias del Tío Tomás, de nuestros antepasados carlistas. Cada roble, cada encina, cada helecho estaban llenos de historia de los nuestros, ellos habían sido testigos de las crueldades de los cristinos y de la valentía de nuestro General y sus tropas. Zumalakarregi era muy listo. Era tan listo, decía Micaela, que cuando murió, los ingleses se llevaron la cabeza del cadáver para analizarla por dentro, nunca habían conocido un hombre así.

Micaela decía que algo debía de andar mal en el Vaticano para que no hicieran santo al Tío Tomás. Ojalá pudiera invocarle. Vendría galopando por las nubes y haría que Laura huyese despavorida, igual que los ejércitos cristinos. Pero no vendrá. Y Laura me sigue llamando. Me ha dejado un montón de mensajes en el móvil, me siento asustada, confusa. Dice que vaya sin falta a la fiesta que está organizando, que lleve a Peio y que, si hablo con ella, lo entenderé todo. He llamado a Peio y las cosas parecen en orden. Ahora ya sabe que Laura vuelve. Sin embargo, me ha extrañado la insistencia de Laura para que vayamos los dos a la fiesta. Y me siento agorera, sospecho del cambio de actitud de Laura. Creo que hay algo que no sé, hay algo que se me escapa, es una intuición, pero estoy segura de no equivocarme. Siento una rara inquietud. La fecha de volver a casa se acerca. Llevo ya casi una semana aquí y debo

enfrentarme a la nueva situación. Tengo que ser valiente y aceptar que Peio me puede dejar definitivamente cuando se entere de lo que hice. Los mensajes de Laura, sin embargo, son contradictorios, han abierto una rendija por donde se cuelan nuestros años de amistad, nuestros recuerdos juntas. No son los mensajes de una enemiga. Esconden complicidad y no lo entiendo.

Hoy ha ocurrido también algo muy extraño. Detrás de la mesilla he encontrado un pendiente que no es mío. Tengo el corazón tan apretado de sentimientos, de miedos, de reflexiones sobre lo que debo hacer, que ni siquiera me ha dado un vuelco el corazón. Lo he cogido tranquilamente, he visto que no era mío y lo he dejado con cuidado sobre la mesilla, como quien posa un pájaro enfermo, preguntándome de quién podrá ser. No puedo creer que Laura y Peio, durante el tiempo que duró su relación, eligieran la casa de Baliarrain para encontrarse. No quiero pensar en eso, porque la rabia me haría perder la cabeza. Prefiero creer que el pendiente es de Iratxe, la chavalita que viene de vez en cuando a hacer la limpieza. No sé, no quiero añadir complicaciones a las que ya tengo. La cabeza y el corazón no me dan para más. Tengo el disco duro del dolor lleno hasta arriba. Ahora lo más importante es decidir si hablo con Peio, si le cuento todo, antes o después de la fiesta. La fiesta, la fiesta, la fiesta. En medio de esta catástrofe me preocupa el vestido que llevaré y todavía no sé si seré capaz de ir. Pero quiero ir guapa, quiero ir más guapa que Laura. Me compraré un vestido caro, carísimo, será mi máscara veneciana que esconderá lo que he hecho y esconderá también mi miedo a perder a Peio, a quedarme sola, a enfrentarme con mi verdad, porque no me gusta lo que siento, porque empiezo a intuir que hay otra dentro de mí a la que he tenido amordazada y no sé qué pasará si soy valiente y la dejo libre. Y luego están los mensajes de Laura, insistentes, irritantes, ¿por qué dice que tengo que ir a la fiesta?, ¿por qué tiene que ir también Peio? Solo puedo saber la verdad si la llamo. No sé qué hacer. ¡Eufemia, Xarmanta, Mirari, Tío Tomás, venid a ayudarme! Me estoy volviendo absurda. ¡Hacedme una señal, por favor!...

Miro por la ventana y el atardecer se rompe en nubes de sangre. Es hermoso. Sí, es hermoso, cuando debería ser feo para mí.

Me voy al jardín a refrescar mis pensamientos... y ¡me han mandado una señal! Bajo el cerezo he visto unos destellos de oro al sol de la tarde. Me he acercado y ahí estaba. Es el otro pendiente, la pareja del que he encontrado detrás de la mesilla. Son exagerados, baratos y también bonitos. Es extraño. Parecen unas ajorcas de mora. La filigrana dibuja dos medias lunas grandes. No me he atrevido a ponérmelos, me producen asco, miedo e inquietud. No son, por supuesto, del estilo de Laura, pero tampoco del de Iratxe, ella es mucho más discreta. ¿Entonces? Otra vez he pensado lo mismo. No puede ser que Peio se haya atrevido a venir aquí con Laura o con quien sea a esta casa, a mi casa. Peio sería otro Peio. El mío es valiente, inteligente y fuerte. ¿O es que me lo he inventado? Ya no sé nada y tengo que saber. Las hojas amarillas

con la letra picuda de Mirari descansan sobre la mesa, me hacen guiños desde allí, parece que me dicen que sea valiente, que me arriesgue, que llame a Laura, que les he pedido una señal y ellas han cumplido, me la han enviado, el pendiente bajo el cerezo me dice que debo dejar de parapetarme detrás de la inacción, que tengo que obrar, enterarme de lo que está pasando y enfrentarme de una vez por todas a la realidad. No, no puedo, soy incapaz, hace cinco años le mandé a Laura al destierro, cinco años que no nos vemos, cinco años que no nos hablamos... Sí, voy a llamar, voy a llamarla ahora mismo, por una vez voy a ser valiente.

—¿Laura? Soy yo.

Noto su respiración al otro lado de la nada.

—Por fin te has decidido a llamar.

—Sí.

—Escúchame, es importante. Tenéis que venir los dos a la fiesta. Peio no querrá venir, pero tendrás que convencerle.

—No entiendo nada. ¿Por qué te iba a hacer caso?

—Porque te he llamado, porque he dado yo el primer paso. Ha pasado mucho tiempo. Es verdad que ocurrieron muchas cosas entre nosotras, y no precisamente buenas. Pero también es verdad que nuestra amistad es muy vieja y tenemos que solucionar esto como gente civilizada. Hazme caso.

—¿Qué está pasando?

—No te lo puedo contar por teléfono.

—Laura, dime una cosa, estoy en Baliarrain, ¿vinisteis a esta casa Peio y tú?

—¿Por qué te torturas? Aquello ya pasó.

—¿Vinisteis?

El silencio de Laura se me hizo eterno.

—Sí.

Se me escapó un «¡Dios mío!» desgarrado.

—¿Cómo pudisteis?

—Vamos, deja eso ahora, ya hablaremos de todo más despacio.

—He encontrado unos pendientes.

—Ya.

De pronto tuve una sospecha terrible.

—Durante estos cinco años, ¿os habéis visto Peio y tú?

Otra vez aquel silencio que me ahogaba.

—Sí.

Otra vez el grito desgarrado.

—¿Durante estos cinco años Peio me ha estado engañando?

—Sí.

—Entonces, sabe todo lo que pasó entre nosotras, sabe que te fuiste por mi

chantaje, sabe que fui ruin...

—Yo no me fui por tu chantaje.

—No te entiendo.

—No éramos capaces de separarnos y yo sabía que él no quería perderte, ni perder a vuestros hijos. Fuiste tú la que aquella mañana me ayudaste a tomar la decisión de volver a París. Luego Peio insistió en que nos siguiéramos viendo de algún modo y fui débil.

—Y Peio te propuso Baliarrain.

—Sí.

Me eché a llorar desconsoladamente. Me sentía humillada, avergonzada, herida de muerte, sola, más sola que nunca.

—Cálmate, por favor, cálmate y escúchame. Y hablé entre hipos.

—No puedo.

—Tienes que poder. Respiré hondo.

—Te llamaré, estate tranquila.

—Sí.

—Hablares de todo con tranquilidad.

—Sí.

Hubo otro silencio.

—Sabes que te quiero, aunque sé lo que sientes por mí. Esta situación no es buena para ninguno de los tres, tenemos que aclararla.

No respondí.

—Te deajo, te llamaré.

Se fue la voz de Laura y me quedé flotando en un sueño.

La primavera había sido cálida y se anunciaba un verano hermoso. Eufemia y yo seguíamos el avance de nuestras tropas. La marcha hacia Bilbao estaba siendo un paseo triunfal.

El 23 de junio celebramos la víspera de San Juan con la hoguera más grande que yo hubiera visto nunca. La noche, llena de estrellas, cálida, con luna, y el cuerno largo de la hoguera que subía hasta lamer el cielo, nos protegían, nos acariciaban, la guerra estaba a punto de acabar y prácticamente habíamos ganado. Nos congregamos todos alrededor del fuego. Comimos, bebimos, bailamos y cantamos. El olor de la hoguera se extendía por los prados y los montes. De pronto, un fantasma salió de entre el humo que la brisa de la noche empujaba hasta el camino. No sé quién dio la voz de alarma, pero sí sé que, poco a poco, nos callamos todos y solo se oían los cascos del caballo que se acercaba y el crepitar de la madera que se quemaba. Hasta que no estuvo muy cerca no pude verle los rasgos. Pero el grito de Eufemia me hizo saber quién era.

—¡¡Xarmanta!!

Venía derrotada, apenas se sostenía en el caballo. El fuego iluminó un rostro macilento, marcado por el cansancio y la tristeza. Todo el pueblo se arremolinó alrededor de ella, callado, respetuoso. Algunas mujeres lloraban. Algo terrible tenía que haber pasado.

Xarmanta, sin desmontar, habló a la gente:

—Nuestro General, el Tío Tomás, está herido.

Un silencio espeso nos envolvió.

—He venido solo a decíroslo. Ahora vuelvo otra vez a Zegama.

Eufemia, entonces, se plantó delante de ella.

—Tú ahora no vas a ningún sitio. Primero vas a descansar en casa.

Y todos le dieron la razón, así que rodeada de la gente, para que no espolease el caballo y saliera a la carrera, llegamos a casa.

Enseguida le preparemos un baño caliente y Antxoni organizó una cena con lo que había. Luego, nos sentamos Eufemia, Antxoni y yo junto a ella en la cocina y, mientras comía unos huevos fritos con el rico jamón de casa, empezó a contar.

—Él no quería ir a Bilbao. Cuando nos estábamos acercando me sorprendió su tristeza, estaba sombrío en medio de hombres eufóricos, confiados en el éxito, todos creíamos que en Bilbao nos esperaba la victoria. Oí a un oficial que le decía a otro: «Mire al general. ¡Cualquiera diría que lo llevan a la horca, en vez de ir a apoderarse de tan buena presa como es Bilbao!». Y el otro le contestó: «No se ha acostumbrado a llevar su abrigo negro».

Se limpió la boca con la manga y ni Eufemia ni Antxoni le dijeron nada de que eso no se hace, como me suelen decir a mí.

Y siguió.

—A él le gusta llevar su zamarra de piel oscura y debajo un chaleco negro, pero cuando fue a hablar con don Carlos le dijeron que la zamarra no era apropiada para presentarse en la corte y tuvo que ponerse ese siniestro abrigo negro. Son cosas que le molestan mucho. ¡Si ni siquiera suele llevar el uniforme de teniente general! Jamás le he visto con sus condecoraciones. *Txapela* roja, zamarra, el látigo colocado en la cintura, alpargatas de cáñamo y cartucheras, ese ha sido siempre su uniforme.

Eufemia quería información.

—¿Por qué habéis ido a Bilbao?

—Por culpa de don Carlos y los imbéciles que le rodean.

—No entiendo.

—Don Carlos está sin dinero. Tiene un contrato con un judío, un tal Mauricio de Haber. Lo firmó en el barco de su majestad británica, el Donegal, por un préstamo de cinco millones de libras, pero, debido a una serie de malas casualidades, Haber no da el dinero acordado y don Carlos está sin un duro. Así que sus consejeros le dijeron

que ordenase al Tío Tomás tomar Bilbao, una ciudad rica y comercial, allí podría encontrar los recursos que necesitaba. Además, hay mal ambiente en la corte. Esos inútiles que rodean a don Carlos tienen celos del Tío Tomás, sabemos que algunos dicen que Zumalakarregi se quiere proclamar rey y que se llamaría Tomás I. A don Carlos todos esos rumores le ponen nervioso y parece que últimamente anda sospechando extrañas confabulaciones de nuestro General para arrebatarse el trono.

Se había terminado los huevos y daba grandes chupadas a un cigarro, mientras bebía a la vez enormes sorbos de vino.

—Y, ¿qué ha pasado?

—Llegamos a Bilbao. Zumalakarregi ordenó distribuir tres morteros entre la orilla izquierda y un alto donde está el hospital. En la orilla derecha, en Begoña, puso una batería de dos cañones. Además, en Begoña se situó el Batallón de Guías, que es en el que más confía. El Tío Tomás nos dijo que a los cien primeros que entrásemos en Bilbao nos daría una onza de oro a cada uno.

Eufemia estaba nerviosa y aquellos rodeos para llegar al grano la irritaban.

—¿Y?

—¿Y?, pues que, junto a Begoña, hay un palacio que tiene una vista total sobre Bilbao. El palacio está a doscientos metros del enemigo, y aunque todo el Estado Mayor le pidió al General que no saliese al balcón del palacio con el catalejo, no hizo caso y salió.

—¡Qué imprudencia!

Antxoni se restregaba las lágrimas de los ojos.

—Total, que los cristinos, en cuanto vieron asomarse a un hombre, empezaron a tirotearle.

—¡Dios mío!

—Zumalakarregi salió lentamente del balcón, pero no pudo disimular su cojera y tuvo que admitir que le habían herido.

Una de las balas rebotó en la baranda del balcón y le alcanzó en la pantorrilla de la pierna derecha. No tocó la tibia, le fracturó un hueso y, sin fuerza para penetrar profundamente, por ser un rebote, se incrustó en la carne.

Eufemia se quedó confusa.

—Pero esa herida no es mortal.

Antxoni miró a Eufemia como si fuera la doctora más sabia del mundo.

Xarmanta dio una chupada muy larga al cigarro, se quedó mirando el humo que salió caracoleando por la cocina y preguntó:

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Entonces igual puede haber esperanza.

Esperanza. Después de hablar con Laura me he hundido. ¿Qué está pasando? He vivido con un extraño, con un hombre inventado, con un caparazón hueco de todas las cualidades que yo veía en él. Y ese descubrimiento me ha hecho sentirme más sola. «Peio sabe todo», me ha dicho Laura. Entonces, ¿por qué no me lo ha reprochado?, ¿por qué ha vivido estos últimos cinco años conmigo como si no hubiese pasado nada? He sido ingenua, crédula y además mala. Peio me ha escondido muchas cosas. No le conozco, no sé quién es. Y a punto de ahogarme de rabia, le he llamado. Noto que coge el móvil y su voz suena sorprendida, no es la hora reglamentaria.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me parece que su preocupación es sincera, pero hago un esfuerzo para ser dura, para ver solo lo que quiero ver.

—Peio.

Mi voz es sombría y me he dado cuenta de que en el otro lado se han puesto en guardia.

—Sí.

—Acabo de hablar con Laura.

Silencio.

—He hablado con Laura y lo sé todo.

La respuesta fría e irónica me confirma que es un extraño.

—O sea, que lo sabes todo, pues entonces sabrás que yo también sé todo lo que fuiste capaz de hacer.

—Es verdad y me arrepiento.

De pronto se vuelve comprensivo y cariñoso.

—No sé qué te habrá contado Laura, pero te puedo asegurar que no hay nada entre nosotros.

—Estuvisteis aquí, en Baliarrain. ¿Cómo fuiste capaz?

—Está bien, está bien, no fue una buena idea. Pero entiéndeme, Laura desapareció de un día para otro. No se corta por teléfono con alguien con quien además te une una amistad de toda la vida. Quería decírselo cara a cara y me pareció más discreto que nos reuniéramos ahí.

—¿Más discreto?, ¡si aquí te conoce todo el mundo!

—Fuimos discretos, no nos vio nadie.

Se me escapa otra vez un «¡Dios mío!».

—Venga, venga, por favor, espera a que hablemos tranquilamente. Vuelve a casa, llevas ya casi una semana fuera.

—Me quedará solo un par de días más.

Y cuelgo más confusa de lo que estaba antes. Esperanza. Xarmanta habló de esperanza al saber por Eufemia que la herida del Tío Tomás no era mortal. Quizás

Laura se quiere vengar. Quiere hacerme romper con Peio. Sin embargo es verdad que Peio sabía lo que yo había hecho. Entonces se me ha calentado el alma, una idea tibia me ha templado los nervios. Peio, cuando se enteró de lo que yo había hecho, no me reprochó nada, porque me quiere y entendió que yo había actuado empujada por el dolor y los celos. Y ahora he dejado de sentir miedo, siento yo también una cierta esperanza e intriga. Quizás me he equivocado en todas mis suposiciones. Tengo que pensar, que pensar...

Peio quiere que vuelva a casa, pero aún hay algo que debo hacer y que también me asusta. Sé que el último de estos manuscritos está escrito por mi madre y que ahí se me desvelarán todos los misterios familiares que, poco a poco, a medida que crecía, empecé a intuir. En casa de Laura no había secretos y Laura aceptaba a su extraña familia con una naturalidad que me dejaba sorprendida, aunque, como supe después, la procesión iba por dentro. El amante, el padre, los abuelos perpetuamente borrachos, formaban parte de su círculo cotidiano y acabaron formando parte del mío. Después de un tiempo de ir a casa de Laura, a mí tampoco me extrañaban aquellas relaciones tan raras. En aquella época yo pensaba que en mi casa no había nada que esconder, todo se ajustaba a las normas establecidas. Nunca me pregunté cómo una mujer como mi madre se había casado con un hombre honrado y bondadoso, pero de tan poco carácter como mi padre. Nunca me pregunté nada, hasta que un día se paró un Mercedes negro delante de casa y, ayudada por el chofer, bajó una señora muy elegante. Yo la vi desde la ventana y avisé a gritos a mi madre cuando sonó el timbre de abajo, la señora estaba llamando a nuestra casa. La *ama* vino por fin a la ventana y vio lo que yo veía. Entonces se puso muy nerviosa, se quitó el delantal, estaba cocinando, se arregló el pelo y me mandó a mi cuarto con orden de no salir. Nunca la había visto así de nerviosa. Hice como que obedecía, pero dispuesta a escabullirme hasta la sala en cuanto no me vieran. Mi madre abrió la puerta y un olor rico a perfume caro se extendió por toda la casa.

Y me escabullí y vi y oí.

La señora echó una mirada despectiva por la habitación y suspiró.

—Te merecías algo mejor que esto.

La *ama* no contestó.

Luego, con la misma cara de desaprobación, miró a mi madre.

—Estás muy desmejorada.

La *ama* sonrió.

—Supongo que no has venido hasta aquí para echarme estas flores.

—Tienes razón.

—¿Qué quieres?

—Se está muriendo.

Silencio.

—Pregunta por ti.

—Ahora ya es tarde.

—Quiere verla.

Mi madre se levantó, parecía indignada.

—¡Que la deje fuera de esto!

La señora se secó una lágrima con un delicado pañuelito lleno de bordados que salió de su bolso como una paloma blanca y que perfumó intensamente la habitación y el escondrijo donde yo estaba.

—Quizás tengas razón.

—Iré a verle.

—Gracias.

Las dos se pusieron de pie.

Y entonces la *ama* me llamó.

Asustada, porque creía que me había descubierto, entré en la sala más roja que un tomate.

La señora se acercó, me miró un rato, que a mí me pareció muy largo, y me acarició la mejilla.

—Eres muy guapa.

Luego me besó y se despidió de mi madre. Corrí a la ventana para ver el Mercedes, que salió majestuoso y sorteó con elegancia la esquina.

La *ama* me llevó al sillón y me sentó sobre sus rodillas.

—Nos estabas espiando, ¿verdad? No estaba enfadada.

—Un poco.

—Sabes que eso no está bien.

—¿Quién es esa señora?

—Una amiga de hace mucho tiempo.

—Pero es mucho más vieja que tú.

Se rio.

—La verdad es que sí.

—Yo te veo muy guapa, no como ha dicho esa señora.

Me abrazó riéndose.

—¿Y de quién hablabais?

—De otra amiga.

—¿Yo la conozco?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Venga, basta ya de cotilleos, déjame, que tengo que preparar la comida.

Aquella escena se me olvidó, o yo creía que se me había olvidado, porque un tiempo después vi a la *ama* llorando, y cuando me acerqué para preguntarle qué le

pasaba, se secó los ojos y me ordenó que no le dijese al *aita* que la había visto llorar, entonces, no sé por qué, me acordé de aquella señora misteriosa. Después, de vez en cuando, me volvía a acordar, y siempre que le preguntaba a mi madre por aquella visita tan rara cambiaba de conversación. Así pasaron los años. Hasta dos días antes de morir. Entonces, casi sin voz, me habló de estos manuscritos y del último, que lo había escrito ella para mí. Me dijo que ahí me contaba la verdad sobre aquella visita que tanto me había intrigado de niña y sobre otras muchas cosas que quería que yo supiera, pero me hizo prometer que iba a leer los manuscritos en el orden en el que estaban guardados. He cumplido mi promesa y ahora que me voy acercando al manuscrito de mi madre, no sé si lo quiero leer.

Siento curiosidad y miedo.

Xarmanta bebió un trago largo de aguardiente, pensó, «Bebe igual que un hombre» y Eufemia movió la cabeza con desaprobación.

—Deja el aguardiente, así no vas a solucionar nada.

—Es que no lo puedo comprender, ¡ha sido de la manera más tonta! ¡Un rebote de bala!

Y Eufemia preguntó:

—¿Dónde está ahora el General?

—En Zegama, en casa de su hermana. Doña Pancracia, su mujer, y sus hijas viven exiladas en Francia.

—Pero de Bilbao a Zegama hay un buen trecho, ¿cómo ha llegado hasta ahí?

—Le transportamos por la carretera, con cama y todo, a hombros de doce soldados. La verdad es que hemos pasado mucho calor.

—Este dichoso viento sur nunca trae nada bueno.

Eufemia sacó el abanico y empezó a abanicarse con tal brío que parecía que estaba dando sopapos a todo un batallón de liberales.

—Pero él daba la impresión de estar bien. Durante todo el camino no ha dejado de hablar y de fumar. Tomó chocolate dos veces, diciendo: «Supongo que no podré tomar otra cosa», y el médico, que siempre acompaña a la tropa, le decía que no, que se contentase con eso. Llegamos a Durango ayer a la noche. Habían preparado para acogerle el palacio de Emparanes, que está enfrente del palacio donde se aloja el rey. Todos los ministros le estaban esperando.

A Eufemia se le escapó:

—¡Menuda pandilla de cobardes y de aprovechados!

—Y que lo digas. El Tío Tomás los recibió de mala gaita. Uno de los ministros le preguntó si sentía dolor y él le contestó con sorna, «¿Qué le parece a usted?, una bala me ha atravesado la pierna, así que solo siento un poco de cosquillas».

Eufemia y yo nos reímos, así era nuestro General.

—Cuando se fue aquella panda de inútiles nos dijo: «Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe. Ha sido una pena. Dentro de dos meses no me hubiese importado esta herida, pero hoy ha sido el momento más inoportuno».

—¿Y a qué esperaban los médicos del rey para reconocerle?

Eufemia, que al principio era la más templada de las tres, cada vez parecía más nerviosa.

—Le han reconocido el médico del Estado Mayor, don Vicente González de Grediaga; el propio médico del rey, y un cirujano inglés, don Teodoro Gelos, al que llamamos, Burgess. Ayer tenía un poco de fiebre, sin embargo, dijeron los tres que la herida no era grave y que en dos meses estaría otra vez montando a caballo. Tú también dices lo mismo, pero yo no sé qué pensar, tengo malos presentimientos.

—Te lo he dicho antes, el General se va a curar, espanta esos pensamientos lúgubres.

—Ya. Los dos médicos no se ponen de acuerdo sobre si hay que sacarle o no la bala que tiene incrustada en la pierna. Han decidido esperar antes de tomar una decisión para ver cómo va evolucionando.

Eufemia, entonces, me dejó sorprendida, pues, con toda naturalidad, tomó un buen trago del aguardiente de Xarmanta y dijo indignada:

—El uno por el otro la casa sin barrer.

—Por eso os digo que no estoy tranquila. Además, no le han hecho ni una miserable cura. Encima él es muy mal enfermo, odia los medicamentos, y ni siquiera me ha dejado que le ponga una venda o un bálsamo samaritano de vino y aceite.

—¿Qué tal ha dormido?

—Mal, ha estado muy inquieto y ha dormido muy poco. Le hemos velado a turnos los dos médicos y yo durante toda la noche.

—¡Pobre don Tomás!

A Eufemia el aguardiente la estaba poniendo blandita.

—Cuando llegamos a Durango, a las seis, vino el propio don Carlos a verle y estuvieron hablando durante un buen rato. Luego leyó y firmó varios documentos. Y por fin ordenó que le trajéramos a Zegama, a casa de su hermana, y que yo fuera a buscar a Petriquillo para que le vea la herida.

Eufemia movió la cabeza con aprobación.

Yo entonces no sabía quién era aquel Petriquillo, pero, por desgracia, poco después conocí toda su historia. Se llamaba José Francisco Tellería Uribe. Había nacido en Zerain, en el caserío Arene. Trabajaba de pastor con su padre, que le enseñó muchas cosas sobre plantas medicinales y también le enseñó anatomía y hasta cirugía. Durante la guerra de la Independencia, había asistido a los batallones gipuzkoanos de don Gaspar de Jauregi y ahí conoció al Tío Tomás, que sabía cómo trabajaba y tenía mucha confianza en él.

Pero Xarmanta seguía contando.

—Ayer pasamos por Ormaiztegi, su casa. Y nos dijo que en todos estos años solo había estado allí tres veces. Una vez durante la derrota de los liberales, el día 3 de enero, cuando corrimos a toda velocidad en su persecución; otra después de la derrota de Espartero, la rendición de Ordizia y la evacuación de Tolosa, cuando avanzábamos hacia Bergara; y la última, ahora, echado sobre una litera.

—¿Y Petriquillo?

—Ha examinado la herida y dice que no hay que extraer la bala, le ha puesto unos emplastos en la herida y parece que le alivian el dolor, pero no sé, está tan lívido, tan demacrado...

—Hija, tú ya no puedes hacer nada. Ahora descansa aquí y mañana iremos a Zegama, quiero saludar al General y ofrecerme a su hermana por si necesitan algo.

—¿Y yo?

Lo mío fue un grito, tenía que volver a ver al Tío Tomás, entonces casi recordaba solamente sus extrañas patillas.

—Tú también vendrás con nosotras.

Eufemia se levantó y cogió un quinqué, dirigidas por aquella luz, como raras mariposas nocturnas, nos fuimos a nuestros cuartos. Xarmanta cayó como un fardo sobre la cama, agotada por aquellas jornadas tan duras, y Eufemia creo que también, empujada por el sopor que produce el aguardiente. A mí me costó dormirme. El saber que iba a saludar a nuestro General, aunque estuviese enfermo, me excitaba, y anduve dando vueltas en la cama hasta muy tarde.

Bajo el cerezo, mientras leo estas historias, siento curiosidad y miedo, porque ahora sé que todas las vidas pueden guardar terribles secretos. También mi madre puede esconder un rincón oscuro del que yo formo parte. ¿Y yo?, ¿cuál es el mío?, ¿cuál es mi secreto? Si he decidido reencontrarme en la casa de Baliarrain, guiada por el hilo conductor de unas antepasadas que me han traído hasta aquí, tengo que ser sincera. Mi alma, mi espíritu, o como se le quiera llamar, es un panal con un laberinto de celdas, algunas ni siquiera me he atrevido a explorarlas. Pero ahora me doy cuenta de que yo no he llevado las riendas de mi vida, que he sido siempre lo que otros querían que fuese, y ese es mi secreto. El miedo es el rincón más negro y feo que yo escondo, un miedo a ser muy poca cosa, a no ser como aparento, a que los otros descubran mi corazón asustado. Cuando empecé a tontear con Peio, ya lo he dicho, leí un montón de libros de arte, simulado una gran pasión por los temas que a Peio de verdad le apasionan; quería gustarle, fui una discípula modelo, me convertí en lo que sabía que Peio quería que me convirtiera..., entonces, ¿quién soy yo? Eufemia, Xarmanta, siguieron su camino, fueron valientes y aceptaron el reto del error, de la equivocación, que nos descubre la verdad, pero yo no. Ahora creo saber que mi amor

por Peio puede ser solo una pantalla. Soy un parásito que se alimenta de los éxitos del otro, si él se va, yo no soy nada. Por eso he sido tan ruin, por eso he perdido mi dignidad. No he querido mirar, no he querido tropezarme conmigo misma y verme en el espejo de la madrastra de Blancanieves, que me diría con la voz de Laura, «Querida, tú no quieres a Peio, tú le necesitas, sin él no eres nada», y tendría razón. Supongo que es demasiado fácil achacar mi inseguridad a la presencia de una madre fuerte, como era la mía. Supongo que echar balones fuera es lo primero que se nos ocurre cuando lo que vemos no nos gusta. Y ahora sé que, durante mucho tiempo, me he defendido diciéndome a mí misma, de esa manera extraña y sin palabras que es como nos habla el corazón, que la culpable de mis inseguridades era ella, la *ama*, que yo soy como mi padre, más sensible, más delicada, en definitiva, más débil, aunque nunca haya llegado a formular ese final. Si no hubiese ocurrido lo que ha ocurrido, si Peio no me hubiese engañado con Laura, me habría muerto sin descubrir mi propio engaño. Pero Peio me ha engañado y hay algo dentro de mí que ahora me empuja a vencer el miedo. La conversación con Laura me ha dejado desconcertada. Si soy sincera tengo que admitir que ha transformado parte de mi dolor y mi rabia en extrañeza, en curiosidad. Está pasando algo que en ningún momento he imaginado, que ni siquiera lo he intuido. He encontrado unos raros pendientes, una Laura misteriosa quiere hablar conmigo y, de repente, me siento valiente para bucear en mi alma. Eufemia, Xarmanta y Mirari me han mandado una señal. No sé, tengo la impresión de que, de pronto, estoy en un momento especial de mi vida, que otro yo quiere nacer dentro de mí, que algo me empuja a descubrir mi verdadero personaje.

Recuerdo una conversación con la *ama* unos meses antes de nuestra boda. La elección del vestido se había convertido en un problema. Y cuando me dijo que yo no estaba buscando algo que me gustase a mí, sino que buscaba algo que les gustase a Peio y a su madre, en lugar de admitir que tenía razón, me eché a llorar desconsoladamente y en aquel momento la odié con toda mi alma. Era verdad. Pienso, y creo que no me engaño, que yo he intuido en la relación de Laura y Peio la encarnación de la inseguridad que me ha acompañado siempre, ellos han representado para mí mi particular auto sacramental. La nube oscura, que tenía escondida en un rincón oscuro del alma, se ha escapado reencarnada en desamor, y ahora me toca o derrumbarme o aceptarme alejada del drama. A mis años ha llegado el momento de saber quién soy, qué quiero hacer de mi vida.

Cuando me despertaron para ir a Zegama estaba profundamente dormida. Pero enseguida me acordé de que íbamos a ver al Tío Tomás, y salté de la cama y me vestí en dos segundos. Aunque protesté, me obligaron a desayunar y, poco después, nos pusimos en camino.

La casa de la hermana del General es bonita, hasta señorial, no llega a ser un

palacio, pero es un caserón con hermosas ventanas de rebordes de piedra de sillería. La casa está cerca de la plaza de la iglesia de San Martín de Tours y hay que cruzar un pequeño puente para llegar a ella. La verja y el pequeño jardín de la entrada, cuando llegamos, estaban llenos de gente y custodiados por granaderos. Enseguida los granaderos saludaron a Xarmanta y le dijeron que el Tío Tomás había pasado buena noche, así que entramos contentas por las buenas noticias.

La hermana de Zumalakarregi salió a recibirnos en cuanto supo que Eufemia estaba allí. Era una mujer menuda, nerviosa, pero muy agradable. Detrás de ella estaban un niño, más o menos de mi edad, y una niña más pequeña. Enseguida nos miramos los tres, sabiendo que en aquel mundo de gente mayor estábamos condenados a entendernos. Cuando los mayores subieron las escaleras para ver al Tío Tomás, a mí me palpitaba el corazón. Sin embargo no nos dejaron pasar a la habitación del herido, porque los médicos habían decidido extraerle la bala y en ese momento le estaban operando. Así que nos sentamos en un banco del pasillo a esperar, y yo a escuchar, quería saber si los héroes gritaban, o no, cuando les hacían daño.

Esperamos mucho y, por fin, salieron los médicos y Petriquillo. Eufemia se lanzó al interrogatorio.

—¿Cómo ha ido todo?

Pero ella y yo sabíamos, por la cara que tenían los médicos, que había habido complicaciones.

—Bien, bien, pero no ha sido fácil.

—La bala ha bajado por la pierna, ¿verdad?

Me quedé admirada de los conocimientos médicos de Eufemia.

—Sí.

—¿Entonces?

—Hemos tenido que sajar malamente.

Xarmanta dijo con determinación:

—Voy a pasar.

Y pasaron las dos, yo fui detrás, pegadita a sus faldas.

La habitación era bastante grande, con una ventana que daba a la huerta. En una esquina estaba la cama. El Tío Tomás, medio incorporado sobre un montón de almohadones, sonrió cuando vio a Eufemia y aún más cuando reconoció a Xarmanta.

—Tú también has venido, el hombre más hombre de todos mis hombres.

Luego sonrió por su broma y le tendió la mano a Xarmanta, que ella cogió con ternura mientras se le resbalaban las lágrimas.

—Si lloras, retiro lo que he dicho.

Y mi madre se sorbió los mocos con tal entusiasmo para cumplir la orden, que la hermana del General entró para ver qué pasaba.

Como yo estaba en un rincón y nadie me hacía ni caso, aproveché para mirarlo todo. La cara de Zumalakarregi estaba muy pálida, la nariz era larga, muy afilada, y apretaba la boca como si sufriese un gran dolor. Estaba muy bien afeitado y con las patillas perfectamente arregladas, igual que cuando le vi por primera vez. Se las hubiera acariciado como entonces, pero no me atrevía. Desde mi rincón veía el arcón de nogal que estaba a los pies de la cama, la mesilla con una pequeña aguabenditera de plata y un montón de estampas colgadas de un clavo con cintas de seda. En la cabecera había un Cristo grande y, cerca de donde yo estaba, un Niño Jesús casi de tamaño natural, cubierto con un dosel de raso violeta.

Eufemia me llamó.

—Acércate para que te vea don Tomás.

No sé por qué, me acerqué despacito, procurando no hacer ruido como si estuviera dormido.

—Es Mirari, mi nieta.

Me miró intentando sonreír, pero sus ojos estaban muertos. Fue la primera vez en mi vida que experimenté aquella sensación extraña que me congelaba el corazón, de pronto descubría la muerte en los ojos de quien me hablaba. Desde entonces, cuando descubro esa expresión en unos ojos, nunca me equivoco, aunque hasta los médicos digan que el enfermo está bien.

Don Tomás, como si adivinara mis pensamientos, dijo entonces:

—Los médicos y Petriquillo dicen que estoy mucho mejor, pero no sé...

Y obedeciendo a un impulso me acerqué y le acaricié suavemente las patillas. Entonces noté que se abrasaba y vi que un sudor frío se le escurría por la barbilla y por la frente.

—Mi general, nos veremos pronto en el campo de batalla, y no haremos caso a esa pandilla de inútiles, de cobardes, ni al tonto del... —se calló a tiempo— de don Carlos, que se deja convencer por cualquiera. Solo usted decidirá lo que hay que hacer. *Mecagüen*, todo por culpa de esos imbéciles, de esos hijos de...

Eufemia cortó enfadada aquel discurso, pero fue lo único que de verdad le hizo gracia al Tío Tomás, porque se le escapó un ruido extraño que quería ser una carcajada. Entonces, quizás por aquel esfuerzo, se le torció la boca y se retorció de dolor. Eufemia y su hermana llamaron a los médicos, que entraron precipitadamente y enseguida le dieron opio. Eufemia opinó que las cantidades que le estaban suministrando eran excesivas, que podían matarlo, pero ninguno de los dos le hizo caso. Unos segundos más tarde, Zumalakarregi empezó a delirar. Se creía que estaba en el sitio de Bilbao y llamaba al general Eraso, luego, uno a uno, y por sus nombres, a todo su Estado Mayor. De pronto cayó en una especie de sopor y los médicos dijeron que era un buen síntoma. Todos nos quedamos más aliviados y alguien tuvo una ocurrencia.

—Le mandaremos la bala a don Carlos, será un recuerdo histórico que su majestad agradecerá mucho.

Y Xarmanta, si no la sujetamos, por poco se le lanza a la yugular a los gritos de, «¡¡Qué recuerdo histórico, ni qué niño muerto!! ¡¡Todo ha sido por su culpa!! ¡¡Que le metan la bala por donde le quepa a su majestad!!».

En aquel momento el General recuperó la consciencia.

Se hizo el silencio para escuchar lo que decía. Después de la buena noticia de los médicos, yo pensé que igual quería algo de comer, y se me ocurrió que le podían dar lo que a mí más me gustaba, la *mamia*^[7] que hacían Antxoní y Eufemia, y que yo acompañaba con montones de azúcar, pero, sin revolver, para que entrase enterita y bien cuajada en la boca.

Pero no fue así.

Con una voz que apenas se oía, el General nos dijo:

—Me estoy muriendo, haced lo conveniente al caso.

Xarmanta, que sabía que aquel «lo conveniente al caso» era la fórmula militar para que se organizara todo lo relativo a los últimos sacramentos y las últimas voluntades, se acercó a la cama del moribundo y le pidió, por favor, que no se muriese, pero todos nos dimos cuenta de que se moría sin remedio.

Enseguida entró el párroco, puso el oído junto a la boca de Zumalakarregi y escuchó una brevísima confesión, que fue suficiente para absolverle los poquísimos pecados que podía tener, como dijo su hermana, y todos estuvimos de acuerdo. Después entró el escribano y le preguntó por su última voluntad.

—Dejo mujer y tres hijos, que son los únicos bienes que poseo. Nada más tengo que poder dejar.

Y era verdad.

Y luego, dio la orden de que le llevaran el viático.

En cuanto se supo lo que estaba ocurriendo todo el pueblo llenó la casa. Se fue el párroco y volvió un poco después con el viático y otros curas. El acto fue solemne, patético y emocionante. El Tío Tomás recibió la comunión y, como si hubiera aguantado las fuerzas solo para aquel momento, enseguida cayó en una inconsciencia que le hacía parecer ya muerto. Todos llorábamos. Las lágrimas y los rezos eran los únicos sonidos que se escucharon aquel día en Zegama.

Por fin, a las diez y media de la mañana, murió el General, nuestro General. Tenía cuarenta y seis años de edad.

Dejó catorce onzas de oro a los sirvientes de su casa. A su viuda no le dejó nada, porque no tenía, estaba acostumbrado a repartir la paga entre sus hombres. También encontramos una pequeña caja en donde guardaba los planes de batalla para continuar la guerra.

Eufemia y Xarmanta supieron muy pronto lo que querían. Pelearon con la vida para cumplir con su destino. Las dos fueron mujeres solas, fuertes y valientes. Zumalakarregi también. Fue un héroe. El Tío Tomás había muerto como había vivido, luchando por lo que creía justo. Había puesto todas sus capacidades al servicio de unos objetivos, de sus objetivos. Visto desde ahora, se me hace difícil imaginarlo viejo y achacoso, sentado en un sillón con la mirada perdida.

Sin embargo, yo todavía nado a la deriva, llena de confusiones. Me he inventado un personaje para estar a la altura de Peio y de Laura. Me he casado, he tenido dos hijos y, hasta hace unos días, pensaba con absoluta simpleza que estaba llegando al «vivieron felices y comieron perdices». Creía que nuestra relación, la de Peio y la mía, iba a ser tan dulce como el caramelo, hasta que muy ancianitos, como unos amantes de Teruel marchitos y arrugados, volásemos al otro mundo, donde comeríamos esas dichas perdices de los cuentos. Pues no, nada de eso es verdad y, de pronto, al ver mi vida rota en pedacitos, empiezo a pensar que igual no quiero reconstruir el mismo rompecabezas, que igual quiero inventarme un rompecabezas nuevo. Odio a Laura porque me ha quitado a Peio, pero la odio quizás más aún porque ella no dudó, quiso a Peio y estiró su mano larga para atraparlo, como Zumalakarregi se lanzó a atrapar cristinos. Pienso también, y esto no lo he formulado nunca hasta leer los manuscritos, que yo supe antes que Peio y Laura lo que podía pasar entre ellos y que no he hecho nada por evitarlo, porque, en el fondo, he querido que pasase, porque siempre he sabido que yo sola nunca saldría del pozo en donde he estado escondida, porque necesitaba un empujón que me alentase a la acción, y ese empujón podía ser la traición de los dos. Me veo como los asesinos que dejan pruebas sutiles a la vista de la policía, deseando inconscientemente que los cojan. Pero también pienso que quizás no ha sido eso sino el orgullo el que ha hecho que no me diese cuenta de las señales inequívocas que me estaban avisando de que entre Laura y Peio había algo. No he querido reconocer que Peio me engañaba, y menos con Laura, era demasiado humillante. Me acuerdo de una de las múltiples fiestas en casa de Laura. Peio y ella estaban en la terraza, mirando el mar. Yo les observaba, y la silueta de Laura me trajo a la cabeza el cuadro que pintó Salvador Dalí a su hermana Ana María, ella de espaldas, asomada a la ventana y contemplando el mar de Cadaqués. Aquella noche ni siquiera me di cuenta de que Maritxu se me había acercado.

—Hacen buena pareja, ¿verdad?

Y se rio de su gracia, y yo, disimulando, me reí con ella.

Y era verdad, hacían muy buena pareja. Entonces, ¿por qué en aquel momento no me paré a reflexionar, a analizar? Había un montón de mensajes que se escapaban de aquella imagen de una pareja de espaldas contemplando la playa. Los cuerpos estaban demasiados juntos, se apoyaban el uno en el otro con languidez. El perfume de Laura llegaba hasta donde yo estaba, sensual, rico, decía «Cómeme despacito». Peio giró la

cabeza para decirle algo y vi su sonrisa cálida, cómplice. Ella se retiró el pelo de la cara con coquetería, el mechón le rozó a él en la frente como una pluma suave y ligera. Se rieron los dos. Entonces miré a mi alrededor para ver si alguien había visto lo que yo había visto. No, los corrillos de gente andaban entretenidos en sus cosas, hasta Maritxu hablaba sin parar de espaldas a mi intuición. Respiré hondo para borrar lo que me gritaba la realidad que tenía delante y me fui a por una copa...

¿Por qué hasta hoy no he vuelto a recordar a aquella escena? ¿Por qué la había enterrado tan adentro y la había cubierto de polvo? ¿Por qué no había querido reconocer durante todo este tiempo lo que me hacía daño? Sin embargo ahora no me duele tanto y esta sensación nueva y liberadora me asusta, sí, me asusta, sé que si pierdo por fin el miedo, tendré que enfrentarme a una nueva vida.

Y ahora, bajo el cerezo, con este viejo manuscrito entre las manos, empiezo a notar una brisa fresca que suavemente va barriendo las galerías de topo maliciado en donde he escondido muchas cosas. Y es verdad, estoy perdiendo el miedo a sentirme sola a la hora de tomar decisiones. Hago un repaso de estos días en Baliarrain. Aquí me he tropezado con la sorpresa de unas antepasadas valientes que parecen indicarme el camino. Me espera el manuscrito de una tal Casilda, de la que solo conocía su existencia por una foto, y el manuscrito de mi madre, lleno de secretos. La extraña llamada de Laura ha puesto patas arriba los últimos cinco años de mi relación con Peio. También he encontrado unos misteriosos pendientes olvidados. Y me espera además una la fiesta en la que puede que se decida mi futuro. Navego entre dudas en cuanto debo tomar una determinación.

A nuestro General le hirieron el 15 de junio, y nueve días después estaba muerto. Parecía como si el día más largo del mundo hubiera venido a llevárselo, como si los cuernos de las hogueras de San Juan, la noche mágica, hubieran querido acompañarlo en su terrible batalla contra la muerte. Le miré, nunca había visto un cadáver, pero su imagen lívida, su cuerpo lívido en cuanto apareció la muerte, me pareció majestuoso y sereno. Le cerraron los ojos, aquellos ojos castaños y claros de mirar penetrante. Tenía el pelo encanecido. La muerte vino acompañada de un silencio muy grande, el tiempo se había detenido.

Pero la voccecita llorosa de su hermana me despertó de mis contemplaciones.

—Hay que amortajarlo.

Xarmanta hizo que la vida volviera a transcurrir y empezó a dar órdenes.

—Que vengan sus granaderos.

El chaval de unos doce años, que había conocido cuando llegamos, corrió a llamarlos.

Entraron los granaderos y otra vez aquel silencio extraño y el tiempo detenido nos envolvió a todos. Los hombres se cuadraron ante su General, mientras lloraban como

niños. Y Xarmanta, otra vez, convocó a la vida que seguía.

—Traed un uniforme de general.

Uno de los granaderos, negó con la cabeza.

Xarmanta le miró con ira.

—¿Qué pasa?

—No tenemos ninguno.

—Pues id a buscarlo.

Pero los médicos opinaron que no había tiempo, hacía demasiado calor para retrasar el entierro. La hermana resolvió la cuestión, tenía un frac de hacía tiempo del Tío Tomás.

Y ahora la que reventó a llorar fue Xarmanta.

—¡¡Le vamos a enterrar vestido como un mamarracho!!

Eufemia supo consolarla.

—Xarmanta, escucha, él nunca iba de uniforme. La chamarra, la *txapela* y las alpargatas eran las prendas que le gustaba llevar.

—¡Pues le enterraremos con eso!

—No podemos, vino herido y mal vestido, ya no queda nada de lo que llevaba puesto.

Por fin, Xarmanta pareció conformarse y las mujeres echaron a los hombres del cuarto para preparar el cadáver. Yo pedí que me dejaran quedarme con ellas. Aceptaron y puedo asegurar que, desde aquel día, le he perdido el respeto a la muerte. El cuerpo del Tío Tomás, desnudo, tumbado y dócil, no me produjo asco ni miedo. Había sido mi héroe, y lo seguía y lo seguiría siendo. Antes de que empezáramos a lavar el cuerpo me acerqué y le acaricié las patillas. Entonces sentí que él se había ido, pero que su espíritu no se iría nunca.

Xarmanta, con una delicadeza que nos sorprendió a todas, llevó el mando de la operación. Con cuidado lavamos y perfumamos al General. Después le vestimos con el frac. Y entonces la risa de Xarmanta rompió el silencio y nos hizo daño en los oídos.

—Miradle, tenía yo razón, parece un mamarracho, creo que él se hubiera reído mucho al verse con esas trazas.

Xarmanta decía la verdad.

Cuando terminamos llamamos a sus granaderos, que subieron trayendo un ataúd de plomo. Los hombres le colocaron ahí con la misma reverencia con la que nosotras le habíamos lavado, perfumado y vestido. Antes de que cerraran la caja, su hermana le llenó de besos y también Xarmanta. Después taparon el féretro y quedaron en mandar una llave a su mujer, que estaba en Francia con las hijas y todavía no sabía nada de lo que había pasado, y otra al rey.

Cuando el General salió de la casa en hombros de los granaderos hacia la iglesia

de San Martín, una multitud esperaba en silencio. El trino de los pájaros y el ruido del agua del torrente era lo único que se oía.

Luego me contaron que una mujer joven que lavaba en el río, cuando vio pasar el cortejo dijo entre dientes, «Bien muerto está... Mandó fusilar a mi padre», pero yo no me lo creo.

Allí, en un humilde sarcófago, le dejamos descansar.

Después llegaron más rumores. La causa de la muerte había sido una septicemia, pero como la herida que había recibido fue considerada leve, se empezó hablar de que hubiera podido ser asesinado. Aunque yo pienso que el Tío Tomás murió por culpa de los médicos y de Petriquillo, que no supieron poner remedio a tiempo. Petriquillo murió siete años más tarde, el 11 de agosto de 1842. Aquel día volvía de Oñati y la muerte le pilló en la cuesta de Udana, en un lugar llamado, Inunziasa. De él también se dijo que había sido asesinado.

Han pasado cincuenta años desde la muerte de nuestro General. Vivo sola con mis recuerdos en Baliarrain. Eufemia y Xarmanta ya no están. Xarmanta, mi madre, después de la muerte del Tío Tomás, dejó el Ejército, nada la retenía ya allí, consideraba a don Carlos y su corte culpables de la muerte del General. Así que se instaló con Eufemia y conmigo, pero aguantó poco tiempo. Después de unos meses decidió dedicarse al pastoreo. Y allí se fue por los montes, viviendo libre y a su manera. Es lo mejor que pudo hacer. Acabó la guerra, que quedó sellada con el Abrazo de Bergara. Para muchos carlistas, como Xarmanta, aquel acuerdo fue una traición. Xarmanta, de vez en cuando, bajaba de los montes a visitar a Eufemia, hasta que un día ya no bajó más al pueblo, para entonces Eufemia también había muerto.

La historia se cierra. Hoy, 23 de diciembre, trasladan el cuerpo del Tío Tomás desde el cementerio donde lo enterramos al elegante monumento que han levantado en la parroquia. El escultor ha sido Francisco Font. El nieto de don Carlos, el actual pretendiente carlista, Carlos VII, ha delegado su representación en el marqués de Cerralbo. Dicen que va a haber banda de música militar, desfiles y mucha pompa. Pero yo sé que en esta ceremonia solo veré a mi General, a Xarmanta y a Eufemia, los veré igual que entonces, vivos, luchadores, valientes, como eran y como yo los conocí.

He pasado por la iglesia de San Martín de Zegama, hacía tiempo que no iba por allí, de pronto he tenido necesidad de volver a ver el monumento a Zumalakarregi. Al acercarme, primero he ido hasta la verja de la casa donde murió el General. Y como cuenta Mirari, a mí también me ha parecido ver a Eufemia, Xarmanta, Mirari y al Tío Tomás. Después, ya dentro de la iglesia, que estaba sola, he pasado un buen rato delante del enorme mausoleo de Zumalakarregi. Encima de un pedestal hay un sarcófago, y sobre él, la estatua de don Tomás de Zumalakarregi en mármol de

Carrara. Y le he rezado, como si fuera un santo, para que me arengue, igual que hacía con sus soldados, y me dé coraje, intuición y fuerza. Por primera vez en mi vida voy a ser yo, voy a buscarme hasta encontrarme y voy a decidir mi futuro.

Ahora estoy bajo el cerezo. Es primavera, un milagro que hace que la naturaleza rezume vida. Voy a enfrentarme a las tres primeras cosas con las que he decidido empezar la que yo llamó mi nueva etapa: saber qué le pasó a esa desconocida Casilda, leer el manuscrito de mi madre y resolver el enigma de quién es Peio y de quién soy yo.

**Tercer
manuscrito**

*HIRU
DAMATXO*

Leí los manuscritos de mis antepasadas hace muchos años, en los días malos de la posguerra, cuando ya había ocurrido la tremenda tragedia que le costó la vida también a nuestra madre. Pude haber escrito el mío entonces, sin embargo no tenía ánimos para volver a recordar paso a paso lo que nos había ocurrido. Ahora soy vieja, el dolor se ha adormecido, y volver a aquellos años me resulta un ejercicio dulce a pesar de lo que pasó, porque, al pensar en aquellos días, vuelvo a estar rodeada de los míos, vuelvo a verlos tal y como eran, tal y como éramos entonces. La *amona* Mirari fue la última en escribir estas memorias, contándonos la historia de Xarmanta, *la Coja*. Cuando yo la conocí era una mujer muy mayor, tenía noventa y tantos años. Llevaba el pelo, que era tan blanco como una nube, recogido en un moño, y en el cuello, una cinta de terciopelo negro que le daba un aire aristocrático. Al final se quedó ciega, pero nunca perdió su buen humor. Le gustaba mucho cantar y, gracias a ella, aprendimos muchas canciones del bardo Iparragirre. La *amona* Mirari se casó con un primo lejano, otro Idiákez, y hubo que pedir licencia al papa para celebrar el matrimonio. Tuvieron dos hijos. El mayor murió al iniciarse la tercera guerra carlista. Como decía la *amona*, el pobre Prantxisko, su hijo muerto, se ahorró un montón de sinsabores al irse tan pronto de este valle de lágrimas. El otro hijo, Tomás, en honor al general Zumalakarregi, fue nuestro padre. Nuestro padre era un hombre emprendedor y serio que supo aumentar el patrimonio familiar. En Baliarrain conoció a María Luisa Azpiroz, la *ama*. Según nos contaban en el pueblo, nuestra madre no era una belleza, pero tenía un carácter alegre, era dispuesta y trabajadora, y muy *goxua*,^[8] zalamera y cariñosa. Dicen que en cuanto nuestro padre la conoció, le dijo al amigo que iba con él, «Yo me caso con la María Luisa o con ninguna». Nosotras, las tres hijas, nos llevábamos dos años cada una, y luego, cuando nadie le esperaba, llegó Tomás. El *aita* nos llamaba *Iru damatxo*^[9] y solía hacer bromas con esa canción, diciendo que acabaría poniéndonos una tienda en Errenteria. Pero el rey de la casa era Tomás y le malcriamos. Todavía me acuerdo de los besos que le dábamos las tres, uno por escalón, cuando subíamos las escaleras de la casa de la calle San Jerónimo. Y en la calle San Jerónimo nos pilló la guerra, la víspera de salir para Baliarrain, en donde pasábamos el verano. Una guerra, como la que vivimos en el 36, crea brechas profundas, heridas profundas, que tardan mucho tiempo en curarse, si es que se curan. La mañana del sábado 18 de julio nos levantamos con la noticia de un alzamiento militar en Marruecos. Recuerdo perfectamente aquel día. Me despertaron los lloros de la *ama* en medio de una pregunta sin respuesta, «¿Qué va a pasar aquí?, ¿qué nos va a pasar?». Casilda y Coro se habían levantado antes que yo e intentaban consolarla. Cuando aparecí, me dijeron que había empezado la guerra. La noticia me dejó una sensación agri dulce. Nunca había vivido una guerra y me asaltó una curiosidad malsana por saber qué sería eso. Por otra parte, aquella noticia también rompía la monotonía de un día cualquiera, así que lo primero que hice fue correr a la

ventana para ver qué pasaba en la calle, y me decepcioné, en la calle no pasaba nada. Sin embargo sí que pasaba. Poco después llegó el *aita*. Había ido a la fábrica en cuanto se enteró de lo que sucedía. Traía mala cara, pero nos tranquilizó diciendo que estaba todo en orden. La *ama* se calmó un poco y los dejamos hablando en voz baja, como si la guerra fuera un monstruo dormido al que no había que despertar. Casilda, como siempre la más decidida de las tres, dijo que ella se iba a dar una vuelta, quería tomar el pulso a la ciudad, y Coro y yo, aunque teníamos miedo, nos apuntamos a la excursión para no dejarla sola. En el Boulevard nos encontramos con grupos de gente que gritaba consignas contra el Ejército y nos cruzamos con varias manifestaciones que pedían armas para defenderse de un ataque militar inminente. Le dijimos a Casilda que volviéramos a casa y ella nos contestó que se iba a la calle Larramendi, a la sede de la CNT, allí nos enteraríamos de verdad de lo que pasaba. Coro y yo nos quedamos horrorizadas, aquella gente, los anarquistas, nos daban miedo. Pero cuando la vi trotando por delante, tan decidida como siempre, le grité a Coro que se marchara y corrí para acompañarla. Llegamos y, por primera vez, experimenté la angustia que me acompañaría durante los años de guerra. En la CNT el ambiente era de combate. Las calles Urbietta y Sánchez Toca estaban llenas de gente. Nos acercamos a un grupo, un hombre hablaba con autoridad y los demás le escuchaban en silencio:

—Hay unión entre los nuestros, se han dejado a un lado las diferencias ideológicas y tácticas. Los anarcosindicalistas somos una fuerza imprescindible para llegar a la victoria. Los falangistas y tradicionalistas están preparados para la lucha y hay que detenerlos.

Uno que parecía más escéptico preguntó:

—¿Y los nacionalistas?

Un silencio más atento esperó la respuesta:

—Acción Nacionalista Vasca está con nosotros, pero el Partido Nacionalista Vasco todavía está dudando.

—¿Y qué pasa en los cuarteles de Loyola?

En aquel momento una mujer se abrió paso en el círculo y nos informó a todos.

—El cabrón de Carrasco no se decide a salir a la calle con las tropas, pero no importa. El comandante de Estado Mayor, Augusto Pérez Garmendia, que está aquí de permiso, ha dicho que él, como militar y republicano que es, se pone al servicio de la República y de sus representantes para todo lo que puedan necesitar. Así que él va a ser nuestro general.

Y aquel círculo de gente estalló en vivas y hurras por el general Garmendia.

Entonces, la mujer que había hablado se fijó en nosotras.

—¿Qué hacéis vosotras aquí?

La miliciana nos miró de arriba abajo con un cierto desprecio.

—Me parece a mí que sois demasiado finolis para estar entre nosotros.

En aquel momento me di cuenta de que tenía razón, que llamábamos la atención entre aquella gente. Los vestidos a la moda, los zapatos caros, el bolso y las maneras de señoritas nos ponían en evidencia. Pero Casilda estaba muy tranquila y dijo sonriendo:

—Tú eres Casilda Méndez Hernáez, la mujer de la cesta.

Yo me quedé sorprendida y la tal Casilda también.

Nos miró otra vez y preguntó:

—¿Y vosotras quiénes soy? ¿Tú quién eres?

—Yo soy Casilda Idiákez y esta es mi hermana Mirentxu.

Entonces, Casilda se rio con buen humor, la coincidencia del nombre le había hecho gracia.

—¿Habéis venido a colaborar?

—Sí.

Casilda fue rotunda, yo me quedé callada.

—Pues, hala, venid conmigo, hay que montar barricadas. Dicen que el ejército y esos cerdos de la derecha quieren tomar la ciudad. Por cierto, ¿habéis oído hablar de nuestra asociación Mujeres Libres?

Negué con la cabeza, pero Casilda dijo que sí.

—Lucháis por nuestra libertad, para que seamos algo más que animales domésticos a los que hasta se puede mimar, pero siempre dependiendo de la voluntad y el humor del amo.

Al oír hablar así a mi hermana por poco me desmayo.

Sin embargo aquel discurso había convencido a Casilda Méndez, que nos dio el visto bueno.

—Bien, entonces tenemos muchas cosas que decirnos. Ahora vamos a trabajar, que los fascistas están deseando hincarnos el diente.

Y allí estuvimos hasta las tres de la tarde, cargando sacos y haciendo parapetos. Y allí también fue donde Casilda, nuestra hermana pequeña, conoció a Martiniano.

Repaso mentalmente la calle Urbieta, el Koldo Mitxelena, la peatonal de Reyes Católicos y sus bares, la calle Larramendi con el restaurante chino, y me parece que Mirentxu me está hablando de otra ciudad. Ahora es difícil imaginar cómo tuvo que ser aquel 18 de julio que queda tan lejos. Supongo que la sensación de miedo barría la ciudad, porque una guerra se sabe cuándo empieza, pero nunca cuándo acaba. Y supongo también que todo el mundo experimentaba la sensación de estar viviendo un momento extraordinario, como cuenta Mirentxu, que corrió a la ventana para ver cómo era una guerra. Ahora sabemos lo que no sabían aquel día en la CNT. En San Sebastián, los dos militares de mayor graduación eran el coronel León Carrasco y el teniente coronel jefe del Regimiento de Ingenieros, José Vallespín, porque el general

Musiera, el tercero de los mandos de Loyola, ese mismo día pasaba a Francia para irse con los sublevados. Así que tenían razón los de la CNT en levantar barricadas. La situación era muy complicada. Los militantes de los partidos de derechas estaban esperando órdenes para intervenir. Entiendo que Mirentxu, cuando ya se hizo vieja, no sintiera dolor al recordar aquellos días. Volvía a los tiempos buenos en que estaban todos juntos, se reencontraba en el recuerdo con los suyos. Igual que yo ahora, cómodamente instalada bajo el cerezo, al volver a aquel pasado tremendo y trágico revivo una época intensa, que por comparación adelgaza mis problemas y me ayuda a reflexionar sin amontonarme. La historia de estas tres tías abuelas me sorprende. Yo conocí a Mirentxu, una solterona triste que nos acompañaba en verano a la casa de Baliarrain. En invierno vivía en el segundo piso de San Jerónimo. Hablaba muy poco, pero le gustaba cantar y de ella aprendimos las canciones de Iparragirre, igual que ella, como dice, las aprendió de la *amona* Mirari. Mirentxu se pasaba todo el día metida en San Vicente. No sé hasta qué punto su vida estuvo vacía. No lo sé...

Es la hora de la llamada de Peio y sé que llamará con la exactitud de una máquina. Ayer, aunque ya sabe que Laura vuelve, le encontré eufórico. Se rio cuando a través del móvil olfateó mi miedo ante la llegada de Laura. «Todo aquello terminó, ya lo sabes», me dijo divertido. No sospecha que mi angustia va más allá de su reencuentro con Laura y la nostalgia que él pueda sentir de la vieja relación, que soy yo misma la que me estoy cuestionando mi vida y todos estos años de vida junto a él. La figura de esa Casilda decidida que, sin pensárselo dos veces, se presenta en la sede de la CNT, se levanta frente a mí y me señala con el dedo, se ríe de mis problemas de rica; ella se estaba jugando la vida y yo me estoy escondiendo de la vida aunque no corro ningún peligro. Casilda, la valiente. Me intriga qué razones guardaba debajo de su uniforme de chica buena para lanzarse así a una aventura tan peligrosa.

Llegamos a casa muy tarde. Martiniano nos acompañó. Por el camino nos contó la historia de Casilda Méndez. Casilda nació en Zizurkil, en el orfanato de Fraisoro. Era de madre navarra y su familia de origen inca. Era, además, hija de madre soltera. Vivía en el barrio donostiarra de Egia. Durante la Revolución del 34, a Casilda la detuvieron transportando propaganda ilegal y explosivos. Fue juzgada y condenada a veintinueve años de cárcel. La llevaron a la cárcel de Alcalá de Henares para cumplir la condena y de allí salió en libertad gracias a la amnistía que se concedió tras las elecciones de febrero del 36. En cuanto se conoció en la CNT el levantamiento de los militares, Casilda se incorporó al grupo de Liquiniano, otro miliciano, para combatir en la calle. Mi hermana Casilda estaba entusiasmada con el relato de Martiniano y también con Martiniano a secas. Miraba sus brazos fuertes con la camisa remangada, perseguía sus ojos negros y soñadores, sonreía tiernamente cuando sin querer se tropezaban uno con el otro al andar, y supe inmediatamente que estaba enamorada.

La verdad es que, por aquellas fechas, a nosotras, las tres hermanas, nos faltaba poco para convertirnos en unas solteronas. En mi caso puedo decir que estaba casi resignada; anduve un tiempo con un chico que no les gustaba nada en casa, y un día él me dijo agur. Siempre he tenido la sospecha de que nuestro padre tuvo algo que ver en aquella ruptura y que compró con dinero mi soledad, la verdad es que ya no me importa lo que pudo pasar. Coro, la mayor de nosotras, creo que nunca pensó en casarse; era delicada de salud, e incluso habló de entrar en el convento de Santa Teresa del monte Urgull, pero don Ignacio, el médico de la familia, lo desaconsejó rotundamente, así que llevaba una vida plácida, ayudando a la *ama* en casa y olvidada de este mundo. Casilda era la pequeña. Tenía mucho carácter, era guapa y nunca le habían faltado pretendientes de esos que a nuestro padre le parecían unos chicos estupendos porque eran hijos de familias conocidas, pero que a ella no le gustaban. Con el bueno de Josetxo estuvo a punto de casarse y le dejó plantado casi en el altar. Casilda había sido desde muy niña una lectora voraz y un desastre a la hora de coser. Coro y yo sabíamos bordar, hacer nido de abeja, vainicas dobles, incrustaciones simples y dobles, punto de cruz, filtiré, en fin, éramos unas expertas. Sin embargo, Casilda elaboraba unas boñigas primorosas que se confundían con nuevas especies de insectos de origen desconocido. Como el objeto de aquellas habilidades era la confección de nuestro ajuar y adquirir fama de chicas hacendosas y excelentes amas de casa, nuestro padre solía perder los estribos ante los engendros de Casilda, la más guapa de sus hijas y, por lo tanto, la que debería hacer una gran boda. Pero es que además de aquellos desastres, Casilda era inteligente, rápida, respondona, y sabía más de lo que era conveniente para una mujer. El *aita* solía terminar las formidables broncas que le echaba a Casilda con la misma frase: «Acuérdate, las mujeres honradas no tienen historia. Fíjate en la *ama*, ¿cuándo la ves enfrascada en un libro y desatendiendo sus obligaciones? ¡Nunca! Así que deja de leer tanta tontería y prepárate para ser una buena madre y una buena esposa». Pero Casilda siguió leyendo y leyendo. En la Biblioteca de la Escuela de Artes y Oficios, antes de que en 1932 se trasladase al convento de Dominicos de San Telmo y gracias a nuestro primo Jesús Mari, obtenía el alimento suficiente para su hambre de saber. Por eso, cuando rompió el noviazgo con el pobre Josetxo unos días antes de la boda, no me extrañé, y creo que mis padres tampoco, ella estaba hecha para otro tipo de vida. Con la llegada de la República en el 31, los aires de libertad se colaron por las rendijas de nuestra casa. Aunque solo fuera para atacar las leyes nuevas que se estaban dictando, en las sobremesas empezamos a hablar de temas que antes eran tabú, por ejemplo, el sufragio universal, el divorcio, y hasta el libre ejercicio del sexo. Las opiniones de Casilda siempre terminaban por escandalizarnos a todos. Y hubo un día en que la discusión entre Casilda y nuestro padre llegó a palabras mayores. Los obreros de la fábrica habían hecho huelga, eran tiempos revueltos que, aunque no lo sabíamos,

anunciaban ya lo que vendría después. Casilda, lo recuerdo muy bien, defendió la huelga y, en un arrebato, nos echó un discurso sobre plusvalías, esclavitud, clases sociales, en fin, sobre cosas que yo no entendía, pero que pusieron al *aita* al borde de un síncope. Por la noche, ya en la cama, intenté hablar con ella y empecé suave, suave, para que no se enfureciera.

—Deberías no ser tan dura con el *aita*.

—No soy dura, tengo derecho a expresar mis opiniones. Me niego a bajar la cabeza y aceptar como un cordero las ideas que me quieren imponer.

Coro, que escuchaba muy atenta lo que decíamos, intervino.

—Eres demasiado soberbia, el *aita* es el único que sabe sobre esas cosas y sabe también lo que nos conviene.

La delicada voz de Coro me sonó como la explosión de un mortero y tuve razón, porque Casilda se acercó a Coro y con voz estrangulada le empezó a susurrar una barbaridad tras otra hasta que nuestra pobre hermana se puso a llorar. Unos golpes en la pared, pidiendo que nos calláramos, pusieron punto final a la escena. Era Tomás, que no podía dormir con nuestro jaleo. Pero ya con la luz apagada, Casilda, creo que para escandalizarnos aún más, nos dijo:

—Miraros las dos. Tengo treinta años, y vosotras treinta y dos y treinta y cuatro. Nos han robado la juventud. Casi estaba resignada, pero han llegado tiempos nuevos, tiempos de libertad y no pienso desaprovecharlos. En la CNT creen en la unión libre de un hombre y una mujer. Un día iré allí y preguntaré quién quiere hacer el amor conmigo.

Aquella noche, Coro no pegó ojo.

Volviendo a casa con Martiniano, me acordé de aquella escena y comprendí que Casilda había encontrado el hombre que buscaba y que se había enamorado como una tonta de aquel guapo miliciano. Además comprendí que nuestra hermana había descubierto en la CNT la libertad. Llegamos al portal de San Jerónimo y Casilda le invitó a Martiniano a subir, menos mal que él, con buen criterio, no aceptó. Quedaron en verse por la tarde en la calle Larramendi. Entramos y salieron todos en tropel a recibirnos. Mi padre gritaba, Coro y mi madre lloraban y Tomás sonreía burlón. Cuando se calmaron un poco, nos sentamos a la mesa. Todos estábamos en silencio y el *aita* preguntó:

—¿Dónde habéis estado para llegar tan tarde?

—Por ahí.

Pero Casilda, peleona, dijo la verdad.

—En la sede de la CNT.

La reacción del *aita* fue como el ruido de cien obuses reventando al lado de nuestras orejas.

—¿Eso es lo que habéis aprendido en esta casa?! ¡No quiero pensar qué podía

haber pasado si os hubieran reconocido! ¡¿Tú no sabes que alguno de esos nos la tienen jurada solamente por ser dueños de una fábrica?!

Pero Casilda quería guerra.

—Algo les habremos hecho.

Y entonces yo creí que todas las fuerzas del infierno habían decidido celebrar un *akelarre* en nuestra casa. Gritos, lloros, mi padre se puso de pronto de color morado y a punto de darle una apoplejía, Casilda gritaba desafiante consignas políticas que jamás le habíamos oído. Por fin llegó la sentencia final.

—¡Métete en tu cuarto y no salgas hasta que yo te lo mande!

—No, yo no me voy a mi cuarto. Tengo treinta años. Ya es hora de que viva mi vida. He obedecido siempre, pero esta guerra, o lo que sea, me ha abierto los ojos. Quiero ser libre como las milicianas libertarias y nadie me lo va a impedir. Ha llegado el día de la revolución también para mí.

Se levantó de la mesa sin probar un bocado, dio un portazo y se marchó. Y, con el sonido del portazo seco todavía en los oídos, mi padre nos dedicó un mitin que escuchamos sin chistar.

—Nunca me habéis oído hablar de política. ¡Nunca! Solo me importan la religión y los Fueros. Ten hijas para esto, para que se vayan con un bolchevique, no, ¡peor!, con un anarquista de esos que quieren acabar con nosotros. Hasta en la huelga general de octubre del 34, el *lehendakari* Agirre ordenó la abstención, ¡la abstención!, todos sabemos cómo son esos pájaros...

De pronto miró a la *ama*, la apuntó con el dedo y gritó:

—¡Tú tienes la culpa de todo esto, tanto mimo, tanto capricho...!

Pero enseguida se dio cuenta de que estaba siendo injusto, se levantó, se acercó a la *ama*, que lloraba en silencio, y la abrazó. Nosotros también nos levantamos de la mesa y los dejamos solos, creo que los dos estuvieron llorando.

Ahora mismo ha llamado Peio. Puntual como las ganas matutinas de orinar. El tufo a llamada obligada rezumaba por el altavoz del móvil. Hemos vuelto a comentar la vuelta de Laura, pero hoy tampoco ha manifestado ninguna pasión, aunque le he notado deprimido. Enseguida me ha dicho que estaba muy cansado, que hablaremos mañana y me ha colgado. Luego he llamado a los chicos, todo en orden, todo bien, con pocas ganas de que los controle y muchas ganas de que los deje en paz. El manuscrito de Mirentxu me ha sorprendido mucho. Curiosamente conozco la historia de Casilda Méndez Hernáez, la llamaban la Miliciana, pero, nunca, ni por lo más remoto, pude imaginar que la Casilda anarquista hubiera tenido relación con alguien de mi familia. Reflexiono sobre la vida de Casilda y concluyo que la vida puede ser muy dura. Las guerras son siempre muy duras. Las guerras entre los hombres, como la del 36, y la guerra que yo libro en mis entrañas.

Llegó la noche y Casilda no apareció en casa. Había mucha gente en la calle esperando que el coronel Carrasco se decidiera a tomar la ciudad y a apoyar el gobierno de la República. La Parte Vieja estaba llena de comunistas y socialistas. El *aita* volvió a casa y en seguida se dio cuenta de que Casilda no estaba, pero no dijo nada, entonces comprendí que nuestra hermana se había convertido en la innumerable. Según contó, debido a la indecisión de Carrasco, que todavía no se sabía hacia qué bando se inclinaría, se estaban levantando barricadas en las bocacalles que se consideraban estratégicas. Nos sentamos a cenar. Nadie hablaba, solo se escuchaba el tintineo lúgubre de platos y cubiertos. De pronto escuché ruidos, eran los primeros tiros que oía en mi vida. Nos pusimos todos de pie sin decir palabra y el *aita* dijo que iba a bajar a ver qué pasaba, Tomás se fue con él.

En cuanto salió, la *ama* empezó a llorar y a llamar a Casilda, y Coro la acompañó llorando también a moco tendido. Conseguí tranquilizarlas con una mentira a medias. Al día siguiente iríamos Coro y yo a la CNT y convenceríamos a Casilda para que volviera a casa, aunque pensé que eso de convencerla iba a ser difícil. Y entonces aparecieron el *aita* y Tomás.

—Un coche amarillo, con sublevados civiles, recorre la ciudad disparando sobre los grupos de izquierdas. Ahora la gente está intentando entrar en la Comandancia Militar. Los soldados de Artillería han colocado ametralladoras a la entrada de la calle Igentea. No se puede pasar entre el Casino y el Náutico, te comen las balas de unos y de otros.

Mientras mi hermano nos contaba aquello con un entusiasmo infantil, la *ama* y el *aita* hablaban:

—Nos tenemos que ir de aquí, voy a ver cómo podemos salir.

—¿Y Casilda?

La voz de nuestra madre era un ruego. Pero el *aita* se levantó sin contestar y nos mandó a todos a la cama.

Aquella noche no dormimos nada. Hubo disparos hasta el amanecer y Casilda, nuestra Casilda, no sabíamos dónde estaba. Por la mañana nos enteramos de que, en medio de la batalla entre el pueblo y los soldados de Artillería, habían aparecido dos camiones con civiles protegidos por cascos de acero y armados de fusiles de reglamento, apoyando a la tropa. Se dijo que eran requetés.

El domingo por la mañana, en cuanto el *aita* se fue con el fin de ver cómo se iba desarrollando la sublevación, Coro y yo, de acuerdo con la *ama*, fuimos a la calle Larramendi para intentar hablar con Casilda y saber si estaba bien. Salimos. Esta vez no íbamos de señoritas. Unas batas de percal ligeras, que usábamos para ir a la playa, sandalias y nada de bolso. Cuando cruzamos el Boulevard, imaginé la pinta que tendríamos las dos, cogidas del bracete y andando tan deprisa como si nos persiguiese

un toro. De pronto se me ocurrió que podíamos parecer dos monjas, vestidas de seglares, que huían a refugiarse en una casa particular, y aún me entró más miedo. Sin embargo no se oía ningún tiro y la ciudad estaba tranquila. En las bocacalles, las barricadas y las zanjas dejaban el sitio justo para que pudieran circular los coches. En la calle Larramendi había mucho barullo de gente. Estaban trasladando la sede de la CNT al Colegio de los Hermanos Corazonistas, una fortaleza grande y amplia con entrada por Sánchez Toca, y que ocupaba también las Escuelas de Amara de la calle Urbietta. Coro, que no estaba hecha para esos jaleos, temblaba cogida a mi brazo y no dejaba de mirar el suelo. Pero tuvimos suerte. Enseguida vi a Martiniano cargado con dos sillas, y detrás iba Casilda con una máquina de escribir. Nuestra hermana llevaba unos pantalones mil rayas, una camisa blanca y, al cuello, el pañuelo rojinegro de la CNT. Coro se puso colorada como un tomate, igual que si hubiese visto una visión impúdica. Yo me tragué la sorpresa de verla así, pero, igual que le ocurría a Coro, me daba una especie de vergüenza ajena mirarla. No sé, me parecía que iba desnuda con aquellos pantalones..., y que llevaba también el alma limpia y desnuda en la mano, blandiéndola como una bandera. Casilda, en cuanto nos descubrió, vino hacia nosotras y nos abrazó con alegría. Martiniano dejó las sillas en algún lado, se acercó al grupo y nos saludó con un, «¡Salud!», al que contestamos con otro que apenas se oyó, y enseguida le agarró a Casilda por la cintura mientras le plantaba un beso en el cuello. Coro otra vez se puso más colorada que un tomate maduro y miró para otro lado. Yo, igual que antes, hice como si aquello me pareciera lo más natural del mundo, pero no era verdad, estaba escandalizada, envidiosa y asustada. Me fijé en Casilda. Nunca le había visto tan guapa, tan radiante, tan feliz. Y Martiniano nos contó lo que estaba pasando.

—A las siete de la mañana han puesto a Carrasco contra las cuerdas. El comandante Pérez Garmendia ha tomado el mando y está repartiendo entre el pueblo todo el armamento del que dispone.

Le escuchamos con sonrisa de conejo y no hicimos ningún comentario.

Entonces Martiniano se rio, tenía una sonrisa preciosa, y le dijo a Casilda:

—¡Mira a tus hermanas, parece que están en un funeral!

Me recuperé de golpe, realmente dábamos muy mala imagen y le pedí a Casilda que volviera a casa.

—No, no voy a ir.

Presioné:

—La *ama* está destrozada.

—Decidle que estoy bien, que me acuerdo mucho de ella, pero que, mientras la situación no esté estable, no puedo abandonar esto.

Y Martiniano la atrajo hacia sí y le plantó otro beso, esta vez en la boca, tan largo, que pensé que con un solo beso así se podía tener un hijo.

Coro, ante semejante visión pecaminosa, levantó el brazo, pero, antes de que se santiguase, le retuve. En aquel ambiente hubiera sido descortés y, la verdad, era meter un poco el dedo en el ojo.

Entonces un coche se abrió paso entre la gente. Dentro iba Casilda Méndez, que, al vernos, nos gritó:

—¡Subid, vamos al convento de las Arrepentidas!

A Casilda y a Martiniano se les iluminó la cara y enseguida nos animaron a acompañarlos. Pero les dijimos que no, que teníamos que volver a casa. Mientras veíamos alejarse el coche despacito, sorteando a la gente, sentí otra vez mucha envidia y ganas de llorar. Casilda, a sus treinta años, se estaba comiendo la vida a dentelladas. Pasase lo que pasase podría decir que había vivido.

Veo a Casilda y a Martiniano hermosos y felices, inconscientes y valerosos. Imagino su amor. Martiniano orgulloso de su novia, la hija del dueño de una fábrica que ha dejado todo por él y por la lucha por la libertad. Casilda admira a ese hombre valiente y guapo, es fuerte, sus brazos morenos, de tantas jornadas de sol, la cercan y la protegen. Creo que yo también me hubiera enamorado de Martiniano, quizás hasta más que de Peio. Las guerras son tan trágicas y fuertes que potencian los sentidos, que potencian la vida, y hay momentos en los que no se teme a la muerte, como Martiniano y Casilda camino de las Arrepentidas. Supe de las Arrepentidas a través del relato del anarquista donostiarra Manuel Chiapuso. El convento de las Arrepentidas era una institución en la que se encerraba a las chicas «descarriadas». Esas chicas estaban allí por haber cometido un pecado amoroso o cualquier acto que atacase la moral de una sociedad hipócrita. A veces era la propia familia la que las metía en aquel convento para que accediesen a un matrimonio al que ellas se resistían. Según Chiapuso, lo que determinó a la CNT a liberar a las chicas de las Arrepentidas fue una historia de amor. Aquel día se presentó en la secretaría un joven de unos veintidós años, bien vestido y con aire arrogante. Enseguida dijo que era de Hernani y que no estaba afiliado a la CNT ni a ningún otro partido, pero necesitaba que le ayudasen, y sabía que solo los libertarios podían comprender su caso. Su novia había sido encerrada por su propia familia en las Arrepentidas. No querían que se casara con él y le habían buscado otro novio. Tenía que liberar a su novia, Soledad, de aquella cárcel y devolverla con los suyos. Luego sería ella quien decidiese si se iba con él o con el otro. En cuanto Félix Liquiniano y Casilda Méndez se enteraron de lo que pasaba, decidieron acercarse a las Arrepentidas y exigir la liberación de las chicas a punta de pistola. Y eso es lo que hicieron. Como ya he dicho, lo que yo no podía imaginar, cuando leía el libro de Chiapuso, es que una Idiakez, otra Casilda, participó en la acción. El convento de las Arrepentidas estaba en el barrio de Gros, cerca del Txofre, la antigua plaza de toros. Debía de ser un edificio lúgubre, de

piedra, y con todas las ventanas enrejadas. Cuando Félix, Martiniano, y ahora sé que las dos Casildas, llegaron allí, tocaron la campanilla y, después de un rato, vieron aparecer a través de la verja a un viejo jardinero, que se quitó la boina respetuosamente y se ofreció a acompañarlos. Subieron las escaleras de la entrada, que partían en dos un pequeño jardín, y siguieron por un corredor estrecho. Por fin, llegaron a un amplio zaguán. Ahí el hombre les dijo que esperaran y se fue a buscar a la superiora. En seguida apareció la monja. Era una mujer alta, elegante y de carácter. Cuando supo que querían liberar a las chicas, argumentó que las jóvenes estaban ahí por voluntad de sus padres y que, por tanto, ella no podía dejarlas salir del convento. Pero al ver que los anarquistas no cedían, dijo que se las iba a presentar. Los condujo hasta una sala muy grande y aparecieron las pensionistas. Llevaban batas grises, medias negras y alpargatas blancas. Entonces la superiora les contó que aquellas personas las querían devolver a sus casas, porque pensaban que estaban mal en el convento. Después añadió con decisión, «Aquí no se guarda a nadie por la fuerza. ¿Quién quiere marcharse?». Las chicas permanecieron calladas, estaba claro que delante de la superiora no se atrevían a hablar por miedo a las represalias. Entonces el joven de Hernani se acercó a Soledad y le preguntó si quería volver a casa. Ella dijo que sí con la cabeza. Y cogidos de la mano salieron de la sala. El resto de las jóvenes seguían silenciosas y cabizbajas, hasta que Liquiniano se hartó y ordenó a la superiora que los dejase solos con ellas. Y entonces se produjo una escena que imagino que Casilda no olvidaría nunca. Las chicas empezaron a hablar, a contar cómo vivían, a llorar, a gritar, mientras se abrazaban entre ellas. De pronto, se acercó una de las pensionistas y, al ver que ninguno de los anarquistas la reconocía, dijo: «Soy Pepita, la hija de Emeteria, la viuda alegre, como la llamaban en el barrio». La chica tenía mal aspecto, estaba flaca y demacrada.

Félix la reconoció, le dio un abrazo y consiguió tranquilizarla, ahora era libre. Así todas «las arrepentidas» corrieron al almacén para cambiarse de ropa y escapar de allí. Todas menos dos, que dijeron que no tenían dónde ir, y se decidió que trabajarían en los comedores populares. ¡Qué pequeños son mis problemas, a pesar de lo grandes que me parecen!

El lunes y martes fueron días tranquilos, pero sin Casilda. El martes al mediodía llegó el *aita* y nos reunió a todos.

—Nos vamos pasado mañana a San Juan de Luz. Ya está todo arreglado.

Nos quedamos callados y Tomás hizo la pregunta que no nos atrevíamos a formular.

—¿Y Casilda?

Otro silencio más largo puso aún más silencio al drama. Por fin el *aita* habló:

—Mirentxu y Coro irán hoy a decirle que nos vamos, la decisión de venir o no es

solo suya.

Entonces Coro se fue de la lengua:

—¡Yo otra vez no voy allí!

El *aita* nos recorrió con la mirada a la *ama*, a Coro y a mí, con toda la ira del mundo concentrada en las pupilas, era Nosferatu. Luego explotó:

—¡¡O sea que soy el último mono de la casa!! ¡¡No me entero de nada!!, ¡¡de nada...!!

Tomás cortó aquel aria de indignación. La guerra, en solo dos días, había hecho de nuestro hermano un hombre, parecía que el niño mimado había muerto de una extraña y misteriosa enfermedad.

—Por favor, *aita*, no dramatices. Ahora tenemos que estar unidos y mantener la calma. El otro día sabes lo nerviosa que se quedó la *ama* y lo furioso que estabas tú cuando se fue Casilda. Así que Coro y Mirentxu decidieron ir a buscarla. Si te llegas a enterar no las dejas salir de casa. Mira, hoy a la tarde iremos Miren y yo a hablar con ella.

Las palabras y el tono sereno de Tomás nos tranquilizaron a todos. Por fin se decidió que iría yo sola a la calle Larramendi. Una mujer quedaba más desapercibida, porque, si alguien le identificaba a Tomás como el hijo del dueño de la fábrica, podíamos tener problemas.

Cuando salí a la calle me di cuenta de que tenía mucho miedo. El día anterior el miedo de Coro me hacía a mí valiente, pero ahora que no tenía que proteger a nadie ni demostrar a nadie mi valor, me temblaban las piernas y sentía que me iba a marear. Menos mal que los gritos de la gente que estaba en el Boulevard me hizo reaccionar y abortó el ataque de pánico.

—¡¡Las tanquetas ya están en Egia!!

Guardias de asalto y guardias civiles habían tomado el Hotel María Cristina, la casa de La Equitativa, todavía en construcción, además del Gran Casino, el Club Náutico y el Gobierno Militar, que ya estaban en su poder.

Apreté el paso y corrí a la calle Larramendi. En aquel momento, en la esquina de Urbietta con Larramendi, apareció un camión de basura blindado. La ocurrencia había sido de Valentín Álvarez, *el Místico*. En cuanto asomó aquel extraño trasto, la gente le dedicó una gran ovación.

Entré en el sindicato y enseguida encontré a Casilda. Ella, Martiniano, Liquiniano, Universo, Pioroa y Casilda iban a cruzar a toda velocidad el puente de Santa Catalina en un Rolls Royce requisado, querían tantear la fuerza de los rebeldes que ocupaban el Cristina y La Equitativa.

Todo fue muy rápido. No tuve casi tiempo de hablar con Casilda y no la pude convencer de que no participara en aquella locura. Antes de montarse en el Rolls, me gritó que a la noche pasaría por casa y desapareció apretujada y contenta entre los

otros, parecía que se iban de excursión. Desapareció el Rolls y alguien anunció que los rebeldes venían por la calle Urbietta. La gente, y yo con ellos, corrimos a la esquina de Larramendi para ver si era verdad. Y era verdad. Los rebeldes en fila india venían hacia nosotros, agachados, protegiéndose en los edificios. Pero no eran los únicos, por el paseo de los Fueros se acercaba otra columna parapetándose en los árboles. Cuando se acercaron a la calle Moraza empezaron los disparos y los gritos de ¡viva la dinamita!, por parte de los anarquistas. La calle Urbietta estaba llena de humo. En aquel momento, no sé por qué, yo no tenía miedo, simplemente disfrutaba de un espectáculo grandioso y nunca visto. Por fin los rebeldes empezaron a retroceder hasta los jardines del parque de Amara y yo fui andando hacia la avenida para ver el Rolls Royce de Casilda atravesar el puente de Santa Catalina de regreso, una vez cumplida su misión, y poder volver a casa con la seguridad de que no les había pasado nada. Protegida en un portal esperé un rato. De pronto, vi el Rolls que cruzaba el puente a toda velocidad hacia donde yo estaba, parecía el de un conductor suicida. Las balas silbaban intentando detener el coche. Por fin el Rolls llegó a la avenida y yo volví a casa con la buena noticia de que Casilda vendría a cenar.

Leo estas historias desde la distancia, imaginando aquellos días con la tranquilidad de que estoy a salvo. Sin embargo sé que el manuscrito de mi madre me espera. Ahí hay secretos míos que me pueden hacer daño. No quiero engañarme, dilato el tiempo, disfruto leyendo bajo el cerezo estas historias que son para mí una leyenda, que me alejan, me permiten escapar de mi ahora. Cuando Peio y yo nos amábamos, cuando todo parecía que seguía un orden perfecto, el manuscrito de la *ama* hubiera sido un regalo. Mi curiosidad, la curiosidad que me ha acompañado siempre y que me hizo sospechar secretos familiares que me fascinaba descubrir, hubiera cabalgado segura y tranquila, protegida por Peio, que era mi vida, y por tanto, nada de lo que pudiera descubrir me iba a hacer daño. Sería la chuchería que yo devoraría golosamente, que contemplaría desde la torre tranquila donde discurría aquella existencia mía. Pero ahora me inquieta lo que ese último manuscrito me pueda contar. Todo se tambalea. Estoy vulnerable, tan vulnerable que me da risa, una risa histérica. Peio ha recibido la noticia de la vuelta de Laura con una inocencia que me asusta, parece que para él nunca ocurrió lo que ocurrió. Pero, para mí, la vuelta de Laura ha roto mi casa, mi jardín, el rincón donde estaba tan cómodamente instalada. Y recuerdo como los vi amándose, y recuerdo mi chantaje y mi estupidez. Pensé que gracias a mi treta el puzzle de mi paraíso particular se había rehecho. Y ahora, después de cinco años, cuando sé que Peio conoció desde el principio lo que hice y nunca me lo echó en cara, cuando sé que su relación continuó y él fue capaz de utilizar hasta la casa de Baliarrain para engañarme, no entiendo nada. La pregunta sobre quién soy yo se ha desdoblado, ¿quién es ese Peio con el que he convivido durante tantos años y al que

creía conocer? Y ahora reflexiono y pienso que la noticia de mi chantaje a Laura simplemente le ha hecho crecerse frente a mí, ha descubierto de lo que soy capaz por conservarle a mi lado, ha sabido de mi necesidad de él... Pensamientos tristes,... tristes pensamientos que necesito alejar para poder pensarme y poder actuar esta vez con valentía. Necesito enfrentarme a lo que soy y dirigir las riendas con firmeza hacia lo que quiero ser. Quiero ser igual que Casilda, que se zambulló sin miedo en un mundo que ella pensó libre. Las guerras y la cercanía de la muerte nos lanzan a vivir la vida como una fiesta que se puede acabar en cualquier momento. No hay tiempo ni ganas de matar el tiempo, esto solo sucede cuando los días son iguales unos a otros y se nos escurren invisibles entre los dedos, cuando el hastío vital es tan grande que todos los días son uno, y la suma de esos días iguales forma un gran desierto vacío de emociones. En las guerras, en los momentos dramáticos, en las enfermedades que acabarán por acabarnos, no hay tiempo más que para vivir, todo tiene un valor eterno y universal, se vive con la intensidad de un animal salvaje, ajenos a otra filosofía que no sea las exigencias de nuestro propio cuerpo. En las guerras matamos y morimos por un pobre y engañoso espejismo que da valor a ese matar y a ese morir. Damos todo por la nada. Muertos y más muertos se esconden bajo los cimientos de las ciudades, en las grandes campiñas, en los ríos helados, sin que apenas nos acordemos ya de por qué murieron y qué defendieron.

Llegué a casa y me miraron como si yo sola me hubiera enfrentado a un ejército de hunos con Atila a la cabeza. La noticia de que Casilda venía a la noche puso a todos de buen humor. Seguro que la convencerían para que dejase esa locura; si quería libertad, en Francia tendría toda la del mundo. Pasó la tarde entre preparativos de viaje. Solo podíamos llevar una maleta. Las joyas de la *ama* y el dinero, que el *aita* había conseguido reunir, los cosimos a la ropa interior que llevaríamos puesta. El ruido de los «pacos», entonces se llamaban así a los tiros, que se escuchó durante toda la tarde no nos sobresaltó. Estábamos contentos de poder escapar. Llegó la noche. Tomás salió a tomar un poco el aire y trajo noticias. El Casino, el Náutico y el Gobierno Militar estaban silenciosos, habían sido abandonados por los rebeldes. Pero el Hotel María Cristina se había convertido en una fortaleza. En los primeros momentos del alzamiento, los rebeldes del Cristina habían conseguido hacerse con algunos prisioneros. Había que acabar, pues, con aquel enclave enemigo. La noche anterior se había lanzado un ataque sin ningún éxito. Varios de los camiones de basura blindados, como el de Valentín Álvarez, recorrieron la calle Oquendo aplastando a los muertos que estaban tirados en la carretera y disparando contra los rebeldes que defendían el edificio. Los rebeldes estaban rodeados, pero la verja de tres metros de altura que cerraba el hotel era imposible de franquear. Decían que el Frente Popular había hablado con los sublevados por teléfono para que se rindieran y

que se los había amenazado con quemar el hotel, pero no había habido éxito, los de dentro cortaron el hilo telefónico y se perdió el contacto. De lo que pasó después nos enteramos más tarde. María Luisa Bilbao, una vigilante de Telefónica, tomó una decisión heroica; ir a parlamentar con los rebeldes, y Casilda decidió ir con ella. Acompañadas por un teniente de la Guardia Civil y dos números, montaron en un coche requisado por el Frente Popular y se dirigieron al Cristina. Al llegar a la entrada del hotel, el coche se paró, y Casilda y María Luisa bajaron y se acercaron a la verja. Los disparos cesaron, pero ninguna de las dos pudo convencer a los sublevados de que se rindieran. Entonces, cuando ya volvían al coche, sonó una descarga y Casilda cayó sin vida, nadie supo nunca de dónde salieron los tiros mortales. María Luisa corrió a socorrerla, pero todo fue inútil, estaba muerta. Después los de dentro tomaron una medida extrema y cruel, pusieron a los prisioneros en las ventanas y delante la verja para que no les disparasen. A continuación, empujados por la rabia, los anarquistas y otros empezaron a rociar con gasolina el edificio y a lanzar también botellas llenas de gasolina, seguidas de algodón inflamado. Hubo un gran tiroteo y, por fin, los rebeldes se rindieron.

Estaba la cena preparada y sonó el timbre. Nosotros no sabíamos nada de lo que había ocurrido y salimos todos a la puerta a recibir a Casilda. Pero el que apareció fue Martiniano. En cuanto le vi, supe lo que había ocurrido. Martiniano pidió hablar a solas con mi padre y con Tomás, los dos hombres de la casa. Nosotras nos fuimos a la cocina y empecé a preparar tila para la larga noche que nos esperaba. Cuando volvieron el *aita* y Tomás, no tuvieron que decir nada, Tomás tenía los ojos llorosos y el *aita* una palidez que asustaba. La *ama* lanzó un grito y cayó al suelo, Martiniano nos dijo que iban a traer a Casilda a casa.

Nunca he escuchado un silencio tan espeso, tan invasor, como aquel cuando nos comunicaron la muerte de Casilda. El *aita* nos dijo muy bajito que se iba a buscar al *aita* Juan Mari, más que cura, amigo de la familia. Él nos había bautizado en San Vicente, había celebrado nuestra primera comunión y había asistido en sus últimos momentos a la *amona* Mirari. Salió nuestro padre de la habitación y Tomás corrió detrás para acompañarle, el *aita* andaba como un muñeco autómatas y, de vez en cuando, se tambaleaba como si estuviera borracho. Cuando se fueron nos quedamos con aquel silencio y con el quejido de nuestra madre, que se balanceaba rítmicamente acurrucada en la banqueta de la cocina. La llegada del *aita* Juan Mari hizo que la *ama* rompiera a llorar y dejara aquel gemido contenido y continuo, que se me estaba incrustando en las sienes.

Entonces, se restregó los ojos y nos dijo con voz clara y fuerte:

—Cualquier madre sabe, digan lo que digan, que la muerte en la guerra, en cualquier guerra, de un hijo o de una hija como mi Casilda, no sirve para nada. ¿Me entendéis?, ¡para nada! Por eso yo no voy a consolarme jamás.

Las palabras de la *ama*, dichas en un tono que nunca le habíamos oído, nos dejaron a todos silenciosos y pensativos. Pero enseguida oímos un coche que llegaba y ruidos en el portal, traían a Casilda. Martiniano iba a la cabeza de los hombres que llevaban el féretro, intentando, sin éxito, que no chocase contra las paredes de la escalera, lo que producía golpes secos y juramentos. Entraron por fin en casa y colocaron la caja en el suelo del comedor. Cuando abrieron la tapa, Casilda descansaba allí, blanca, fría, con una pequeña herida oscura en la sien. Llevaba los pantalones mil rayas de la mañana, la blusa blanca, el pañuelo rojiblanco y estaba descalza, había perdido las alpargatas en alguna parte. Cuando mi padre la vio así vestida, nos gritó a Coro y a mí que le pusiéramos algo decente, «Mi hija no es una cualquiera» y, mirando con odio intenso uno a uno a los milicianos, continuó gritando: «Vosotros tenéis la culpa de lo que le ha pasado. Ella no debía ir a parlamentar con nadie, solo unos cobardes dejan que dos mujeres arriesguen sus vidas mientras ellos miran escondidos. ¡Cobardes! ¡Salid de mi casa! ¡Dejadnos a solas con nuestro dolor!...», y empezó a empujarlos para que se fueran. Martiniano hizo un gesto a los demás y se fueron todos. Casilda volvió a ser nuestra.

De Casilda queda una fotografía. Está sonriente, apoyada en la barandilla de La Concha. Tuvo que ser un día de verano, porque el mar del fondo está lleno de bañistas. De niña me gustaba mirar esas fotos viejas, pero pasaba siempre de largo por las hermanas solteras del *aitona*. Para mí, ya lo he dicho, habían nacido viejas, llevaban peinados extraños, aunque fuesen jóvenes, y ropas que me parecían también extrañamente lejanas, olían a polvo. El *aitona* jamás dijo nada de esta hermana. Sin embargo sí me enteré, porque los escuché cuando creían que andaba distraída jugando, de que mi bisabuelo culpó siempre a la CNT de la muerte de Casilda y de su propia mujer. Mientras estaban en San Juan de luz, un día les llegó la noticia de que una hermana de la bisabuela, que vivía en Altsasu y que estaba casada con un carlista, había sido detenida por los anarquistas y trasladada a un barco-prisión de la ría de Bilbao. Las condiciones de los presos en aquellos barcos fueron inhumanas. He podido comprobar que lo que me contaron entonces era verdad. Al parecer, mientras en las cárceles las familias podían mandar paquetes de comida a los presos, que tomaban el rancho de la prisión si no recibían nada, en los barcos solo comían lo que les llevaran su familia y amigos, y los que no podían recibir esa ayuda pasaban verdadera necesidad. Por eso la derecha creó el llamado Socorro Blanco, para socorrer a los que no recibían nada del exterior. En cada buque-prisión había solo uno o dos váteres y los presos dormían sobre el suelo entre ratas y humedad. La mayoría de las presas políticas que fueron encerradas en esos barcos de Bilbao pertenecían a familias de derechas de los pueblos, muy pocas a las de las ciudades, y la detención se debía a que no habían podido coger a su padre, hermano o marido. Las que estaban

embarazadas no recibían ningún trato de favor. Cuando llegaba el momento del parto las llevaban a la maternidad, daban a luz y a los pocos días volvían con la criatura a la prisión en las mismas condiciones de antes. Algunas acabaron locas. Las matanzas de última hora por parte de grupos extremistas no eran raras, como ocurrió en el barco Altuna Mendi, en donde murió la hermana de la bisabuela. El 25 de septiembre del 36, después de un bombardeo de la aviación franquista sobre una zona de talleres del barrio de Begoña, una multitud furiosa se congregó en la ría y se dirigió en gabarras al cabo Quilates. En cuanto llegaron ordenaron a los presos subir a cubierta y simplemente, a medida que iban subiendo, los fueron asesinando. Durante los tres meses, en que el cabo Quilates funcionó como prisión, fueron asesinadas ochenta y ocho personas. En fin, que no es raro que, como cuenta Mirentxu, la noticia de la muerte de su hermana acabase con la poca salud de la bisabuela, que murió en San Juan de Luz, incapaz de soportar tanta tristeza.

El funeral de Casilda fue en San Vicente y de cuerpo presente. Nuestra familia desde tiempo inmemorial es *koxkera*, o sea, que nos han bautizado a todos en la famosa pila de bautizar, llena de *koxkak*^[10], de la iglesia de San Vicente, la más antigua de la ciudad. Ser *koxkero* es un honor para un donostiarra, porque habla de la pertenencia a la ciudad desde tiempos remotos. Pues el funeral fue allí. Estaba el día nublado y con viento sur. La *ama* no pudo soportarlo y se desmayó. Entre Coro y yo la llevamos a casa. Don Ignacio, el médico, vino a visitarla y nos avisó de que su corazón estaba muy débil. La muerte de Casilda había sido un golpe demasiado grande y el pobre corazón de la *ama* se estaba rompiendo. Después del funeral se hizo el traslado del cuerpo al cementerio de Polloe. Siguiendo la costumbre de entonces, solo fueron los hombres. No hubo coches de caballos con penachos negros, como hubiese habido de no estar en guerra. El cortejo, presidido por mi padre y Tomás, fue detrás de un coche de la funeraria que no sé por qué milagro no había sido requisado. Asistió mucha gente y, sobre todo, hubo muchos curiosos en las aceras viendo pasar el duelo. La noticia de la muerte de Casilda la conocía ya toda la ciudad y sentían curiosidad por ver quién participaba en el entierro de la hija de un empresario que se había hecho anarquista. Cuando el cortejo empezó a cruzar el puente de Santa Catalina para dirigirse a los pies del viaducto de Iztueta, que era donde se despedía el duelo y se quedaban solo la familia y los más cercanos para enterrar al muerto, Martiniano, Casilda, Liquiniano, Chiapuso y un grupo de milicianos aparecieron por el paseo de Francia. Venían a acompañar a Casilda y rendirle los honores que correspondían a una libertaria. Tomás, que vio las pistolas que llevaban, le cogió al *aita* aparte y consiguió convencerle para que no dijese ni hiciese nada, era mejor que el entierro de Casilda transcurriera en paz. El *aita* Juan Mari también ayudó a que nuestro padre se

calmara. Sin embargo ya en el cementerio y en el panteón de los Idiákez, hubo de todo. El *aita* Juan Mari rezó el responso, pero en cuanto acabó, Martiniano y los otros se pusieron a cantar, a grito pelado y puño en alto, *Hijos del Pueblo*. Cuando terminaron, los enterradores, que habían escuchado respetuosamente el himno, se dispusieron a introducir el ataúd en el nicho, y fue entonces cuando del grupo de los Idiákez se alzó una voz que cantó el himno de Oriamendi, el himno del carlismo que se llama así por la batalla que tuvo lugar en el monte Oriamendi, donde las tropas carlistas ganaron a los cristinos en 1837, durante la primera guerra carlista. Bueno, pues si la ceremonia de dar tierra al cuerpo de nuestra hermana Casilda no se convirtió en un campo de batalla fue porque Tomás, el *aita* Juan Mari y Martiniano no quisieron. Por fin cuando los ánimos se calmaron, Casilda pudo descansar en paz.

Dos días después salimos para San Juan de Luz con un agujero muy grande en el corazón. En Donostia se quedaba Casilda. El viaje fue tranquilo, no hubo contratiempos. Poco después murió la *ama*. Cuando la frontera de Francia se cerró el 8 de agosto, sentí el destierro, el vacío del destierro. Los días eran iguales unos a otros. Tomás intentaba animarnos a todos, estábamos lejos de la guerra, pero la guerra se había cobrado ya su parte. Vivimos allí, paseando por el puerto y la calle Gambeta hasta septiembre del 37. Estando en San Juan de Luz tuvimos noticia de los bombardeos de Durango, el 31 de marzo del 37 y del de Gernika, el 26 de abril, un mes después. Llega un momento en que el horror es tan grande, tenemos tal empacho de miserias y de muerte, que nos cuesta sentir dolor. Durango y Gernika colmaron mi vaso y, a partir de ahí, perdí la capacidad de angustiarme o de sentirme feliz por mucho tiempo. Sobre los dos bombardeos nos llegaban noticias contradictorias: los republicanos decían que había sido la aviación franquista, incluso la alemana, la que había perpetrado el crimen, y los sublevados acusaban a la aviación republicana. La única verdad la sabían los muertos. Y en San Juan de Luz seguimos sobreviviendo mes tras mes. Por fin, después de la toma de Bilbao el 19 de junio del 37 y de la caída de Santander el 26 de agosto, volvimos a Donostia. Gracias a la firme oposición de los gudaris, se evitó la destrucción de las industrias bilbaínas. La guerra había acabado en el norte, quedaba ahora un tiempo de silencio y represalias. Como el *aita* no se había significado en ningún sentido, ni antes ni después de la guerra, no tuvimos problemas y la fábrica poco después volvió a funcionar. Coro y yo en aquellos pocos meses nos habíamos hecho viejas de verdad. La salud de Coro había empeorado y no tenía fuerzas para casi nada. Así que fui yo la que sustituí a la *ama*. De ese modo se me pasaron los años callandito. Cuando se casó Tomás, el *aita* ya había muerto. Yo hice de madrina. Tomás levantó la fábrica, es un hombre emprendedor y muy trabajador, pero su matrimonio creo yo que no funciona. Su mujer es delicada y depresiva, mala cosa para un hombre como mi hermano que odia la tristeza. Coro ha ido languideciendo y ya no me reconoce, me llama *ama* o Casilda

y me parte el alma. Los días en Baliarrain son mi único consuelo. Recorro la casa. Me gusta el olor a madera. Me gusta el jardín, me gustan el cerezo, el arce, el olivo y los robles. No sé qué sentido ha tenido mi vida, y me acuerdo de Casilda. Su vida fue corta, pero vivió cada minuto de su revolución personal con tanta intensidad que se le notaba en el brillo de los ojos, en el brillo del pelo, en la suavidad de la piel y en aquella sonrisa abierta y libre que enamoró a Martiniano. Nunca volvimos a ver a Martiniano, alguien me dijo que había muerto en el frente de Oiartzun. También sé que mi vida no ha podido ser de otra manera de la que ha sido. Es inútil inventarse, imaginarnos que somos diferentes a lo que somos. Pude haberme quedado con Casilda el día que la acompañé a la CNT, pero no quise, esa es la verdad, elegí ser lo que he sido.

El *Gernika* de Picasso, grande, desplegando las alas del horror en una sala inmensa, me impresionó el día que fui con Peio al Museo Reina Sofía. El caballo que agoniza, la luz, las caras, las bocas abiertas son un grito que transmite el espanto del momento. Eran las cuatro y media del lunes 26 de abril de 1937 cuando se vio la señal de alarma. Los lunes era día de mercado.

El vigía que había puesto la Junta Municipal de Defensa en el monte Kosneaga para avisar de posibles bombardeos hizo ondear las banderas rojas, señal de amenaza, y enseguida las campanas tocaron a arrebato. Todo el mundo sabía lo que significaba, así que la gente corrió a guarecerse en los sótanos, que se habían habilitado como refugios después del bombardeo de Durango el 31 de marzo. El bombardeo, Operación Rügen, fue obra de la Legión Cóndor y de la Aviación Legionaria italiana. Se dijo que el objetivo del bombardeo era un puente que une Gernika con su barrio, Rentería. Sin embargo eso parece poco probable. El puente era muy estrecho, el río muy pequeño y, sobre todo, ninguna bomba cayó sobre el supuesto objetivo. Un reportaje de George L. Steer, que se publicó el 28 de abril en *The Times* y *The New York Times*, dio la vuelta al mundo. Algunos dicen que Picasso pintó el cuadro después de leer el artículo de Steer. Otros aseguran que Juan Larrea, poeta surrealista bilbaíno y amigo de Picasso, le convenció para que pintara la obra y Picasso la hizo, aunque él estaba interesado, más que en pintar la tragedia de Gernika, en realizar el mural que el Gobierno de la República le había encargado para la Exposición Internacional. Desde París, Emmanuel Mounier, François Mauriac, Jacques Maritain y otros intelectuales también denunciaron el bombardeo. Dos días más tarde entraron las fuerzas nacionales en Gernika y, ante la posibilidad de que los falangistas cometieran un acto vandálico, los requetés, granada en mano, montaron una guardia de honor y protección alrededor del Árbol de Gernika. Tristes guerras, cuando las armas no son las palabras, como dice Miguel Hernández en su hermoso poema. Mirentxu no supo nunca quién había llevado a cabo estos bombardeos, durante todo

el franquismo se ocultó la realidad y se atribuyó al ejército republicano la autoría. Aquel ensayo general de muerte, desgraciadamente, poco después se puso en práctica otra vez durante la segunda guerra mundial. Y continuó en Vietnam, y aún hoy continúa en África, Afganistán, Irak y continuará en lugares que no sospechamos.

Ya no me queda tiempo. El manuscrito de la *ama* me espera. El miedo y la curiosidad me hacen cosquillas en las tripas. Tengo que saber asumir la verdad, sea la que sea. La verdad pasada y mi verdad presente.

**Cuarto
manuscrito**

MARÍA
IDIAKEZ

Ha llegado el momento de contarte toda la verdad. Te preguntarás por qué razón no lo he hecho antes, por qué fui incapaz de hablar mientras estábamos juntas y lo hago ahora, cuando ya me he ido. Sé que algunas preguntas que hubieras querido hacerme se quedarán mudas, claro que lo sé, y espero que aprendas a perdonarme. Pero es que lo que tengo que decirte es doloroso y me costaba recrearlo para ti. Un día, hace ya mucho tiempo, hurgando en esta casa de Baliarrain, encontré los manuscritos que has leído, y esos manuscritos fueron para mí una ventana abierta, una pequeña trampa que me iba a permitir contarte todo lo que debes saber, pero sin esperar tu juicio, sin estar yo delante. Verás, hay dos grandes secretos en mi vida que quizás han influido de alguna forma en tu vida, en tus decisiones. El primero de ellos ocurrió un 27 de octubre, el día que murió mi madre. Su muerte, mejor dicho, lo que ocurrió después, me produjo un gran trastorno emocional. Recuerdo perfectamente aquel día. Era domingo. Soplaban el viento sur, a pesar de que octubre se acababa. Desde la mañana estuve inquieta, nerviosa. Una vaga angustia me persiguió insistente aquel día. Comimos las mujeres solas: tus dos tías, la *amona* y yo. Tu *aitona*, como tantas veces, no estaba. Mi madre no habló nada durante toda la comida, pero a ninguna de nosotras nos extrañó. Ella era así, introvertida, depresiva, a veces nos parecía una extraña. Y eso fue lo que luego más me dolió. Ninguna de nosotras nos preocupamos nunca por saber qué le pasaba. Vivíamos, como sabes, en la villa de Ategorrieta, que nuestro padre compró cuando se casó. En casa había dinero, criados y fiestas. Yo vivía feliz. La tristeza de nuestra madre formaba parte de la familia, igual que los muebles de cerezo del salón, igual que el chófer que nos llevaba a todos los sitios, igual que las doncellas que nos preguntaban qué ropa «van a llevar las señoritas», y enseguida nos la sacaban del armario. Nuestra madre nos parecía triste, sin más, y hasta creíamos que así resultaba más elegante. Aquel domingo el jardín estaba tan melancólico y hermoso como mi madre. Los árboles brillaban rojos, preñados de otoño, había hojas secas por el suelo que acompañaban mis pasos con sus cadencias de papel. Teníamos fiesta en el Tenis y no me apetecía nada ir. Mientras paseaba por el jardín observé mi sombra, larga, larga, igual que un ciprés. Sentí un escalofrío, era de mal agüero. Poco después se abrió la verja y entró nuestro padre en el Mercedes conducido por Marcelino. Me abrazó, quizás más efusivo que otras veces, y entró. A las siete subí con desgana a prepararme para la dichosa fiesta. Me di un baño, que me animó un poco, mientras la doncella me preparaba el traje de chaqueta verde lavanda y la blusa de seda blanca, vaporosa y con una gran lazada en el cuello. Era una fiesta de tarde, así que no se trataba de ir muy puesta. Para terminar, bolsito acolchado Chanel y zapatos también Chanel, los clásicos de puntera de charol. Vino a buscarme Mamen Odriozola en su Florida, un coche pequeño, rojo y descapotable. Cuando dije adiós desde la puerta escuché voces y me pareció oír llorar, pero aquellas escenas que de vez en cuando teníamos que soportar me ponían de mal humor, así que me fui

sin indagar más. Luego, todo empezó a ir bien. En el Tenis charlé, bailé, bebí y hacia las once dije que me iba, no sé, ya tenía bastante, y pedí un taxi. Cuando me acercaba a casa vi que todas las luces del salón, de la biblioteca y de la sala de música estaban encendidas. Y entonces supe que algo había ocurrido. Bajé del taxi y entré. En el salón mis hermanas lloraban. Mi padre hablaba con el doctor Aramendi. Todos los tíos estaban también allí. Enseguida el *aitona* se me acercó y me preguntó dónde me había metido, habían llamado al Tenis, me habían buscado por todas partes. Luego, suspiró, dijo que no importaba y me dio la noticia: «la *ama* ha muerto».

NO te entiendo. Hasta aquí, nada me sorprende demasiado. Dices que la muerte de la *amona* te produjo un gran trastorno emocional. La muerte de los padres, aun siendo muy dolorosa, es una muerte anunciada. Es verdad que eras joven, veinte años no son muchos, pero tú y tus hermanas llevabais una vida, a mi modo de ver, bastante pija: andabais a horario completo entre fiestas, compras, salidas al extranjero, quiero decir que no os quedaba mucho tiempo para echar de menos a una madre que, por lo que me cuentas, vivía en la sombra.

Sé lo que estás pensando. Ahora, como tantas veces, te estás precipitando. Espera, sigue leyendo antes de juzgar.

En una cosa tienes razón, nos hicimos muy pronto a vivir sin la *ama*. Llegó el verano y nuestras actividades pijas, como tú siempre decías cuando te hablaba de mi juventud, se multiplicaron. Sin embargo, un día ocurrió algo que cambió mi vida para siempre. En la playa de Ondarreta nos reuníamos la *crème de la crème* de la sociedad donostiarra. Ondarreta era entonces una playa de diseño. Bar elegante, sombrillas, carpas y sillones de lona, nada que ver con las sillas de madera de la playa de La Concha. Además, el Tenis estaba cerca, con sus pistas y, sobre todo, con su espléndida piscina de agua marina. La aparición de un nuevo veraneante en el Tenis o en Ondarreta suponía poder entrar en contacto con «buenas» familias de Madrid o Zaragoza. Bueno, pues en Ondarreta conocí a Maripi González de Ibarra. Su familia era originaria de Bilbao y aquel año era el primero que se habían decidido a veranear en Donostia. Maripi vivía en una espléndida villa en el monte Igeldo y muy pronto me invitó a ir a su casa. Lo recuerdo perfectamente, fue el 15 de agosto, día de la Virgen. Maripi había organizado un guateque con el pretexto de que podíamos ver desde la terraza los fuegos artificiales. Habría camareros y doncellas, canapés exquisitos, todas las bebidas del mundo y mucha música. Me vendría a buscar al mediodía, yo iba a ir a comer a su casa para supervisar los preparativos. El mar estaba azul, los montes y la isla muy verdes, la arena dorada y no había ni una nube en el cielo. Era uno de esos días en que la bahía está tan bonita que parece de mentiras.

Cuando nos acercábamos me fijé en una villa grande y moderna, me gustó, era diferente a las demás. Y le pregunté a Maripi por los dueños.

—Es de un tal Pedro Idiakez.

Sonreí.

—No, eso seguro que no.

—Claro que es de él, mira el garaje, allí está con su mujer y sus hijos.

El coche de Maripi había sobrepasado la casa y me di la vuelta en el asiento para ver lo que me decía.

—¡¡Para!! —grité.

Maripi dio un frenazo y yo contemplé incrédula como mi padre cogía del hombro a una mujer y hablaba sonriente con dos chicos, más o menos de mi edad y que se parecían a mi padre, a mí y a mis hermanas.

Me disculpé con Maripi por haber provocado aquel frenazo y seguimos hasta su casa. Aquel día de la Virgen fue el más amargo de mi vida. Acababa de enterarme de que tu *aitona*, mi padre, tenía una amante desde hacía muchos años y de que nosotras teníamos dos hermanastros. Pero aún era peor, de pronto, como una flecha envenenada, se me clavó en la memoria un recuerdo. El día que murió mi madre, cuando salía de casa para ir al Tenis, oí los gritos de mi padre y un llanto desconsolado, entonces preferí pensar que no había oído nada, pero ahora estaba segura, después del descubrimiento, de que aquella tarde el *aita* le dijo a nuestra madre que la dejaba. Y entonces, una idea macabra empezó a taladrarme el cerebro, ¿qué relación había entre aquella discusión y la muerte de la *ama*?

Miro el cerezo, su sombra me acoge como un claustro materno. Pienso. ¿Qué me vas a contar? Un caso de violencia de género, desgraciadamente, ahora es un escenario cotidiano, demasiado cotidiano, que me deja siempre con una terrible sensación de impotencia, de dolor, de desgarramiento interior por la injusticia, la crueldad, por la vejación que supone. ¿Es eso? Porque si no es eso, ¿qué es?

Aquella noche intenté disfrutar de la fiesta de Maripi. No había nadie a quien le pudiese contar lo que había visto y lo que había imaginado. Mis hermanas andaban por ahí en sus fiestas correspondientes. Y decidí esperar, empezar a digerir poco a poco la imagen de familia feliz que formaban mi padre y aquellos desconocidos.

Al día siguiente convoqué a mis hermanas a un cónclave. Pero no tuve ningún éxito y mi soledad ante el drama que intuía fue aún más sola. Primero me escucharon en silencio y luego se horrorizaron de lo que oían. Después decidieron que aquella historia era demasiado fuerte para asumirla y concluyeron que, igual, yo no había visto bien, que además el *aita* era un hombre viudo y era lógico que buscara

compañía, que el extraño parecido de los chicos con nuestro padre, y hasta con nosotras, podía ser fruto de mi imaginación, que la discusión el mismo día de la muerte de la *ama* era pura casualidad, les habíamos oído discutir muchas veces, en definitiva, que las dejara en paz, éramos ya mayorcitas para inventarnos una novela.

Sin embargo yo no podía convivir sin aclarar el asunto, así que quedé con mi padre al día siguiente en el Náutico para, como lo llamó él, una agradable comida.

Cuando llegué ya estaba él sentado en la mesa de siempre. Me saludó muy cariñoso, pidió un aperitivo y empezó a charlar de cosas intrascendentes. Las preguntas me quemaban por dentro, pero le dejé hablar hasta llegar a la sobremesa.

Entonces fue mi turno.

—El día de la Virgen te vi saliendo de una villa de Igeldo, ibas con una mujer y dos chicos.

Me clavó la mirada, supongo que para indagar qué sabía yo, hasta qué punto conocía la verdad de su historia.

—Los chicos se parecían a ti, bueno, y también a mí, a nosotras.

Hizo un silencio largo, luego suspiró y sonrió, parecía muy tranquilo.

—Bueno, ¿qué quieres saber?

Frente a su tranquilidad, mi ira, mi rabia era muy grande, pero me contuve.

—Todo.

Parecía que no me había escuchado; pidió un puro, echó una bocanada de humo como un tsunami con el único fin de hacerme desaparecer entre la niebla, o eso me pareció a mí, y vi que se disponía a hablar.

—Está bien. Algún día tenía que ser y ese día ha llegado. Además ya es hora de que os enteréis.

Le miré con cara de interrogación.

—Lo que has visto y lo que has sospechado es verdad. Hace años que convivo con otra mujer. Ella me ha dado dos hijos, dos chicos buenos y trabajadores que estoy seguro de que os van a caer muy bien a ti y a tus hermanas. Sabes que tu madre era muy especial, estaba enferma, siempre depresiva, siempre suspicaz y paranoica. Al principio pensé que yo era el culpable de su muerte, pero luego me di cuenta de que, en la decisión que tomó, yo no tuve nada que ver. Antes o después lo hubiera hecho, conmigo o sin mí.

El corazón me empezó a palpar tan fuerte que pensé que iba a caer fulminada por un infarto. Pero conseguí preguntar.

—¿Qué decisión?

Mi padre suspiró, y me cogió la mano antes de responder, se dio cuenta de que me iba a dar una noticia que yo no sospechaba.

—Lo siento, siempre pensé que te lo habías imaginado, eres la más perspicaz de las tres.

Musité un no, como pude, y le pedí que continuara.

—Aquella tarde discutimos, mejor dicho, le comuniqué a la *ama* que me iba, que nuestra situación era insostenible. Ella me pidió que no la dejara, que no se encontraba bien, que me necesitaba. Lo consideré un chantaje. Junto a ella todo era triste. Vosotras no os dabais cuenta. Vivíais vuestra vida, ya no la necesitabais para nada. Es verdad que yo me había alejado, pero vosotras también. Todos huíamos de ella, de su tristeza, de su permanente angustia. Y esa tarde yo también me fui. Pedí a su doncella, que estaba a punto de salir, que se quedara. La chica aceptó y me fui contento de alejarme de casa. Dos horas después me llamaron. Se envenenó.

—¿Con pastillas?

Se calló, parecía no querer contármelo.

—¿Con qué?

—Con arsénico.

Estuve a punto de gritar.

O sea, que se suicidó con arsénico como madame Bovary. Soportó de una a doce horas de diarreas deiformes, es decir, con forma de granos de arroz, como las describen en Wikipedia: su aliento se convirtió en bocanadas pestilentes con olor a ajo; tuvo náuseas, vómitos, arritmias, hipotensión, convulsiones y, al final, le llegó la muerte. Por lo demás, un clásico eso del envenenamiento por arsénico; fácil de obtener, disponible en las casas gracias a herbicidas e insecticidas. ¡Qué extraño me resulta tener una *amona* suicida! Emma Bovary buscaba desesperadamente un inexistente amor perfecto que diera sentido a su vida, buscaba una vida hermosa en un marco elegante, perseguía un cuento mentiroso y se dio de narices contra una realidad mediocre que ponía más en evidencia su desamparo, su eterna insatisfacción. Mi *amona* encontró el amor que buscaba, pero descubrió que el hombre, aquel hombre que colmaba su vida, huía, miraba para otro lado y se llevaba con él, para otra, para otros, el aire que ella respiraba, así que decidió terminar. ¡Qué raro es todo! No sé, a los hijos les parece que los padres, los abuelos, no tienen vida propia, que han nacido para cuidarlos, para cuidarnos, para estar ahí cuando los necesitamos, para nada más, sí, para nada más. Sin embargo hay mucho más escondido detrás del muro de nuestro egoísmo infantil. Supongo que tampoco mis hijos imaginan hoy lo que nos está ocurriendo a Peio y a mí. Ellos viven su vida, como la viví yo, sin pararse a pensar en ese mundo tan cercano que está ahí desde antes de nacer ellos. En mi caso, el muro opaco que levanté entre mi madre y yo, se alumbraba a veces con pequeños relámpagos, pequeños centelleos que me hablaban de secretos y que yo revestía de literatura. Ahora he sabido una de esas verdades literarias y no tiene ningún glamur, ese suicidio me ha dejado un amargo sabor de boca. ¿Y si la tendencia al suicidio es genética? He hurgado en la memoria buscando algún recuerdo que me responda, que

me diga si alguna vez me he planteado esa posibilidad. Desde luego nunca sería con arsénico. ¿Quizás gas? ¿Abrazando el vacío? ¿Perdiéndome en el mar? Estoy llena de aprensiones. No, no recuerdo la tentación de haberme querido suicidar, pero ¿y mis hijos?, ¿y si es verdad que hay una predisposición genética? He oído que a veces estas cosas se saltan una o dos generaciones. Estoy aprensiva, hipocondríaca. La situación que atravieso tampoco ayuda nada. Camino errante por senderos oscuros que quién sabe hasta dónde me pueden llevar. Me siento identificada con la vida de *mi amona*. Yo, como ella, estoy sola, muy sola. Un día encontré el amor y se me escurrió entre los dedos. La sombra del cerezo ya no es tan protectora. Ahora es una celosía apretada por donde se cuele la luz hiriente del sol. Es la alegoría de la cárcel en donde me encuentro atrapada.

Supongo que te preguntarás por qué no te conté antes esta historia. No tengo que pensar mucho la respuesta. Tenía miedo, esa es la verdad. Tenía miedo de sugerirte una idea que nunca había pasado por tu cabeza. Miedo de que la vida no fuera generosa contigo y tuvieras la tentación de repetir un patrón familiar. Pero ahora sé que has tenido suerte. Has encontrado lo que buscabas, creo que eres feliz y que el saber esta historia no te va a hacer daño...

El manuscrito se me ha caído de las manos y siento una alegría infinita al saber que mi madre nunca sospechó lo que me estaba pasando. Y también siento una tristeza infinita por no haber sido capaz de contarle nada, de buscar las confidencias, las tuyas y las mías. Hemos representado las dos la pequeña farsa que tantas veces se representa entre padres e hijos. Ella me contó un cuento en el que nada feo ocurría, y yo le conté otro que solo hablaba de felicidad. Las dos nos creímos la historia de la otra porque es más fácil vivir cuando todo va bien, porque no soportamos encararnos al espejo de nuestro sufrimiento. Sucumbimos a la tentación de engañar, de esconder las penas. Verlas ahí en la boca, en la mirada de compasión de los otros, es todavía más duro.

Sigue leyendo, que aún no he terminado. Hay otro secreto, otro gran secreto, que debes saber. Quiero contarte esta historia sin ninguna presión, despacio, deteniéndome en los detalles, anticipándome a tus preguntas. Sé que dirás que te quiero engañar o que me estoy engañando, que nadie puede anticiparse a las preguntas de otro, que mi decisión de callar fue prepotente, que te he dejado muda y que no vas a saber más que lo que yo quiero que sepas. Tienes parte de razón, pero aún queda una persona a la que podrás recurrir si no te basta con lo que yo te voy a

contar.

Presiento que después de conocer lo que viene a continuación me voy a sentir herida y me da miedo. Tanto prolegómeno anuncia una catástrofe. Te conozco bien para saber que lo que me vas a contar me va a revolver por dentro, y estoy indignada, tanto que me falta el aliento. ¿Por qué no me lo dijiste cara a cara? Tuvimos tiempo, mucho tiempo, todo aquel tiempo que empleamos en contarnos tonterías que ni a ti ni a mí nos interesaban. Horas enteras hablando de si los niños comían o no comían, del tiempo que iba a hacer, del abrigo que tú o yo nos íbamos a comprar. Hablando de cosas que nos importaban un comino y escondiendo la verdad. Yo no te dije nada de que mi relación con Peio estaba pendiente de un hilo, amenazada por Laura. Seguro que hubieras podido aconsejarme, sabías de esas cosas, habías vivido la experiencia del *aitona*, el suicidio de tu madre. Pero tienes razón, yo también tuve la culpa, para mí solo eras eso, una mujer de su casa que conocía el mundo únicamente a través de la ventana de la cocina. ¡Cuántas cosas hubiéramos podido decirnos! Y ahora que lo sé, me gustaría atraparte y volverte a la vida para recuperar el tiempo perdido, para que me aconsejaras sobre mi situación y para que me contases, no desde la distancia tan grande de este manuscrito, sino con tu voz y con tus gestos, ese gran secreto que dices que me vas a contar.

Venga, no te amontones y escúchame tranquila. Huelo tu indignación. Sigue leyendo. Verás, después del suicidio de mi madre y la sorpresa de la doble vida de mi padre, nuestra vida familiar se hizo añicos. Mi padre empezó a aparecer cada vez menos en casa, prácticamente vivía con los otros, y la verdad es que no le echábamos demasiado en falta. Mi sentimientos hacía él se enfriaron mucho, aunque yo sabía que no era el único culpable de lo que había pasado y que a mí también me correspondía mi porción en aquel pastel siniestro. A veces pensaba que no había ningún culpable, que mi empeño en acusar al *aitona* se debía a los celos, a unos celos escondidos y muy profundos que me llevaban a odiar a aquella mujer y a los dos hijos que le había dado, porque mi padre nunca había escondido su frustración por no tener hijos varones. Esos días me decía a mí misma que las depresiones de la *ama* la hubieran llevado inexorablemente al suicidio, aunque hubiera sido el *aita* un marido fiel y cariñoso, aunque nosotras hubiéramos estado pendientes de ella. Pero lo cierto era que mi sensación de culpa no me la quitaba nadie, y antes de crearme el único verdugo cruel de aquella mala película de terror, prefería echar balones fuera y acusar al *aita* de haber provocado la tragedia. Cosa que en cierto modo era verdad, porque, aunque el suicidio hubiera sido el final lógico en una enferma como mi madre, la actitud de mi padre y la discusión del último día precipitaron el desenlace. En fin,

como te decía, poco a poco empezamos a verle cada vez menos. Las fiestas de Navidad se convirtieron entonces en festejos deprimentes e irritantes. El *aitona* quería ver esos días a sus dos familias juntas. El gran egoísta se manifestaba en todo su esplendor. No se daba cuenta de que la *ama*, nuestra *ama*, ya no estaba y que la presencia de aquella mujer ordinaria, sensual, tan distinta a lo que había sido nuestra madre y que ponía en evidencia lo poco que él la había querido, era muy difícil de digerir a golpe de turrón y un obligatorio todos estamos contentos. Aquella mujer, además, era muy cariñosa con él, le mimaba y él se dejaba mimar. La imagen de mi padre convertido en niño pequeño que exige mimos me resultaba insufrible. Por otro lado, nuestros hermanastros, los pobres, yo creo que no lo pasaban mejor, parecían darse cuenta de lo que sentíamos nosotras, y ver al *aitona* con la servilleta anudada al cuello y diciendo chistes idiotas intentando animar la fiesta tampoco los motivaba nada. Nuestra familia, pues, se rompió. Y entonces fue cuando me di cuenta del poder aglutinador que tenía la *ama*. Aquella mujer delicada, tan triste y tan sola, nos atraía con su debilidad, era capaz de mantener los vínculos que nos unían a ella, aunque ninguna lo percibiéramos mientras vivió. La nueva situación me llevaba muchas veces a reflexionar y llegué a la conclusión de que no fue el egoísmo, o solamente el egoísmo, lo que me apartó de ella. Es verdad que el espectáculo del dolor nos anima a escapar, a aturdimos lejos para olvidar lo que hemos dejado en casa, pero pienso sinceramente que las razones principales que me llevaron a alejarme fueron mi inmadurez y mi debilidad. Reconocer que mi madre no era feliz, intentar que sus relaciones y las del *aita* mejorasen, admitir su enfermedad, en lugar de negarla y decir simplemente que no ponía nada de su parte, me hubiera implicado; así que negué la mayor y hui tranquila, convenciéndome de que, en definitiva, en casa no pasaba nada, de que mi madre era una rara y de que ella solita buscaba llevar aquella vida apartada. Luego me repensaba y llegaba a la conclusión de que yo era una persona muy madura por ser capaz de vivir aquella situación sin que me salpicase, capaz también de admitir que, en un sentido, era huérfana y, sin embargo, lo que sabía llevarlo como una mujer adulta bien formada, a pesar de mi juventud. Y me quedaba tan pancha. Ahora sé que aquel montaje salvavidas que me inventé no era verdad, que no me porté bien, que no estuve con ella, que... Aunque de todos modos, si hice mal como creo, es seguro que he cumplido mi penitencia contigo; es broma, no te sulfures. Acuérdate de cuando te empeñabas en verme déspota, injusta e insoportable, supongo que esa era tu manera de romper las amarras que te unían dulcemente a mí, de acabar de una vez con tu dependencia, lo que ocurría es que más de una vez te pasabas al inventarme de aquellas maneras.

Pues te diré una cosa, creo que tienes razón. Ahora que no estás mi relación contigo, con ese fantasma tuyo con el que charlo a menudo, es más real que nunca, ahora que

habitas solo en mi corazón estoy unida a ti como entonces debía haberlo estado. Al irte te has llevado mi miedo, mi miedo a necesitarte demasiado, a que sin querer me cortases las alas. Es verdad, de algún modo tenía que matarte, como dices, tenía que inventarte distinta, porque reconocer que te admiraba me volvía invisible, temía no llegar nunca a ser yo. Y lo más raro es que actitudes, opiniones tuyas que antes me hacían gritar de indignación, hoy las defiendo con la misma vehemencia que ayer las atacaba ante ti. Es como si de pronto fuera libre para decir lo que pienso, y lo que pienso, aunque entonces te engañase, es muy semejante en muchas cosas a lo que tu defendías, al fin y al cabo, siempre creí que nos parecíamos.

Bien, ya basta de digresiones, voy a contártelo de una vez: el *aita*, tu *aita*, mi marido, no era tu padre biológico. Respira hondo y vuelve a leer lo que te digo: el *aita* no era tu padre. No, no era tu padre, ese ha sido mi gran secreto.

Siempre he pensado que a determinada edad puedes encajar una noticia así. Sin embargo estoy temblando. De pronto el *aita* se me desfigura, todo lo que le he querido, lo que le quiero, aun que hayan pasado más de doce años de su muerte, se tambalea un poco. Todo el mundo me decía que me parecía a él y yo no veía ese parecido. Ahora me doy cuenta de que eran mi madre y mis tías las que se empeñaban en hacerme creer que él y yo éramos iguales, estaban defendiendo su mentira antes de que yo sospechara nada. Mis tías seguro que eran cómplices del secreto. Pienso en mis hijos, ¿se parecerán a ese padre desconocido que acabo de encontrar?, ¿tendrán sus ojos, su boca, su manera de andar? Eso ya no lo sabré nunca. Ves, hay muchas preguntas que te podría hacer y que ni siquiera las has imaginado. Soy una mujer de edad madura, ¿por qué no me lo contaste antes? La excusa de ese miedo de enfrentarte a mí del que hablas no me vale. El asunto era lo bastante grave como para que hubieras vencido cualquier temor. En estos momentos me siento sin identidad, sin familia. ¿Y mis hermanos?, ¿lo saben?, y si no lo saben, ¿me verán distinta, diferente, otra, cuando se enteren? Se me precipitan las sensaciones, los sentimientos contradictorios, la confusión. No ha sido un buen momento para darme la noticia. Pero de eso no te culpo, el mundo feliz que nos contábamos la una a la otra ha hecho que me imaginases preparada para escuchar el secreto, y no es verdad, toda mi vida se tambalea, ¡todo es tan frágil!

En aquella época, supongo que huyendo de una casa vacía, pasaba muchas horas con los Sorozabal. Eugenia, la hija pequeña, era amiga del colegio. Su villa de Ategorrieta estaba pegada a la nuestra. Era un caserón de aires ingleses que recordaba al palacio

de Miramar, con un jardín grande y descuidado, muy romántico. Los Sorozabal eran cultos. Se decía que el padre era masón y la madre presidía todos los jueves unas reuniones literarias a las que asistían señoras de las mejores familias donostiarras. Aquellas reuniones terminaban en cenas sofisticadas cuando después aparecían los maridos. Yo empecé a formar parte de los habituales del grupo y así entré en aquel círculo intelectual de elegidos de los que antes me reía, en fin, que estaba encantada de pertenecer a aquella élite, sobre todo porque entre ellos estaba Ignacio, el hermano de Eugenia. Eran la *gauche divine*, nuestra *gauche divine* local. De ese grupo salió gente muy importante que destacó en el panorama cultural, por ejemplo, Luis Martín Santos, amigo íntimo de Ignacio. Su primera novela, *Tiempo de silencio*, tuvo un gran éxito de crítica, y hubiera sido un gran escritor de no haber muerto prematuramente. Para entonces, nuestro desmantelamiento familiar estaba tocando fondo. Mis hermanas tenían novio y querían casarse enseguida, para dar portazo a la vida pasada y crear sus propias familias. Las dos buscaban con desesperación un hogar cálido donde olvidar aquel en el que nos criamos, tan desangelado y desapacible. El *aitona*, por su parte, estaba feliz rodeado de los que nosotras llamábamos «los otros» y, sobre todo, mimado por aquella gallineta que le sobreprotegía y sobrealimentaba; había engordado por lo menos diez kilos. Yo era la única superviviente del mundo antiguo. En fin, no me voy a extender. Como ya habrás sospechado, me enamoré de Ignacio y él se dejó querer. Me enamoré como se enamora una loca, tanto que llegué a perder la dignidad. Cuando nos reuníamos con sus amigos, tenía orden de no hablar, para no dejarle en mal lugar por mi ignorancia. Además, tuve que olvidarme de mi estilo de niña pija y vestir de manera austera, pero con clase, ya sabes: negro con negro, maquillaje sofisticado, ¡ah!, y me enseñó a fumar. Supongo que, conociendo mi carácter, estarás muy sorprendida de que aceptase esas normas sin rechistar, que fuese la oveja más sumisa del rebaño, pero ocurrió así, encima yo era feliz cumpliendo al pie de la letra lo que me mandaba: estaba enamorada. En aquellos meses me convertí en otra, Ignacio lo era todo para mí. Y un día me quedé embarazada: ahí estabas tú. Quiero que sepas que, desde el primer instante, fui la más feliz de las mujeres, tener un hijo de Ignacio era la culminación de nuestro amor. En ningún momento me acordé del qué dirán, aunque, como bien sabes, entonces era un escándalo que una mujer soltera se quedase embarazada, pero yo sabía que Ignacio, con sus ideas progresistas y avanzadas, se reiría de la gente. Nunca se me olvidará aquella tarde de agosto. Hacía un calor sofocante. Atravesé el jardín de los Sorozabal, imaginando que por allí correrías algún día y entré. Los ventanales que daban al jardín estaban abiertos de par en par y las cortinas se mecían suavemente. Ignacio tocaba el piano, el piano de cola espléndido que parecía pequeño en aquel salón inmenso. Su madre, reclinada en un sillón, escuchaba la música con los ojos cerrados. No me habían oído entrar y me llenó de alegría el poder dar la noticia en medio de aquel ambiente

sensual, bello y lleno de música. Ignacio, entonces, dejó de tocar, se dio la vuelta y me vio. Puso cara de sorpresa y disgusto al verme irrumpir en aquellos momentos que eran solo de él y de su madre. Ella también torció el gesto cuando se dio cuenta de que yo estaba allí. Pero yo traía una buena nueva y me lancé a contarles la noticia.

—¡Estoy embarazada!

Y corrí abrazar a Ignacio.

En aquel instante se rompió el encantamiento que me tenía atrapada.

Madre e hijo se levantaron de un salto. Ignacio se llevó las manos a la cabeza y luego me increpó.

—Pero ¿tú no sabes que se toman medidas? ¿Y las píldoras que compramos en Francia? ¡Eres una pobre imbécil, tenía que habérmelo figurado!

Tenía razón en que yo era desorganizada y en que, a veces, tomaba la píldora y otras se me olvidaba.

Pero enseguida la madre tomó la batuta.

—¿Y de quién estás embarazada, querida?

Los observé a los dos con sorpresa, me di cuenta de que aquella pregunta altanera e insultante le había devuelto la tranquilidad a Ignacio, que miraba a su madre sonriendo con complicidad.

Y, por primera vez, los vi tal y como eran. Gente ridícula, inoperante, hipócrita, holgazana y mala. Se revestían de ideas liberales, igual que se ponían un vestido de Balenciaga o una camisa de hilo de Egipto. La relación entre ellos dos, en aquel momento, me resultó obscena y me dieron asco. Claro que les importaba el qué dirán, a ellos se les llenaba la boca de filosofías y politiquería, pero se identificaban con la sociedad más retrógrada y más clasista. Ignacio era un pobre niño de treinta y cinco años, incapaz de aceptar una responsabilidad, era un pobre gilipollas. Así que, sin decir una palabra, me di la vuelta y me fui. Sí, Ignacio Sorozabal fue tu padre biológico, pero yo, aquella misma tarde, te busqué otro padre, el que te ha querido de verdad y al que tú has querido. Cuando salí de allí era otra vez yo. Había tomado una decisión. El *aita* hacía tiempo que estaba enamorado de mí, sin que yo le hiciera caso, y fui a buscarle, tenía algo que proponerle.

—¿Tú me quieres?

Sonrió.

—Sabes que sí.

—Estoy embarazada y quiero que te cases conmigo.

—¿Ignacio?

—Sí.

—Te quiero y quiero casarme contigo, pero tú no me quieres.

—Aprenderé a quererte, te lo juro.

Aceptó.

Y nos casamos, y aprendí a quererle mucho más de lo jamás pude imaginar.

Sé que se te amontonan las preguntas. Eugenia, la hermana de Ignacio, tu tía, vive todavía, y espero que continúe viva cuando vayas a preguntarle todas las cosas que quieres saber. Aunque me imagino que ya no te acuerdas, conociste a tu abuela. Vino un día a casa con su espléndido Mercedes conducido por el chófer. Tú, que siempre fuiste una niña fantasiosa e intuitiva, me avisaste de que se había parado delante de casa un coche negro muy grande y que una señora muy elegante se había bajado y estaba tocando nuestro timbre. En cuanto te escuché fui a abrir y supe que era ella. Ignacio se moría y quería verme y también conocerte a ti, a lo que me negué rotundamente. Al día siguiente volví a la villa de Ategorrieta. Le vi en la cama, macilento, moribundo, y sin embargo el corazón se me puso a palpar como entonces. Apenas podía hablar, pero me indicó con la mano que me sentara a su lado.

Me senté en la cama y le acaricié la cara.

—Estás igual que antes.

Sonreí.

—No, no es verdad. Tu madre vino a casa y me dijo que estaba muy estropeada.

Se rio y una tos cavernosa estuvo a punto de ahogarle.

—No le hagas caso, son celos. Yo te veo tan guapa como entonces. Pero entonces fui un cobarde, tuve miedo a la vida. ¿Por qué no corrí detrás de ti aquel día para pedirte que nos casáramos? Yo te quería, te quería con toda mi alma.

Intenté tranquilizarle.

—Aquello ya pasó. La vida es así. Podemos equivocarnos. Yo, en cambio he sido feliz.

—Quieres decir que me olvidaste.

A pesar de la enfermedad, descubrí dos chispitas maliciosas en sus ojos, las mismas que brillaban hacía tantos años cuando me enfadaba y le decía que le iba a dejar.

—Sabes que no.

Un ruido ronco, no sé si un sollozo o un estertor, se le escapó de la garganta.

—Quiero ver a nuestra hija.

—No, no la vas a ver.

—Es un poco cruel no cumplir el deseo de un moribundo.

Fui implacable.

—No, cuando ese moribundo no supo asumir sus responsabilidades de padre; no, cuando a ese moribundo nunca le importó su hija.

—Tráemela, te lo ruego.

—Jamás. Es una niña feliz que quiere a su padre con locura y no voy a romper ese sueño.

Un ahogo súbito parecía que iba a acabar con su vida, pero recuperó la

respiración y cayó en un extraño sopor. Me levanté, le di un beso y me dirigí a la puerta.

Fuera, en el salón, me esperaba Leonor, su madre, tenía los ojos rojos de tanto llorar, me pareció demacrada y vieja.

—¿Traerás a la niña?

—No, ya se lo he explicado a Ignacio.

—Tienes razón.

Me miró despacio, me abrazó y me dijo:

—¿Cómo es posible que me pudiese equivocar tanto?

Y por primera vez sentí lástima por aquella mujer.

Le abracé yo también, olía como entonces. El Chanel, después de tantos años de uso, se había acoplado a ella y se había convertido en su olor.

—Leonor, escúchame, todos cometemos tonterías y lo peor de todo es que, si volviésemos a nacer, volveríamos a hacer lo mismo.

Sonrió.

—Es un pobre consuelo.

—Sí, tienes razón, pero no hay otro.

La volví a besar y salí al jardín. Allí estaba Eugenia, la hermana de Ignacio. Pobre Eugenia, para aquellos dos había sido mucho menos que una de las sillas del salón. Sin identidad. Sin existencia.

—Siempre te ha querido.

—Es posible, pero yo no puedo decir lo mismo. Nunca le he olvidado, pero la vida transforma todo.

—Si algún día decides contarle a la niña la verdad, estaré ahí para lo que tú quieras.

Me di cuenta de que lloraba y me fui deprisa, yo no quería llorar.

Recuerdo aquella visita y el Mercedes negro y a la señora elegante que apareció en casa. Te pusiste nerviosa y te arreglaste el pelo precipitadamente, con un gesto de coquetería que yo no había visto nunca. Escuché la conversación, pero no sospeché nada. Eran cosas de mayores. Luego, cuando hablaste conmigo, estabas tan cariñosa que me olvidé de todo, aunque es verdad que, a veces, me acordaba de aquella señora. Creo que intuí que la visita aquella era un gran secreto, que nos podía hacer daño a todos. Bueno, ahora esta nueva historia se ha unido a la mía. Ha llegado el momento de volver a casa, de enfrentarme a este pasado que desconocía y a un nuevo futuro. Siento dentro de mí algo que me hace fuerte. El pasado resucitado a través de estos manuscritos me empuja a ser valiente. Quiero poder contar yo también que sufrí, luché y vencí. ¡Sorpresa, sorpresa! Me acabo de enterar de que mi padre era un tal Ignacio Sorozabal y siento una especie de curiosidad emocionada, y también

siento remordimientos porque no me importa tanto, como cabría imaginar, que el *aita* no sea mi *aita*. Creo que yo, igual que la *ama* cuando conoció a los Sorozabal, me estoy dejando fascinar por el espejismo mentiroso del glamur de una familia decadente y enferma.

Vuelvo a casa. Acabo de hablar con Peio y le he dicho que mañana estaré en Donostia. Se ha puesto contento o ha hecho como que se alegraba, ya no sé qué pensar. Le he comentado que llegaré por la tarde y le he recordado que al día siguiente es la fiesta de Laura. Se ha quedado callado, pero luego me ha parecido que no le importa ir. De todos modos, hoy sale para Barcelona, estará dos días fuera, así que nos encontraremos en casa de Laura, irá directamente desde el aeropuerto. Me he alegrado, tengo muchos deberes que hacer. Prefiero estar estos días sola en casa y prepararme para lo que pueda pasar. El encuentro con Peio, antes de saber que tiene que contarnos Laura, estaría lleno de silencios, de esos silencios espesos, tan tristes que son capaces de nublar el sol del más maravilloso día de verano. No, no quiero que nada me estorbe. Siento que he llegado al final de la historia, de mi historia con Peio, y quiero que sea un buen final.

No puedo dejarme llevar por sentimientos oscuros, no puedo estropear la escena. Voy a empezar una nueva etapa y necesito fuerzas y serenidad. Esta vez voy a ser valiente, muy valiente, para decir adiós y también para echar a andar, aunque todavía no sepa hacia dónde. Es curioso, el manuscrito de mi madre me ha hecho volver a la infancia con la fuerza de la magdalena de Proust. Y se me atropellan los sabores, los olores, las texturas de aquel tiempo, más nítidos que entonces, también más míos, más limpios, libres de ese miedo grande y señorón que me ha acompañado durante tantos años. Ahora puedo disfrutarlos como recuerdos bonitos que forman parte de mi historia.

**Quinto
manuscrito**

MADDI
SOROZABAL
IDIAKEZ

He empezado a escribir esta historia mía, o el final de esta historia mía, que aún no sé cómo va a acabar. Por fin, dejé Baliarrain y, al llegar a Donostia, fui directamente a la avenida de Ategorrieta a buscar la villa de los Sorozabal. El corazón me palpitaba deprisa, había conducido muy mal, atolondrada, nerviosa. La ansiedad me comía por dentro. Recorrí unas cuantas villas y la encontré. Es grande, melancólica, de otros tiempos. Antes de llamar me senté en un banco, me retoqué los labios y me di un poco más de colorete, como si fuese una primera cita. Llamé, dije quién era y vi cómo me miraban a través de la pequeña pantalla de la cámara de video vigilancia. Un rato después, la puerta de la verja hizo un chasquido y se abrió para mí, mágica y con una lentitud inquietante. En cuanto la atravesé volvió a cerrarse con música de mazmorra sin vuelta atrás. Enseguida una doncella apareció en la puerta de entrada y esperó a que me acercara. La gravilla blanca crujía bajo mis pies, mientras miraba aquel jardín tan grande en el que la *ama* imaginó que yo jugaría algún día. En cuanto estuve cerca me dijo que la señora me esperaba en el salón y se ofreció a acompañarme. La entrada de la casa me recordó a los palacios que vimos Peio y yo en el Loira. Suelo brillante de un ajedrezado blanco y negro, en donde apetecía bailar un vals. Una escalera de mármol se perdía por las alturas, y arriba, en lo más alto, una araña enorme de mil cristales pendía en el abismo. Olía a ceras y ungüentos, me hubiese gustado poderle preguntar a mi madre si la casa olía así cuando ella empezó a venir. La chica me pasó al salón. Inmenso, un lugar ideal para perderse. Me quedé con la vista clavada en el piano de cola en donde él tocaba cuando la *ama* entró para decirle que estaba embarazada. Pero enseguida una voz de papel voló hasta mí. Volví al presente. Al fondo, la figura de una anciana sentada en un sillón me hacía señas para que me acercara. Era Eugenia.

—Ven, siéntate cerca, no oigo muy bien.

Me señaló un sillón a su lado y la obedecí.

Luego se quedó mirándome sin pudor de arriba abajo.

—¡Cuánto tiempo llevo esperándote!

Sonreí cada vez más nerviosa y me alegré de que fuera sorda, porque si no hubiera oído los precipitados latidos de mi corazón, como en el cuento de Poe.

—Sé que María ha muerto.

—Sí.

—Y, por fin te lo ha contado.

Asentí.

—Bien, pregúntame.

Tomé aire.

—Hábleme de Ignacio.

—Vete allí y coge aquella fotografía, ahí están él y nuestra madre.

Hice lo que me decía. En la foto había un hombre joven, elegante, sonriente,

cogiendo del hombro a una señora de cara fina que no sonreía. Él llevaba pantalón blanco y una camisa también blanca, al cuello un fular. La señora tenía los ojos claros y penetrantes, enredaba con la mano un collar de perlas de tres vueltas.

—Ves, eran muy guapos los dos. Yo no.

Iba a protestar tontamente, como manda la educación que se haga en estos casos, pero no me dejó, se lo agradecí.

—Fue todo un error, pero ella no sabía querer, no nos quiso a ninguno.

Suspiró.

—Mi madre y él llevaban varios años de novios, ¿qué pasó?

—María e Ignacio se enamoraron enseguida y ella empezó a frecuentar a nuestros amigos. Ignacio entonces quiso que tu madre se pareciera a nuestras amigas más intelectuales. La hacía vestirse como ellas, pretendía que tuviese protagonismo en las reuniones, que leyese libros y los comentase con la gente, que opinase de política, en fin, que se convirtiera en otra.

—¿Mi madre le hacía caso?

—Pues sí. Ya sé que te extraña, pero María adoraba a Ignacio y obedecía todas sus órdenes, nunca la vi rebelarse..., hasta el final.

—¿A qué se dedicaba Ignacio?

—Mi hermano hubiera sido un buen abogado, pero estaba atrapado en la tela de araña de nuestra madre, que hizo de él un inútil para que no creciera, para tenerlo siempre a su lado.

—¿Pero Ignacio no se enfrentó, no luchó para no ser un parásito?

—Ignacio era débil, se dejaba querer y quedó enredado en un Edipo malsano que mi madre nunca dejó de alimentar.

—Entonces, aunque la *ama* no se hubiera quedado embarazada, tampoco se hubiera casado con ella, ¿no?

—Al principio de su noviazgo pensé que por fin Ignacio se iba a liberar de nuestra madre con la ayuda de María, estaba muy enamorado. Pero mi madre, que también se dio cuenta de que María le gustaba de verdad. Decidió declarar la guerra, una guerra sutil y corrosiva en la que era una experta. Y así mamá empezó a comparar a María con Rocío Laffon, la mujer de Luis Martín Santos, y con su hermana Solange, que eran muy guapas, elegantes y que sabían mucho de arte y de política. Ignacio admiraba a Luis y aquellas comparaciones, en las que tu madre salía siempre perdiendo, le hacían mucho daño y, ya te digo, cayó en la trampa. ¿Sabes quién era Martín Santos?

Tengo que confesar que le sonreí con infantil suficiencia.

—Claro que sí, el escritor. Escribió *Tiempo de silencio*. Lo estudié en el bachillerato. Pero ¿y usted?, ¿qué papel hizo en esta historia?

—Llámame de tú, por favor, al fin y al cabo soy tu tía.

Fue muy extraño oírsele decir.

—Yo fui otra víctima.

—Mírame y mira esta foto de Ignacio. Él era alto y esbelto, yo era bajita y regordeta. Él era rubio y de rasgos finos, siempre decían que parecía un *gentleman* inglés. Yo me parezco a la familia de mi padre, no tengo nada de glamur. Al principio mi madre se empeñó en arreglar el chandrío que yo era. Desde los diez años, o antes, me llevó a dietistas. Luego me operaron de la nariz. Durante los años de acné no probé el chocolate, el chorizo ni las chucherías que comían mis amigas, con granos o sin granos. Pero es que además, o quizás por todo eso, siempre fui callada, tímida y andaba encorvada y con la cabeza gacha. Total, un desastre, así que mi madre se desentendió de mí. Viví muy mal aquel *apartheid* e hice lo que pude para no decepcionarla. A los dieciocho años adelgacé, tenía un cutis bonito y le gané la batalla a la timidez. Pero todo fue inútil. Nunca pude entrar en su círculo mágico. Ahora pienso que quizás mi madre tenía razón, porque no tuve apenas pretendientes y, al final, me quedé para vestir santos, mejor dicho, para cuidarlos a Ignacio y a ella.

Cuando mi padre murió, tan silenciosamente como había vivido, me convertí en el único testigo de la vida rota de mi hermano y en la víctima del egoísmo de mi madre.

—¿Por qué no te fuiste? ¿Por qué no se liberó Ignacio de un ambiente tan opresivo?

—No sé. En aquellos años las cosas eran distintas. Además, estúpidamente, siempre tuve la esperanza de que en algún momento mi madre reconocería el daño que me había hecho, que nos había hecho y, por fin, me aceptaría. Pero no ocurrió. Cuando se convirtió en una anciana, ya muerto Ignacio, me dediqué a cuidarla. Ya había olvidado mi juventud y la había perdonado. Recuerdo que me hacía hasta gracia. Había perdido la cabeza, pero conservaba el mismo carácter. A veces me decía como cuando era niña: «Ponte derecha y arréglate con un poquito más de estilo, parece mentira que seas mi hija».

La doncella entró silenciosa como un duende y le preguntó si servía ya el té. Eugenia dijo que sí y yo me apunté a un *gin- tonic*, era muy fuerte lo que estaba escuchando.

—¿No hiciste nada por ayudar a mi madre?

—No, bueno, solo una cosa: aquel día corrí tras ella por el jardín y le dije que estaba ahí para lo que quisiera. Pero María había tomado ya una determinación, lo noté en su expresión, por fin era ella misma, acababa de desnudar el muñeco intelectual, sensible y valiente detrás del que se escondía la cobardía de mi hermano, había recuperado la libertad.

Apareció la chica con el té y el *gin- tonic*. Le di un sorbo, estaba rico, me refrescó la boca y el corazón.

—Sin embargo, yo recuerdo la visita de una señora a nuestra casa, luego he sabido que era vuestra madre, entonces a ella no le importó pedir ayuda.

—Ignacio se moría. El grupo de amigos se había disuelto. Rocío murió un domingo de marzo del 63. Corrió el rumor de que se había suicidado, pero creo de verdad que fue un accidente. Rocío había perdido el olfato y no se dio cuenta de que había un escape de gas. Luego, a los diez meses, murió Luis. Cuando sucedió lo de Rocío, ella y Luis vivían en villa Alcolea, en los terrenos de lo que hoy es la Clínica Quirón, que pertenecía al padre de Luis. La muerte de Rocío y de Luis fue un golpe muy duro para Ignacio.

—¿Qué hizo?

—Ignacio cambió, parecía que se le había caído una venda de los ojos. Entonces quiso volver con tu madre. Sé que se reunieron los dos una tarde, pero todo fue inútil. Me sorprendí.

—Mi madre no me ha contado nada de ese encuentro.

—Qué más da. Ella siguió con su marido, y eso es lo que importa.

»Las relaciones entre Ignacio y nuestra madre se estropearon definitivamente. Él le echaba en cara que por su culpa había perdido a María. Sobre todo por las noches, cuando volvía borracho y se ponía violento. Una vez por poco nos pega a mi madre y a mí. Sin embargo, Ignacio no tenía razón. Cada uno es responsable de su vida. Ya te lo he dicho y lo siento, porque al fin y al cabo no deja de ser tu padre. Ignacio era un cobarde, un hombre débil, que vivió contento protegido por su madre, hasta que se dio cuenta de que había malgastado su vida. Eso le llevó a beber, lo que acabó en la cirrosis que le mató.

—Pero ¿por qué vino vuestra madre a nuestra casa? Ella despreciaba a la mía.

—Porque sabía que ninguna mujer le podía quitar ya a Ignacio, porque sabía que se lo llevaba la muerte. Durante días tu padre os estuvo llamando en su delirio, llamaba a María y suplicaba que le lleváramos a su hija, a ti. Al final, el padre Evaristo convenció a mi madre para que os fuera a buscar. Al día siguiente María estuvo con él. Después murió tranquilo.

—¿Qué pasó cuando vio a mi madre?

—Recobró la cordura de repente. Le pidió perdón y le juró que la quería, que la había querido siempre y que seguía queriéndola. Después, mientras María le acariciaba y le decía que se tranquilizase, se durmió y ya no sé despertó más. Murió dos días después.

Miré hacia el gran ventanal que da al jardín, estaba anocheciendo y yo estaba muy cansada.

—Gracias, Eugenia, por todo. Supongo que no tiene que ser fácil tampoco para ti recordar esa época.

—No, no, ya no me importa. Todo aquello se fue.

Me levanté.

—¿Volverás?

Le acaricié la mano.

—Claro que volveré, quizás antes de lo que piensas. Estoy confusa, debo tomar una determinación y creo que necesitaré un consejo.

—Te estaré esperando.

La doncella de antes me acompañó hasta la puerta. Mientras cruzaba el jardín, ya no tenía sensación de extrañeza, no me sentía en casa ajena, aquel jardín tan melancólico formaba ahora parte de mi vida.

Cuando llegué a casa me di un baño caliente. Luego hablé por Skype con los hijos. Pasé un buen rato, estaban divertidos, los estudios les iban bien. Así era mucho mejor, no quería que si ocurría la ruptura con Peio, los cogiese en un mal momento personal. Después vi *Lo que le viento se llevó* por enésima vez y grité yo también, «Pongo a Dios por testigo que nunca más me dejaré vencer por el miedo a la soledad, por mi cobardía».

Dormí toda la noche como un tronco y la mañana la dediqué a los preparativos de la fiesta. Peluquería y recorrido por las tiendas buscando un vestido. Encontré uno discreto, negro y ceñido, que me sentaba bien. Sandalias de tacón altísimo, que usé en la última boda. Llegaba el momento de la verdad. Me intrigaba la insistencia de Laura para que Peio fuera a la fiesta. Me intrigaba la excesiva normalidad de Peio en nuestras conversaciones sobre la vuelta de Laura. Me intrigaba que Peio no apareciese hasta el último momento y que insistiese en que nos encontráramos en casa de Laura. Me intrigaba todo. Me intrigaba yo misma, que no sabía lo que sentía, tenía la impresión de ser una espectadora de mi propia vida: me veía ir a la peluquería, comprar un vestido, comer, pensar, me veía como si fuese otra, pero yo no sentía mi identidad, no sabía cómo iba actuar en este último acto de mi relación con Peio... De lo que sí estaba segura era de que se acercaba el final de una etapa de mi vida, tanto si renacíamos de nuestras cenizas como si se producía la ruptura definitiva. Pasé la tarde en aquel estado extraño de ser sin ser, en aquel extraño sentirme desperdigada en un montón de sensaciones. Al atardecer me empecé a arreglar. La verdad es que no tenía mala cara y me sorprendí. Una paz interior me iba calentando despacito, no sabía por qué. Me maquillé con cuidado: crema hidratante, maquillaje efecto *lifting*, sombra de ojos misteriosa, rímel, colorete, barra de labios, perfume Coco Chanel y suave cepillado de cejas y pelo. En la última semana había adelgazado sin querer, una no descubre todos los días que su padre no es su padre, que el suyo de verdad acabó siendo alcohólico, murió de una cirrosis y abandonó a su madre cuando ya estaba embarazada; en fin, que gracias a los zarpazos de la vida, el vestido me quedaba muy bien. Me miré en el espejo y me puse buena nota. Por fin

llamé a un taxi, no era cosa de pasearme por La Concha vestida de cóctel.

La villa de Laura era un faro de luz en medio del paseo que atraía la mirada de la gente. Una invitación al lujo solo para los elegidos. Había grupos de curiosos frente a la entrada que te miraban de arriba abajo como si aquello fuese el paseíllo de las estrellas el día de los Premios Óscar. Entré con decisión, pero nadie me miró, la gente en aquel momento admiraba a un grupo de preciosas veinteañeras, hijas de unas amigas de Laura. En el *hall* grande y ya repleto de invitados busqué a Peio, pero Peio no había llegado, al menos yo no le vi. Enseguida vino la inevitable Maritxu y me confirmó que Peio no había aparecido todavía.

—Qué raro que hayas venido sola. ¿Dónde está Peio?

Me callé el «a ti que te importa», que hubiera sido la respuesta correcta.

—Ayer tuvo que ir a Barcelona y vendrá directamente desde el aeropuerto.

—La verdad es que tienes un marido que no te lo mereces: atractivo, trabajador y muy listo para los negocios. Ten cuidado, yo sé de más de una que estaría encantada de pillártelo.

Se rio y me reí con ella de aquella gracia sin gracia. Luego, caí en la tentación de meterme con aquella idiota.

—Por ejemplo, tú.

Maritxu torció el morro.

—Hija, qué poco sentido del humor tienes.

—Era una broma.

Después del segundo de sorpresa, Maritxu se recuperó y sacó su lengua bífida.

—No, ya sabes que a mí no me interesa tu Peio. Pero hay quien dice que a Laura le cae muy bien, lo que se dice muy bien.

—Puede ser.

No sé si me escuchó, porque en aquel momento vimos entrar a Peio y Maritxu, con una asquerosa sonrisita ratonil, me dijo:

—Ahí tienes a tu príncipe.

Me abrí paso entre la gente y llegué hasta Peio. Como sabía que Maritxu y más de una nos estarían mirando, le di un tierno beso en los labios y luego le dediqué la mejor de las sonrisas.

Hacía más de una semana que no nos veíamos y mi galante marido me apartó un poco, me contempló unos segundos y me dijo que estaba guapísima, él era así.

Después nos quedamos callados, teníamos tantas cosas que decirnos, o al menos yo tenía tantas cosas que preguntarle, que no sabía por dónde empezar. Así que preferí darme una pausa y dedicarme a saludar a los conocidos.

Poco después se hizo el silencio, Laura apareció en lo alto de la escalera, cumpliendo con el protocolo habitual en sus fiestas, y empezó a bajar despacio, jaleada por los aplausos de los invitados. Laura estaba guapa, más llenita quizás, con

un vestido, cómo no, negro, que eclipsaba el mío. Escote palabra de honor, falda de gasa, zapatos rojos pasión y un espléndido collar Dior de fantasía. Inmediatamente miré a Peio, llevábamos mucho tiempo juntos para que se me escapara el significado del más ínfimo de sus gestos. Pero Peio estaba tan tranquilo, sonriente, como si aquel despliegue de encantos no fuera con él. Laura, después del último escalón, empezó a saludar a unos y a otros. Por fin me tocó el turno, me abrazó y me susurró al oído que en media hora fuese a la biblioteca. Seguí su estela hasta que se acercó a Peio y pude observar que le susurraba también algo al oído y supuse que era lo mismo que a mí.

La espera se me hizo larga, comí demasiados canapés, bebí demasiadas copas y fumé como un carretero. Estaba nerviosa. Cuando el reloj de pared, con las fases de la luna y todos los artilugios que tiene que tener un reloj carísimo y antiquísimo que se precie, indicó que había pasado media hora, despacio fui primero al tocador del baño de señoras, me retoqué el maquillaje y me dirigí a la biblioteca. Sabía que al menos yo iba a representar el último acto de aquella historia.

Cuando llegué a la biblioteca no había nadie. Las luces estaban encendidas y proyectaban esa luminosidad íntima y poco estridente de los rincones decorados para la lectura tranquila. Enseguida entró la doncella y me preguntó que qué quería tomar. Le dije que un vaso de agua, necesitaba aclararme la garganta y las ideas. Poco después entró Peio con una copa en la mano, y un poco más tarde y a la vez que la doncella con el agua, llegó Laura.

Nos quedamos por fin solos y nos miramos los tres, parecía que no sabíamos qué hacer, ni qué decir.

Fui la primera en hablar.

Me senté en el sofá de cuero inglés que, de niña, solía olfatear extrañada por aquel olor a piel antigua que despedía.

—Bueno, supongo que tenéis muchas cosas que contarme.

Peio paseaba por la biblioteca como si estuviese esperando su turno en la sala de consulta del médico y pareció no oír lo que yo había dicho.

Laura se sentó a mi lado.

—Siento de verdad lo que nos ha pasado.

Me pareció excesivamente pobre y convencional aquel comienzo.

—¿Y?

—Escúchame, hay veces que no se puede elegir. Fue mi caso. Me enamoré de Peio y el amor no se elige, se nos impone.

Miré a Peio. Seguía andando de un lado a otro, como si no existiéramos, como si Laura y yo fuésemos dos fantasmas, o como si el fantasma fuera él.

—Éramos amigas.

El tono de Laura era íntimo, invitando a la reconciliación.

—Sí.

—Tienes que entenderlo.

—¿Cómo os pudisteis encontrar en la casa de Baliarrain?

—Hay momentos en que todo se confunde y se hacen cosas...

De pronto me acordé del marido de Laura, era el gran invisible en esta historia.

—¿Y tu marido?

Puso cara de desencanto.

—Feliz, arropado por su arte y por su nuevo amante, un jovencito cubano que se llama Víctor Hugo, como el escritor, ¿a que tiene gracia?

—Sí, es muy divertido, pero nada sorprendente, sus gustos ya los conocías cuando te casaste con él.

—No seas tan dura conmigo, la gente cambia y me he vuelto más exigente con la vida.

—Ya.

—Tú también cambiaste. El chantaje no era tu estilo.

Pensé que Peio iba a saltar, pero no lo hizo, y aquella indiferencia ante mi gran pecado me asustó. Si Peio no decía nada era que él tenía un pecado aún más grande que el mío.

Laura se giró hacia Peio y le preguntó:

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

Peio siguió paseando en silencio.

—Está bien, se lo diré yo.

Pero entonces Peio explotó.

—A qué viene toda esta puesta en escena. Tú no tienes nada que decir, ni Maddi tiene nada que saber que yo no quiero que sepa.

Aquella respuesta era inaceptable hasta para una aprendiz a sufragista, así que intervine.

—Ya me perdonarás, pero sobre todo aquello que se refiera a mí soy yo la que decide si quiere saberlo o no.

Peio me miró sorprendido, parecía que ahora se daba cuenta de que yo estaba también allí.

—Esto no tiene nada que ver contigo, no sé qué pintas tú en esta conversación.

La risa sardónica de Laura convirtió la biblioteca en el escenario de una mala obra de teatro.

—Claro que Maddi pinta mucho en esta conversación, en realidad es la única que pinta, porque, según me dijiste, tienes algo importante que comunicarle.

Y entonces se me hizo la luz. Acababa de comprender aquel interés de Laura porque los dos asistiéramos a la fiesta. Me había engañado otra vez. Su discurso de gata zalamera recordando nuestra vieja amistad para que Peio y yo asistiéramos al festejo tenía un objetivo: poner a Peio contra las cuerdas, obligarle a decirme que me

dejaba. Pero Peio nos había mentado a las dos. Y ahora yo estaba tranquila, de pronto había comprendido qué quería hacer con mi vida. Me sentía valiente y llena de fuerza. Decidí ser yo también protagonista en aquella historia.

—Peio, es evidente que tienes algo que decirme, así que habla.

Peio se dio la vuelta, como si la escenita no fuera con él, y empezó a mirar los libros de la biblioteca.

Ahora que empezaba a conocer de verdad al hombre con el que había convivido durante veinte años, podía saber de antemano cómo iba a actuar y, la verdad, esta nueva identidad de maga me divertía.

—Está bien, Peio, no hace falta que digas nada, puedo hacerlo yo por ti.

Peio giró sobre sus talones y Laura me observó intrigada.

—Supongo que le has jurado a Laura que me vas a dejar y vas a empezar una nueva vida con ella, ¿no es verdad?

Peio se calló y Laura lanzó un «sí», rotundo que retumbó en toda la biblioteca.

Ahora me dirigí a Laura.

—Me parece que te equivocas. Nunca se va a ir contigo, no te quiere tanto, como tampoco me quiere tanto a mí. También a mí me juró y me perjuró que todo había acabado entre vosotros. Además, querida Laura, hay algo que debes saber y que seguro que Peio tampoco te ha dicho. Peio ya no está contigo ni conmigo, anda con alguien, sospecho que una jovencita que perdió estos pendientes detrás de mi mesilla en la casa de Baliarrain.

En el último momento, antes de salir de casa para ir a la fiesta, un instinto súbito me hizo coger los pendientes que encontré en Baliarrain.

Laura se levantó y vino a ver los pendientes. Después emitió un ruido estridente y raro que me dejó sorda porque, en aquel momento, las dos nos habíamos inclinado sobre los dichos pendientes para verlos mejor y nuestras cabezas estaban muy juntas.

Luego se lanzó sobre Peio gritando:

—¡¡Hijo de puta, cómo me has podido hacer esto!! ¡¡Cómo me has podido hacer esto!!

Peio y yo tratamos de calmarla, no había manera. Llamé a Rosa, la doncella, para que le trajera un vaso de agua y un tranquilizante.

Cuando Rosa entró, yo me despedí de Peio:

—Eres un cobarde de mierda. He tardado demasiado tiempo en darme cuenta. Todo iba bien entre tú y yo porque jamás me he enfrentado a ti. He sido la mujer perfecta, dócil, obediente, amante. Te he querido tanto, te he admirado tanto, que no podía verte como eras. O igual es que me daba miedo verte como eras porque eso me obligaba a hacerme responsable de mi vida. No lo sé. Ahora ya da igual. El amor, como decía antes Laura, se nos impone y la vida también. Quería ser perfecta para ti.

Pero debo de reconocerlo: ser perfecta para alguien es mucho más fácil que ser leales a nosotros mismos. Siempre es más sencillo obedecer sin pensar que reflexionar y tomar decisiones. Por eso fui capaz de chantajear a Laura. Lo hice por cobardía. Sin ti, yo me quedaba cara a cara con mi vida, y mi vida no me gustaba. En fin, esta vez he llegado al último tramo del camino que me inventé. Sin embargo, creo que todavía estoy a tiempo de emprender una nueva ruta.

Luego, antes de salir de la biblioteca, añadí:

—Te voy a pedir un favor: no vuelvas a casa, te lo agradeceré, Mañana mi abogada se pondrá en contacto contigo.

Cuando cruzaba la puerta pude oír el llanto de Laura y los ruegos de Peio para que yo no le abandonase, el gran egoísta quería disponer de una familia y una amante sin que nadie le causase problemas.

Fuera, la gente seguía bebiendo y charlando. Me acerqué a una camarera, cogí una copa y me la bebí de un trago. No me la había acabado y escuché la voz de Maritxu.

—¡Chica, qué sed!

Me limpié la boca cuidadosamente con la fina servilletita de papel con encajes simulados.

—¡Hombre, Maritxu, quería estar contigo!

Me miró suspicaz.

—¿Sí?

—Sí. Te voy a dar una primicia, Peio y yo nos hemos separado.

Y la dejé allí con la boca abierta.

El paseo de La Concha, esa noche, fue mucho más mío que nunca. Mi historia se torció aquella tarde en el colegio cuando la directora nos presentó a la nueva alumna que se incorporaba tarde al curso. Después quise ser como ella, tener lo que ella tenía, pertenecer al mundo que ella pertenecía y mi noviazgo, y mi matrimonio con Peio, me abrieron todas esas puertas, que para mí eran las puertas del paraíso. Pero yo nunca había sido yo, como le acababa de decir a Peio, yo había sido lo que había pensado que él quería que fuese, lo que yo creía que aquella gente, a la que admiraba, esperaba de mí. De alguna manera, la historia de la *ama* se repetía, solo que ella les plantó cara a Ignacio y a su madre mucho antes que yo. Y ahora por fin se había roto el encantamiento. El príncipe del cuento se acababa de convertir en sapo y la ranita tonta aún no sabía en qué se convertiría, pero dejaría de ser ranita y, sobre todo, dejaría de ser tonta.

**Sexto
manuscrito**

BAJO
EL
CEREZO

Otra vez en Baliarrain. Es primavera. El arce, el olivo, los robles y el cerezo reverdecen. El cerezo abre sus brazos al cielo, llenos de copos blancos. Han pasado quince años desde que hurgué en los manuscritos de mis antepasadas y en el de mi madre, mientras me hurgaba yo también por dentro. Cuando era joven creía que las cosas eran perdurables, inmutables y buenas. Luego aprendí que no es así, que toda nuestra vida puede cambiar en un segundo para bien o para mal. Además aprendí que el tiempo desgasta no solo el dolor, sino también la felicidad. He aprendido muchas cosas en estos años. Dijo alguien que la experiencia no la forman los sucesos que nos ocurren, sino la respuesta que damos a lo que nos pasa. Y es verdad. Ahora, bajo el cerezo, reflexiono sobre mis respuestas a la vida y hago balance.

La ruptura de una pareja es siempre dolorosa. Es cierto que el momento del punto final no surge de repente, lo hemos ido labrando poco a poco, año a año, y que la última escena antes de caiga el telón está compuesta de retazos de tristezas viejas. Sin embargo, igual que la muerte de un enfermo terminal, no por esperada deja de ser dolorosa: el último encuentro de dos personas que se quisieron se transforma en un gran abismo. El divorcio de Peio fue una experiencia fuerte y fea, pero también reveladora. Yo había vivido más de veinte años con un hombre al que no conocía, y cuando tuve que admitir la evidencia, me sentí humillada, muy humillada. Esa fue la primera revelación. Pero hubo otra más importante que también se refería a mí. Durante esos más de veinte años no me había atrevido a enfrentarme con la vida, con mi vida, y esta segunda evidencia aún me humilló más. Fue entonces cuando tuve que optar: o abandonarme y caer en una depresión que me aturdiese y me hiciese olvidar la realidad, o apechugar con lo que había sin lamentarme del tiempo perdido. Así que opté por mirar hacia delante. Sufrir una depresión por tener que reconocer mis fracasos era continuar fracasando el resto de mi vida. Me costó unos días llegar a esa conclusión, pero cuando decidí cuál era el camino, me sentí libre. Al día siguiente de aquella conversación en la fiesta de Laura se inició el proceso, que terminó con una página en blanco preparada para escribir los nuevos capítulos de mi vida. En primer lugar viajé a Burdeos y a Barcelona, donde estudiaban nuestros hijos, quería contarles cara a cara lo que había pasado. Peio, el mayor, me escuchó en silencio y luego hizo ver que aquello era algo nuestro que no iba con él. Pero no era verdad. Hay demasiadas cosas que se nos revuelven cuando los padres deciden ir cada uno por su lado. Tengamos los años que tengamos, sentimos que se desploman los pilares del nido y que no va a quedar un lugar para pedir refugio.

—Peio, escúchame, esto es duro, pero es el menor de los males. Es el precio de la libertad. El *aita* y yo hemos vivido juntos libremente, ahora, también libremente, hemos decidido que lo mejor será separarnos.

Y entonces se desahogó.

—Llevabais vidas demasiado diferentes.

Me sorprendió.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, creo que el *aita* es un hombre muy dinámico y se ahogaba en casa. A veces, cuando venía Laura, parecía revivir.

Me puse en guardia y él se dio cuenta.

—Ahora escúchame tú, *ama*. Martín y yo hablamos más de una vez sobre esto. Nos llamaba la atención tu actitud cuando estabais los tres.

—¿Qué pasaba?

—Venga, déjalo, no me hagas caso.

—No, no quiero dejarlo.

—Bueno, cuando venía Laura a casa, tú te volvías pequeñita. Ellos dos lo llenaban todo. Siempre me chocaba que te comieses el genio que tienes y les rieses todas las gracias. Parecía como si tuvieses miedo, como si le dieras al *aita* su ración de vida buena para que luego se resignase más contento a estar contigo.

Sonreí a la perspicacia de Peio.

—Creo que lo que dices es verdad.

Y entonces fue Peio, mi hijo, el que me tuvo que consolar. Yo había ido a contarle la noticia y a que supiera que tenía una madre fuerte, ¡qué ironía!

—¿Qué vas a hacer ahora?

Respiré hondo, el aire de Burdeos me supo dulce.

—Tengo proyectos.

Ya Peio se le cambió la cara, me cogió la mano y me dijo:

—¡Ya era hora!

Le sonreí triste y contenta.

Unos días después, me enfrenté a la reunión con Martín en Barcelona. La plaza de Cataluña estaba llena de gente, el ambiente era cálido y mediterráneo. Me senté en una terraza, después de esperar un buen rato a que se desalojase una mesa. Martín se retrasaba, era habitual en él. Por fin le vi aparecer entre la gente. Sonreí, ¡se parecía tanto a su padre! Fui enseguida al grano y le conté lo que pasaba, aunque, como es lógico, su hermano ya se lo había dicho.

Su pregunta fue también directa:

—El *aita* ha tenido más de una aventura con Laura, ¿verdad?

Me revolví y abrí la boca para decir que no, la verdad me humillaba, pero reaccioné a tiempo.

—Sí.

Aunque, quise castigarle por la audacia y no pude evitar ser un poquito mala.

—Bueno, con Laura y con otras.

Me equivoqué. Martín no pensó que su padre era un crápula asqueroso, no se compadeció de mí. Vi su reacción atávica y machista en las chispitas de los ojos que

reconocían a un jefe, luego, enseguida cambió de expresión.

—Tiene gracia, de lo de Laura y el *aita* nos dimos cuenta todos menos tú.

Me irritó su descaro.

—¿Quiénes son todos?

—Peio, yo mismo, y supongo que vuestros amigos, no había más que fijarse en cómo se miraban. Luego, cuando Laura se fue a París y desapareció, creímos que estábamos equivocados, pero, por lo que me dices, teníamos razón.

Me sorprendí de verdad.

—No lo comprendo, ¡si hace cinco años erais prácticamente unos niños!

Se rio.

—Para los padres los hijos son siempre unos niños.

Tenía razón.

—En fin, espero que no os hagamos demasiado daño.

Se quedó un rato en silencio y luego me dijo:

—¿Le podrías perdonar?

—¿Por qué dices eso?

—No sé, si la razón de vuestra separación es una infidelidad, o varias, el perdón podría ser una solución.

A velocidad de vértigo, volví a analizarme, aunque esa pregunta ya me la había hecho muchas veces.

—No.

—Me lo imaginaba, pero he pensado que era mi obligación como hijo plantear la cuestión.

—¿Te importa que no sea así?

—Claro que no, si estás segura de lo que haces.

Y vino la confesión.

—Martín, he despertado de un sueño. Me siento otra muy distinta. Quiero ser yo quien dirija mi vida. Quiero probar. Ver de qué soy capaz. Tengo que intentarlo.

E igual que Peio en Burdeos, Martín me cogió de la mano y me deseó mucha suerte en aquella aventura, quizás demasiado tardía, que había decidido emprender.

Los trámites de la separación se prolongaron un tiempo que se me hizo eterno. Debo decir que lo hicimos bien. Peio fue generoso conmigo y yo con él. No hubo problemas de ningún tipo. Nuestros hijos entendieron la decisión o, al menos, eso nos hicieron creer. El último día, Peio me invitó a comer en Boleado, en el paseo Nuevo, era nuestra despedida.

Parece mentira que dos personas que se han querido, o al menos han creído quererse, durante tantos años se sientan así extraños el uno con otro. Nos sentamos. Recordé que fue en esa misma mesa donde le conté a Peio que los había descubierto a Laura y a él en el despacho. Aquel fue el principio de nuestro final y el final lo

cerrábamos en el mismo lugar y en la misma mesa, casualidades del destino.

Peio llamó a la camarera y luego nos quedamos callados, como si nos acabásemos de conocer y nos estuviésemos estrujando los sesos para sacar un tema de conversación.

—Dentro de lo que cabe, todo ha ido muy bien.

Contesté a su frase comodín con otra igual de tonta.

—Sí, ha sido más sencillo de lo que suelen contar.

Nos callamos otra vez.

Llegó la camarera con los menús y se nos escapó la historia pasada entre la lista de platos.

—No sé qué pedir.

—Lo que quieras, menos el tartar, ya sabes cómo te sienta.

Nos miramos y nos reímos.

Luego Peio puso ojitos tiernos.

—¿Estás segura de lo que hemos hecho?

—Sabes que sí.

En silencio, dejamos que la camarera nos sirviera. En silencio, empezamos a comer. Peio comía despacio y me miraba como si fuera yo también un bicho raro.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Un trocito de tartar se le había quedado en la comisura de los labios y me pareció hasta tierno con aquel pegote de carne en la boca.

—Tienes una cosita ahí.

—Gracias.

Una corrección nueva y fría empezaba a nacer entre nosotros.

—Hay algunos proyectos que debo meditar.

—Eso está bien.

—¿Y tú?

La vida de Peio también iba a cambiar.

—No sé.

—Quiero preguntarte una cosa. Antes de Laura, ¿me fuiste infiel?

Se puso en guardia.

—¿No te parece que ya da lo mismo?

—No, quiero saberlo.

Suspiró.

—Vale, sí, sí fui infiel, pero de manera puntual. Algunas aventuras en los viajes de negocios, cosas así que no duraban más de tres días.

Aunque pensaba que me iba a dar igual la respuesta, sentí rabia contra él y sobre todo contra mí, por haber sido tan gilipollas.

—¿Por qué te casaste conmigo?

Me miró otra vez con ojos tiernos.

—Porque sabía que tú serías una buena madre y una perfecta esposa. Eres cariñosa, y me gustaba tu sumisión, me ponía la admiración que sentías por mí. Soy un hombre sensato y un hogar necesita una mujer entregada y firme para ser sólido.

—¿Por eso nunca te hubieras casado con Laura?

—Por eso.

—O sea, si no he entendido mal, tú me necesitabas a mí para que las cosas de casa funcionasen y te permitiese llevar esa doble vida, que es la que te gusta.

—Sí.

—Un poco tradicional, ¿no crees?

—Por supuesto, pero creía que ya lo sabías, tú has sido una buena madre y una sumisa esposa, pendiente de los deseos de tu marido. Siempre pensé que eso era lo que querías ser.

Bajé la cabeza. Tenía razón. Peio acababa de dibujar una radiografía perfecta de lo que yo había sido. Y otra vez volvió el silencio.

No hubo postres, solo cafés. Llegó la despedida.

—¿Quieres que te acerque a algún sitio?

—No, gracias, prefiero ir paseando por el puerto.

—Vale. Estaremos en contacto.

—Sí.

Mientras desandaba el puerto, me pareció que yo era otra y que la ciudad había cambiado conmigo. Era aún más bonita.

Y empecé mi nueva andadura. Esta vez estaba decidida a ser yo, y solo yo, la que llevara las riendas de mi vida en la dirección que me pareciese, iba a ser yo sola la que, si llegaba el caso, me iba a equivocar y tendría que aceptar mis errores, pero nunca me quedaría el mal sabor de boca, amargo y deprimente, de sentirme como un títere manoseado por los otros. Las opciones que se me presentaban eran tres, lo había meditado detenidamente. Ahora tenía que sopesarlas dejando hablar únicamente al corazón y la a cabeza, en un diálogo perfecto. La primera de esas opciones era seguir como hasta ahora, Peio, ya lo he dicho, había sido generoso y mi situación económica era buena. Es decir, podía continuar en mi papel de ama de casa de una casa vacía, adornando mi inactividad con horas de gimnasio y trabajo de voluntaria en una ONG. La segunda opción era abrir un pequeño negocio. Siempre me había tentado tener una tienda de mi propiedad, pero una vocecita escondida me decía que, por debajo de mi deseo mercantil, andaba emboscada la necesidad de demostrar mi valía, y yo ahora no quería demostrar nada a nadie, mejor dicho: quería encontrarme, conocerme, y la destinataria de lo que hiciese a partir de este momento era únicamente yo. Y la tercera opción que barajaba era estudiar. A veces pensaba que

mis años eran muchos para embarcarme en la aventura de estudiar una carrera, pero recordaba que Cervantes había escrito *El Quijote* a los cincuenta y cinco años, o sea, que la excusa de la edad no me servía. Lo que sí tenía claro era que, eligiese la actividad que eligiese, la abordaría con total seriedad, no solo como un entretenimiento de mujer madura aburrida. Durante una semana sopesé, valoré, apunté pros y contras de cada una de esas tres opciones, y hasta calificué de 1 a 10 los aspectos más relevantes de cada actividad en relación a la importancia que tenían para mí. Por fin me decidí. Iba a estudiar Derecho, después prepararía oposiciones, quería ser juez. Sé que suena al cuento de la lechera, pero era lo que quería. Recuerdo que le sonreí a mi decisión, y es que tenía su puntito de humor, tantos años juzgándome, merecía la pena elevar aquella obsesión mía a categoría profesional. En cuanto decidí que aceptaba el reto, una alegría loca me nació del fondo del alma y tuve la certeza, una certeza rara y metafísica, de que era eso exactamente lo que tenía que hacer, que ese era mi destino. Y me matriculé en Derecho. Aquel invierno fue un invierno de actividad. Elegí las clases de la noche, pensaba que a esas horas sería más fácil encontrar compañeros de mi edad. Pero esa no es toda la verdad. Yo no echaba de menos a Peio sentimentalmente, incluso todo lo contrario. Quiero decir que el hecho de ser ahora una mujer libre me permitía fantasear con la posibilidad de encontrar a alguien nuevo y volver a sentir los burbujeantes nervios de las primeras citas. Sin embargo, sí echaba de menos la cotidianidad con él, el rito de la cena en compañía, el saber que habrá alguien contigo cada noche, las compras de lo necesario que ahora se acababan en dos patadas y te decían a voces que eras una mujer sola, el gusto por cocinar algo rico los domingos para compartirlo con alguien, en fin, esas cosas tan importantes y en las que no nos fijamos hasta que nuestra vida cambia. Por eso creo que esa fue otra de las razones para elegir las clases nocturnas, y es que, al caer la noche, cuando todo se va volviendo más oscuro, incluso nuestros pensamientos, yo iba a estar ocupada. Había comprobado que llegar a casa al atardecer se me hacía cuesta arriba y me ponía triste, por eso, nada más entrar, encendía rápidamente la televisión para desterrar al silencio. Con ese horario iba a convertir las horas malas en horas productivas. Al final y al margen de esas razones, yo creo que elegir las clases nocturnas fue una buena decisión. No exagero cuando hablo de los terribles nervios que me acompañaron en mi viaje hacia la sabiduría el primer día de clase. Llegué con las mejillas rojas como manzanas y el corazón palpitante. Y estudié, estudié y estudié, día a día y mes a mes. Descubrí que la memoria necesita ejercitarse, como los músculos. Al principio, aprender un tema me costaba horas de esfuerzo, pero poco a poco mi cabeza cogió carrerilla y aprendía a buen ritmo. Durante aquel invierno, por primera vez en muchos años, deseé dormir a todo correr para que llegase pronto la mañana y ponerme a estudiar. Fui feliz, aunque me olvidé demasiado de este cuerpo que me acompaña a todas partes y estuve a punto

de sucumbir a una anemia. Me levantaba temprano, desayunaba y me ponía a la tarea. El estudio me absorbía de tal manera que no era raro que se me olvidara comer, y cuando no se me olvidaba, me hacía un comistrajo que la mayoría de las veces se componía de un bocadillo de lo que pillaba y una sopa de sobre. Por las noches llegaba tan cansada de las horas de clase que me bastaba con una copa de vino y poco más. Un día en clase se me empezó a borrar el mundo, un pitido largo me retumbaba en los oídos y, de pronto, perdí el conocimiento. Les di a todos un gran susto. Vino la ambulancia, me llevaron a urgencias y oí como un canto lejano eso de, «Mujer, cincuenta años, lipotimia, etc.». El resultado fue la anemia galopante que decía. A partir de ahí me discipliné y busqué un tiempo para descansar, pasear, cocinar. Y pasaron los meses tan deprisa que parecía una broma. Las notas del primer trimestre me llenaron de orgullo y se las mandé satisfecha a los hijos, eran mi primer trofeo. Cuando una pareja se rompe, todo el mundo que los rodea se desmorona. El círculo de amigos habitual hace encaje de bolillos, llamando a veces a uno y otras al otro, para que no coincidan y se produzca una situación tensa para todos. Al final siempre eligen y, en nuestro caso, eligieron a favor de Peio: él era un arquitecto conocido, estaba bien relacionado y ese tipo de cosas suelen tener su peso. Por eso, me quedé sin las salidas de los fines de semana, aunque seguí en contacto con el grupo de mujeres de nuestros amigos, con las que me reunía de vez en cuando, cada vez más de vez en cuando, solo quería estudiar, estudiar, estudiar.

Cuatro años más tarde obtenía el título.

Durante esos cuatro años, la vida siguió su curso más allá de mis empeños universitarios. Nuestros hijos acabaron sus carreras. Martín, el nuevo arquitecto, se puso a trabajar con su padre y Peio se fue a París bajo la protección de Laura. Era como si nuestras vidas formasen un círculo extraño y danzásemos, y danzásemos, siempre al corro unos junto a otros.

Una noche, después de esas cenas con mujeres a las que iba de vez en cuando por airearme un poco, salíamos del Alderdi Zahar de lo Viejo, cuando vi enfrente de mí a Martín con una chica. Lógicamente me paré con ellos. Martín me pareció nervioso. Hicimos unas cuantas bromas tópicas sobre la juventud y lo tarde que era para nosotras, unas señoras talludas, andar a aquellas horas por allí, y nos despedimos. Noté el alivio en la cara de Martín, mientras las demás comentaban lo guapo que estaba mi hijo y jugaban a decir a quién se parecía.

Cuando Martín y la chica se fueron, Maritxu se volvió hacia mí y noté el olor a azufre que anunciaba una pregunta maligna.

—¿No sabes quién es esa chica?

No le contesté, pero ella siguió.

—Es la chica que anda con Peio, con tu ex.

Maritxu me miraba triunfante y, a la luz de las farolas del Boulevard, su cara me pareció la representación del maligno travestido en señora donostiarra. Sonreía babeante de placer porque sabía que me estaba haciendo daño. La visión de Martín con la que era ahora la novia de su padre resultaba bastante inquietante para mí. Tenía que hablar con él.

Pero en aquel momento no quise colaborar en el éxtasis perverso de la diabla y solo dije, un «Ah» indiferente.

Durante los días siguientes no pude estar con Martín, se había ido a Milán por asuntos de trabajo. Sin embargo, como la vicia es así, estando de compras en Zara me tropecé con la dichosa chica y decidí indagar. Ella, en cuanto me vio, empezó la retirada, debió de intuir que la iba a abordar y no tenía ninguna gana de estar conmigo, pero no contaba con mi tesón. La atrapé en la puerta y la invité a un café, sin aceptar excusas. Nos sentamos en el Txakon. Fui directa a lo que me interesaba.

—¿Sales con los dos?

Sonrió con cara de mala leche.

—¿A ti qué te importa?

Cambié de táctica, era dura.

—Tienes razón, pero estoy hablando de mi hijo y de mi exmarido, no quiero que haya problemas entre ellos.

Se calló y, por fin, decidió hablar.

—No soy tonta, he vivido mucho, probablemente más que tú. Conozco a los tíos, me han hecho daño y ahora sé por fin lo que quiero.

La miré interrogante.

—No voy a dejar escapar a Peio. Mi vida no ha sido fácil. No me apetece contarte mis miserias, pero desde que era una cría supe que mi futuro dependía de mí. A pesar de todo, fui ingenua y creí en más de uno que luego me dejó tirada. A Peio le he ofrecido mi juventud y también el pasarme horas escuchándole con la boca abierta, que es lo que a él le gusta de las mujeres, a cambio solo le exijo estabilidad económica. Y no me vengas con monsergas feministas, esas cosas son para las ricas. Se acabaron las barras de los bares y los clientes rijosos. Quiero vivir como una señora.

—¿Has leído a Agatha Christie?

Puso cara de no entender la pregunta. Después contesto.

—¿Siete chinitos?

Me reí de verdad.

—No, diez, y además negritos.

Se encogió de hombros.

Me puse docta y estupenda.

—Agatha Christie solía decir que la mayor tontería que habíamos hecho las

mujeres de clase media era reivindicar nuestro derecho al trabajo fuera de casa, cuando lo que teníamos que hacer es vivir de nuestros maridos.

Puso cara de parecerle aquello una estupidez y que, en cualquier caso, no veía la relación entre su vida y lo que había dicho aquella señora.

Seguí estupenda.

—Mira, la libertad de la mujer, de los hijos frente a los padres, y hasta de los pueblos, pasa por tener una cartera llena de nuestro propio dinero. No te confundas, ¡de nuestro dinero! Depender económicamente de otro nos convierte en esclavos, te convierte en esclava. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Dijo que sí con la cabeza para que me callara.

Y fui a lo importante. La pregunta era impertinente y crucé los dedos para que contestara y no me mandara a la mierda, con toda la razón por cierto.

—¿Qué hay entre Martín y tú?

Y me sorprendió, respondió con naturalidad, sin aspavientos de melodrama.

—Me gusta Martín. Sé que podría haber algo entre nosotros. Sé que él se está empezando a enamorar de mí. Pero no voy a dejar que estropee mis planes. Nos acostamos una vez y punto. Por eso nos viste la otra noche, quedé con él para dejarle las cosas bien claras. Tu exmarido es casi un viejo y un día seré libre. Yo soy la primera que no quiere líos entre el padre y el hijo. O sea, que puedes estar tranquila.

Me acordé de Eufemia: después de tres siglos, la chica, igual que ella, mataba corriendo al marido y se veía libre, rica y feliz. También admiré su claridad de ideas. A su edad yo vivía engañada, no sabía quién era, ni qué quería. Y le agradecí su sinceridad. Se llamaba Maitane. Luego charlamos de todo un poco e intercambiamos los móviles, nunca se sabe. Había habido *feeling* entre nosotras. A partir de entonces, cuando hablaba con Peio para solucionar algún asunto doméstico o de los hijos, me acordaba de Maitane. A veces Peio hacía bromas sobre el mirlo blanco que había encontrado, joven, dulce, tan enamorada de él y, por supuesto, mucho menos borde que yo. Y yo no podía menos que sonreír con cierta tristeza a Maitane y a sus dotes de *geisha* perfecta, buscándose la vida de aquellas maneras. La prepotencia de algunos hombres hace que se vuelvan tontos de remate, y ese era el caso de mi ex.

Me costó encontrar un preparador para las oposiciones a juez o jueza, como se diga. La edad no perdona. Les enseñaba mi expediente académico, me felicitaban y luego decían que les era imposible, no tenían huecos en la agenda. Así que llamé a Ainhoa, número uno de mi promoción, y le propuse el trabajo. El trabajo no era complicado, prácticamente se trataba de tomarme la lección y perfeccionar los temas de la oposición que yo iba a preparar. Ainhoa aceptó mientras no le saliera algo mejor. Y entré en una burbuja, me aislé para el mundo, estaba en el último capítulo de aquella decisión de mi vida y dispuesta a lograrla. Fueron dos años, dos años espléndidos,

vividos con un objetivo que me apasionaba. Tenía la sensación de estar siendo la protagonista de una gran aventura, de una locura que merecía la pena. Aquella vocación tardía era una rareza que formaba parte de mí, que había tardado en descubrir, pero que siempre había estado ahí. La noticia de mi encierro y de mi objetivo dio para muchos temas de conversación entre los que me conocían. La mayor parte de mis amigos me miraban con pena y, aunque no me lo decían, me auguraban un monumental batacazo, que consideraban la guinda del desequilibrio que me había supuesto la ruptura con Peio. La verdad es que, si alguna vez flaqueé, y lo hice, aquella porra general que me daba como perdedora picó mi orgullo y me ayudó a salir adelante. Suspendí en la primera convocatoria, me dolió, pero me lo esperaba. Saqué la plaza al segundo intento.

Por fin me convertí en jueza de Azpeitia. No obtuve un buen número en la oposición, pero no había candidatos para las plazas del País Vasco. El día de la toma de posesión llovía a cántaros. Fui elegante, quizás demasiado, con un traje de Armani que me había comprado para la ocasión. Me regalé aquella extravagancia porque me la merecía. Y fui feliz. A la salida del juzgado me dirigí a ver los lavaderos de Azpeitia, regalo de los Olazabal, parientes lejanos míos. Después visité al santo en Loiola. Santo sabio, que con el paráclito, en quien creo, me había iluminado en toda aquella andadura. Celebré el éxito con mis hijos y experimenté el cálido aliento de su admiración.

Lo había conseguido.

Tres meses después de aquel jolgorio vital que me hacía cantar por las mañanas camino de Azpeitia, recibí una llamada de Pierre-Jean, el marido de Laura. Laura y él habían seguido juntos de aquellas maneras que todos sabíamos. La homosexualidad de Pierre-Jean no había sido un obstáculo para ellos, como tampoco las infidelidades de Laura. Yo seguía sus éxitos como escultora a través de la prensa. Después de la fiesta en que tomé la decisión de romper con Peio y lanzarme a la vida, no había vuelto a verle. Laura dejó San Sebastián, a pesar de los pregones de Maritxu anunciando que venía para quedarse. La negativa de Peio a seguir la relación que los había unido a mis espaldas cambió sus planes. Pierre-Jean me llamaba para pedirme que fuera urgentemente a París, Laura necesitaba estar conmigo. Enseguida me puse en contacto con Peio, mi hijo, él había sido el protegido de Laura y, gracias a ella, había conseguido un buen puesto allí. Pero Peio me dijo que hacía tiempo que no veía a Laura, que la había llamado más de una vez, pero la había encontrado huidiza, sin ganas de verle. Y sospechando que ocurría algo muy grave, me olvidé de todo lo que nos había pasado y decidí hacer el viaje. Ahora solo quería recordar aquel primer encuentro con Laura en el colegio y nuestra amistad a pesar de los pesares. Y otra vez reviví mi fascinación por su casa, por el lujo, por sus cuadernos franceses, los zapatos

de marca y, sobre todo, reviví aquellas largas conversaciones imaginando nuestro futuro, un futuro que ahora era nuestro presente. Su relación con Peio me había hecho mucho daño, pero también me había servido para rascarme por dentro y encontrarme por fin a mí misma. Todo esto pensaba en el TGV que me llevaba a París sin saber exactamente para qué iba.

La estación de Montparnasse olía ya a París cuando me bajé del tren. Eché a andar andén adelante con unas ganas locas de fumarme un cigarrillo y, a mitad de camino, me encontré a Pierre-Jean, que me esperaba. Mientras recorríamos el resto del andén me fijé en aquel hombre mayor y elegante que cargaba con mi maleta y que no tenía nada de pluma a pesar de su homosexualidad. Un Audi gigante nos estaba esperando. Dentro del coche quise romper aquel silencio, que me ponía nerviosa, preguntando por Laura, pero no hubo respuesta salvo un lacónico ahora la verás. Decidí olvidarme de que iba acompañada y busqué el París que yo conocía a través de la ventanilla. Todo parecía igual: las calles, llenas de una fauna cosmopolita; la torre Eiffel iluminada, apuntando con su largo dedo al cielo; el Sena, los puentes y los coches, miles de coches en movimiento dejando una estela de luz que aturdí. La casa de Pierre-Jean y Laura estaba en el *xvi arrondissement*, barrio caro en la orilla derecha del Sena, la *vive droite*, próximo al Bois de Boulogne y al Trocadero. Tenían por vecinos un montón de embajadas y consulados, a juzgar por las banderas de distintos países que ondeaban en los balcones. Nos detuvimos delante de un portal grande con aroma a panteón gótico. La casa de Laura ocupaba el principal y el piso primero. Había un gran silencio. Yo no sabía qué pasaba, pero sí sabía que, fuese lo que fuese, no era bueno. Entramos en un *hall* espléndido, una doncella con guantes blancos me condujo hasta una puerta enrejada de doble hoja, que parecía que daba entrada al jardín de una casa señorial. Pero no era así, la atravesé y pasé al salón, un salón inmenso y en penumbra. Se fue la doncella y me dejó allí sola. Entonces escruté la oscuridad del fondo y la vi. Laura estaba recostada sobre un rimero de almohadones blancos con hermosas cenefas de puntillas y bordados. Veía su cabeza asomar y me sorprendió el peinado. No me había oído entrar y parecía que ahora tampoco me oía mientras me acercaba. Y entonces se incorporó y giró la cabeza.

—Hola.

El corazón me dio un vuelco. Apenas podía distinguir los rasgos que conocía en aquella cara hinchada, desfigurada y fea. Llevaba una peluca mal colocada porque le daba mucho calor, según me dijo enseguida quitándose la peluca con rabia, y añadió que se la había puesto para que mi primera impresión fuera un poco más suave, pero no la soportaba.

Me senté a su lado, le acaricié las piernas a través de la manta que las cubría, y sentí que estaban flacas, eran dos palitos ridículos.

—¿Qué te ha pasado?

Se rio o hizo que se reía.

—Dirás qué me está pasando.

—¿Cáncer?

—Sí.

—¿Qué clase de cáncer?

—Ya ni sé. Tengo metástasis por todas partes.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace seis meses.

Empecé a decir que por qué no me había llamado antes, pero me cortó.

—No te he llamado para que me compadezcas.

La miré a los ojos, quería que supiese que le decía la verdad.

—Y no te compadezco, te lo aseguro. La compasión es un sentimiento prepotente y ruin, siempre que no equivalga a padecer con el otro, de hecho, ese es el significado del término, «padecer con». Los compasivos suelen pensar que ellos están libres de lo que le está ocurriendo al otro, cosa que es una solemne chorrada...

—Tampoco te he llamado para que me eches sermones estupendos y sueltas tacos, como bien sabes, «chorrada» viene de «chorra».

Nos reímos.

—Estoy muy fea, ¿verdad?

—Digamos que no es tú mejor momento, sobre todo teniendo en cuenta que has tenido momentos mucho mejores, por los que te odié con toda mi alma.

—De eso quiero hablar contigo.

—No hay nada de qué hablar, ahora te estoy agradecida por aquello.

—Es verdad, ¡eres una señora jueza!

—Sí.

Y al decir sí, al recordar la satisfacción que todavía experimentaba por lo que había logrado, me sentí culpable ante aquella Laura distinta, terriblemente transformada, indefensa y doliente, que estaba ante mí.

Laura, con un sexto sentido nuevo que no conocía en ella, descifró mis pensamientos.

—Hemos quedado en que no nos gusta la gente compasiva.

Sonreí.

—Es verdad.

—Quiero hablar de lo que nos pasó.

Empecé a protestar y cortó mis protestas.

—Has sido siempre mi mejor amiga. Lo sabes, ¿verdad?

—Hombre, dejemos las cosas claras, para ti era más fácil continuar siendo mi amiga.

Ahora fue ella la que sonrió.

—No seas rencorosa, has dicho que aquello está olvidado y que hasta te hice un favor. Además, te despachaste a tu gusto con lo del chantaje.

Allí estaba la Laura de siempre, tramposa y peleona.

—De acuerdo, pero en aquel momento me hiciste daño.

—Y quiero que me perdones, pero que me perdones de corazón, no solo por pena, al verme así, hinchada, hecha un monstruo.

—Lo que te he dicho era una broma, te perdoné hace tiempo y también te he echado en falta.

—Dame un beso. No sé por qué ahora necesito que me toquen, que me acaricien, supongo que para convencerme de que no doy asco.

—Presumida.

Y la besé y la abracé y lloramos juntas. Fue ella la que puso punto final a la escena melodramática.

—Se acabó, ya me siento bien.

Siempre había sido la más fuerte de las dos.

—Ahora escúchame. Me fui con Peio porque le quería. No sé cómo pasó. Sabes que nos conocíamos desde niños, que éramos como dos hermanos. Creo que durante muchos años no me atreví a pensar en él de otro modo y que a él le pasó lo mismo. Pero después ocurrió. Y sé que si volviese a nacer, volvería a hacer lo mismo. Luego, las historias se acaban, aunque no por mi parte. Él me había jurado que iba a romper contigo, pero pasaba el tiempo y todo seguía igual. Por eso te insistí para que Peio fuera a la fiesta, quería ponerle contra las cuerdas delante de ti, que se decidiese de una vez por una o por otra, y pasó...

—Que estaba en medio un tercer personaje. Esa vez fuiste muy ingenua.

—Sí.

—Yo, sin embargo, os admiraba tanto a los dos que nunca sospeché que pudiera haber algo entre vosotros, él era mi marido y tú mi mejor amiga, vosotros erais perfectos, no podíais cometer ninguna baja. Cuando os descubrí en el despacho, le salve a él, porque entonces él era mi vida y decidí que la mala tenías que ser tú. Pero, desde aquella tarde, algo se me empezó a romper por dentro. Yo siempre había querido ser como vosotros, tanto que me olvidé de cómo era yo y llevé una vida hueca, vacía, una mala imitación de la que vosotros llevabais. Yo también le exigí a Peio que te dejase, pero me quedé con buenas palabras y, aun sabiendo que me mentía, le quise creer, necesitaba creerle. Además, me consolé pensando que si no se decidía a abandonarme, era porque tampoco estaba decidido a irse contigo. Luego, cuando Maritxu me anunció que volvías para quedarte, el mundo se me cayó encima. Había hecho de Peio un dios y pensé que nunca me perdonaría la baja del chantaje. Era un hombre honesto y superior, si te había amado a ti era porque tú también pertenecías a su misma casta. Pero luego, el altar en donde os había encaramado se

rompió en mil pedazos y descubrí que era un altar de pacotilla. Cuando me contaste que habíais estado en Baliarrain, que habíais usado la casa de los míos, que me habíais puesto en evidencia delante de todo el pueblo, tuve que admitir la realidad. Entonces se me abrieron los ojos y me di cuenta de que simplemente erais unos mierdas envueltos en bonito papel de regalo, que no merecíais mi admiración. Y enseguida vinieron las preguntas que me daban miedo, ¿qué había hecho yo con mi vida?, ¿quién era yo?... Y al final llegué a la conclusión de que todavía tenía mi vida sin estrenar, había llegado el momento de las grandes decisiones.

—Bueno, y has sido fuerte, has conseguido lo que pretendías.

—Tú tuviste más suerte o fuiste más lista que yo, tú supiste, desde que éramos unas niñas, lo que querías hacer.

Sonrió con amargura.

—He vivido deprisa y quizás por eso me muero pronto.

—¡No digas tonterías!

—Me muero, Maddi, sabes que es verdad.

Me callé, no había por qué mentir.

—Me voy tranquila, te lo aseguro, he hecho siempre lo que he querido. Y en este momento final solo me faltabas tú. No podía marcharme sin tenerte a mi lado, sin saber que no me odiabas.

—Me voy a quedar aquí contigo.

—No tengo mucho tiempo, nunca pensé que se pudiera notar cómo se acerca la muerte, aunque lo hace muy callando.

—No digas eso.

—Es verdad, ahora estoy más tranquila.

Se incorporó con dificultad y llamó a un timbre. No me dio tiempo a ayudarla.

Entró la enfermera.

—Cámbiame la bomba de morfina, está casi acabada y ya no aguanto más.

En cuanto la enfermera hizo el cambio, Laura se durmió.

Me quedé en París una semana. Fueron días intensos y duros. Cuando el dolor remitía, Laura y yo recordábamos anécdotas del colegio, sus primeros pasos en la escultura, le contaba chismorreos, poníamos verde a Maritxu, el correo del zar, así la llamábamos, y nos disfrutábamos las dos. Poco a poco, a medida que avanzaba la semana, Laura pasaba más tiempo dormida por el efecto de los sedantes y la morfina. El último día no se despertó. Pero no sé por qué, aquel día tuve la corazonada de que podía oírme y le estuve hablando al oído hora tras hora. A veces hasta me parecía que sonreía. Por fin, a las cuatro de la madrugada, tuvo una convulsión. Le cogí de la mano. Sentí una pequeña presión, su pequeña presión de despedida, o al menos eso me pareció.

Y Laura murió.

Después se puso en marcha la parafernalia de la muerte. Llamé a Peio, que vino en el primer vuelo con Martín. Peio, nuestro hijo, ya estaba conmigo, se lo agradecí, me encontraba muy extraña entre aquella gente. A Laura la embalsamaron y la dejaron expuesta en el salón para que todo el mundo la viera. No estaba guapa, ¡qué iba a estar! Allí no estaba Laura, estaba una cosa dolorida y pintarrajeada. Y preferí irme. Después del funeral nos despedimos de Pierre-Jean y entonces fue cuando me dio aquel paquetito. Me costó abrirlo, me temblaban las manos. Era el cuaderno de tapas de cuadros escoceses, que le trajeron a Laura de Francia cuando éramos niñas y en el que empezamos a escribir nuestros sueños.

«Yo, Laura, seré una gran escultora y nunca me haré vieja».

«Yo, Maddi, seré, seré,... ¿qué seré, Laura?», ya entonces adiviné mis dudas, pero he resuelto ese enigma.

Y ahora estoy aquí, con mi manuscrito preparado para lanzarlo al mar del baúl, en donde se guardan los manuscritos de Eufemia, Xarmanta, Casilda y el de la *ama*. Ellas me ayudaron, me consolaron y me dieron fuerzas. Tengo cincuenta y nueve años. Soy la jueza más vieja y con menos años de servicio de la profesión. Quizás por eso me siento joven y fuerte para seguir haciendo mi trabajo con ilusión. Pase lo que pase ahora, sé que he cumplido mi destino. Disfruto de Baliarrain, del cerezo, del olivo, del arce y de los robles. Mi vida es plácida. Trabajo en el juzgado, tengo amigos, pero no quiero compromisos. Además me he hecho cargo de una nueva tarea. Hay algo que me queda por contar.

Poco después de que sacase la oposición, Peio y Maitane tuvieron un hijo, una niña. Se llama Marina. Peio había encontrado la estabilidad con Maitane, que seguía representando a la perfección su papel de *geisha*. Por eso me cogió por sorpresa su decisión. No había vuelto hablar con ella desde el día en que la abordé en Zara. Martín se había olvidado de ella y había encontrado pareja. Un día, por sorpresa, Maitane me llamó y quedamos otra vez en el Txakon.

Estaba muy guapa, muy elegante, aquellos años con Peio habían hecho de ella una mujer con estilo.

—¿Te acuerdas de que, cuando nos conocimos, me hablaste de aquella señora, la de los chinitos?

Me reí.

—Negritos, sí, Agatha Christie.

—Luego me echaste un sermón.

Me hizo gracia.

—Creo que con bastante poco éxito.

—Pues, aunque lo he intentado, no he podido hacer lo que decía esa señora. Peio

me da seguridad, dinero, y hasta cariño, a manos llenas, pero me he enamorado. Es un impresentable, como los que me gustan a mí, pero le quiero y me voy. Dejo a Peio.

Las preguntas se me atropellaban.

—¿Lo sabe Peio?

—Peio no sabe nada. No hago bien, pero si se lo cuento, sé que me daría pena y no sería capaz de marcharme. Ha sido muy bueno conmigo.

—¿Y Marina?

—Quiero que se quede contigo.

Me quedé callada, mirándola interrogante, me parecía que no le había oído bien.

—Sí, quiero que se quede contigo. Ya sé que es pedir demasiado, pero, por favor, hazlo por Marina.

Protesté, estaba Peio, que era el padre, estaba ella, debía llevársela.

—No, no soy una buena compañía para mi hija.

—Mira, esto es una locura, así no se hacen las cosas, tienes que meditar...

—Ya he pensado todo lo que tenía que pensar. Dime que te quedarás con Marina.

No contesté, porque de pronto oí la voz de Xalbadora diciéndole a Eufemia, «Antes de juzgar a alguien, tienes que pasar tres días dentro de sus abarcas». Quizás Maitane hacía bien, o no, o yo qué sé, lo que sí sabía era que no le iba a hacer un juicio sumarísimo.

De pronto, Maitane se levantó y se fue.

Poco después venía con una niña de la mano, que llevaba una mochila en la espalda. Allí, en aquella pequeña mochila, estaba, sin que ella lo supiera, su nueva vida, su vida conmigo, porque estaba claro que yo, igual que Eufemia con Mirari, iba a quedarme con Marina. A veces la vida parece que nos toma el pelo y convierte el pasado lejano en presente, nos sorprende, caracolea, se repite..., enreda el laberinto.

Allí mismo, sin darnos tiempo a reaccionar, Maitane se despidió de Marina y de mí.

Marina no lloró. Me miró y me sonrió desde una profunda sabiduría infantil, que navegaba tranquila por su mirada de niña, de niña que sabe que su madre no va a volver.

Le dije que se sentara a mi lado, le di un beso y pedí a la camarera un helado muy grande con nata. Marina me dio las gracias sin aspavientos. No la había engañado. Sabía lo que pasaba y lo aceptaba sin patalear, a fin de cuentas no le quedaba otra que jugar con las nuevas cartas que ahora tenía en la mano. Me dio una lección. No había dramatismo en su actitud. Así que decidí acabar con aquella sensación de compasión por la niña, de prepotente compasión por la madre y de susto por tener que volver a hacer de madre que me cantaba por dentro. Aquella música tenía un malsano olor dulzón a podrido.

—Marina, ahora tú y yo vamos a vivir juntas.

—Sí, ya me lo ha explicado la *ama*.

Levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Y no voy a llorar.

La abracé y pedí otro helado gigante de chocolate con mucha nata para mí, yo tampoco quería llorar.

Fui yo la que le di la noticia a Peio. Mentiría si no dijera que sentí una alegría malvada haciéndole daño, así descubrí que aún guardaba restos del rencor viejo. Luego, cuando Peio se desmoronó y le vi hecho trizas, me arrepentí de lo que había sentido.

No hubo problemas para que me quedase con Marina, el cuidado de los niños no era el fuerte de Peio. Y Marina me ha dado alegría y más ganas de seguir adelante. Este manuscrito, que ahora termino, será para ella. Quizás algún día lo lea y le sirva de ayuda y de consuelo, aunque no sea una *Idiakez*, aunque sea simplemente una mujer, como yo, como todas, que tendrá que enfrentarse a su propia vida. Y eso, que parece muy sencillo, todavía para muchas de nosotras es una tarea complicada, demasiadas veces difícil de cumplir.

Desde la ventana, como Eufemia, Xarmanta, Mirentxu, la *ama* y como algún día Marina, veo los tres robles del jardín; el arce, que se vuelve de fuego en otoño; el olivo, metáfora de la eternidad tranquila, y el cerezo, mi querido cerezo que ahora está en flor... es símbolo de la esperanza, de nuestra esperanza, la de todas, la de todos...

Maddi, personaje central de la novela, afronta un amargo descubrimiento: su vida ha venido siendo sutilmente manejada por la voluntad de los demás. El espejismo de creerse fuerte, dueña de su destino, se derrumba hecho trizas y, desvanecidas ya a su espalda las ensoñaciones de la juventud, se ve obligada a iniciar un camino de reflexión, largo y doloroso, en el que habrá de indagar quién es realmente, y así empuñar las riendas de su vida.

Maddi se retira a la soledad de la casa familiar de una aldea de la Gipuzkoa rural. Allí descubrirá ciertos manuscritos por los que conocerá las peripecias vitales de diversas mujeres de su familia que vivieron momentos críticos de la historia: la entrada de los franceses en San Sebastián en las postrimerías del siglo XVIII; la Primera Guerra Carlista; los comienzos de la Guerra Civil; el San Sebastián de los años 60. Sus relatos la iluminarán, como faros, en su singladura hacia una decisión que dará un vuelco radical a su vida.

La novela, al modo de un rico mosaico, nos acerca el detalle —a veces íntimo, a veces histórico— de cada tesela y, simultáneamente, nos muestra una composición panorámica acerca del valor de la superación y de la honestidad de una mujer que,

lejos de resignarse a seguir guiones ajenos, se atreve a mirar la vida de frente.



MILA BELDARRAIN ALBAITERO. San Sebastián, 1951. Licenciada en Filología Románica por la Universidad de Deusto, es profesora de Lengua y literatura españolas en el Instituto de Bachillerato Usandizaga de San Sebastián.

Tras sus primeros escritos (*Cuando hablaba con Buffalo Bill*, *Memorias de la innacción*), publicó en 1994 *Oria, la Sultana Vascona*, historia de la mujer que fue amante de Almanzor, regente a la muerte de Al-Hakam II y madre del último califa cordobés.

En 1995 escribió *Petriquilla, Graciosa y el Verdugo negro (De San Sebastián a Madrid en diligencia)* y en 1997 *El examen (Petriquilla en Madrid)*, relatos ambos centrados en la España del siglo XVIII y que por la fuerza de sus personajes se podrían haber titulado Goyescas.

En 2000 publica la novela *Kursaal* y en 2002 *Enigma*. En 2007 logra el Euskadi de Plata con *Domenja de Oñate* que cuenta la historia de una mujer coraje que lucha contra la adversidad y logra salir adelante. En 2009 publica *Mi Extraña amiga Katalina*. Su última novela, de 2012 es *Bajo el cerezo*.

Notas

[1] Caciques locales.<<

[2] Las voces éuscaras que designan a los ascendientes (*aitona*, abuelo; *amona*, abuela; *aita*, padre, y *ama*, madre) son de uso corriente en el habla castellana de quienes habitan en los territorios en que se habla euskera. <<

[3] Arcón rústico de madera. <<

[4] Luna. <<

[5] Encantadora. <<

[6] *Behia: vaca; txekorra: ternero.* <<

[7] Cuajada. <<

[8] Dulce. <<

[9] Donostiako (h)iru damatxo: «Tres damas donostiarras», canción popular vasca cuyas protagonistas ejercen de tenderas en Errenteria. <<

[10] Protuberancias o abolladuras. <<